

LOS MEJORES RELATOS DE FANTASÍA



Ellen Kushner
(Recopiladora)



Ellen Kushner

Título original: Basilisk
Traducción: Francisco Arellano
© 1980 by Ellen Kushner
© 1985 Ediciones Martínez Roca
Gran vía 774 - Barcelona
ISBN 84-270-0994-1
Edición digital de Umbriel
R6 08/02

ÍNDICE

La caza del unicornio, Joan D. Vinge (The Hunt of the Unicorn, 1980)

El hombre que vendía magia, Nicholas Stuart Gray (The Man Who Sold Magic, 1956)

Peter Kagan y el viento, Gordon Bok (Peter Kagan and the Wind, 1971)

Isla cuarenta y siete, R. A. Lafferty (The Forty-seventh Island, 1980)

Lamia y lord Cromis, M. John Harrison (The Lamia and Lord Cromis, 1975)

Heridas de guerra, Lynn Abbey (War Wounds, 1980)

Disfrutar es gratis, Alan Garner (Feel Free, 1967)

La palabra que libera, Úrsula K. Le Guin (The Word of Unbinding, 1964)

Poemas de ensueño, Gordon Grant (Dream Poems, 1980)

La Asociación Cultural Yukio Mishima de Kudzu Valley, Georgia, Michael Bishop
(The Yukio Mishima Cultural Association of Kudzu Valley, Georgia, 1980)

El dominio del brujo, Elizabeth A. Lynn (Wizard's Domain, 1980)

LA CAZA DEL UNICORNIO

Joan D. Vinge

La concepción popular del unicornio ha experimentado un cambio considerable desde su representación medieval como bestia salvaje y peligrosa, relacionada con agresiones sexuales y fertilidad. Para nosotros, el unicornio se ha convertido en el símbolo de la fantasía romántica, y aparece como tal en pósters, estampas, camisetas..., incluso las servilletas de papel llevan su efigie, y ha sido tomado rápidamente por la gente, ansiosa por identificarse con la belleza del unicornio, con su rareza y con el simple aspecto de salvajismo que parece envolverle. La historia de Joan Vinge le devuelve al unicornio una parte de su peligroso poder. Pero también añade algo nuevo al panteón mítico: el hombre-unicornio, un hombre condenado a permanecer a medio camino entre lo humano y lo bestial, sin control completo sobre ninguna de sus dos formas.

Joan Dennison Vinge empezó a escribir ciencia ficción con la ayuda del que fuera su marido, el escritor y matemático Vernon Vinge. Con sus historias de ciencia ficción ha ganado el Premio Hugo y un gran renombre; la fantasía nunca estuvo del todo ausente de su obra: su primer relato, *Tin Soldier*, y su última novela, *The Snow Queen*, están basadas en cuentos de hadas; del mismo modo, el lejano futuro que se plantea en *Mother and Child* tiene un cierto sabor a fantasía. Finalmente, se ha entregado a un mundo de magia y unicornios. Sólo nos queda esperar que permanezca en él.

El cerco se cerraba. Escuchó el sonido de los cuernos y, más cerca, el aullido de los sabuesos, casi encima suyo, mientras trepaba por la colina con los nudosos dedos de los brezales arañándole el pardo pelaje, intentando retenerle prisionero.

Prisionero..., ¡prisionero! Su salvaje corazón brincó con terror renovado; sangre fresca manaba de la herida de lanza que se abría en su costado. No era una herida mortal—no lo era, aunque el arma que se la había causado fuese de metal—, pero le hacía sentir su agonía y le debilitaba con cada latido del corazón. Los sabuesos no necesitaban olfatear su pista, les bastaba con seguir los rastros de sangre. Había renunciado a la cautela en favor de la velocidad, y el ingenio por un vuelo impetuoso.

Se abrió paso por la espesura hasta un claro en la cresta de la colina; miró hacia abajo, miró alrededor. Sus ligeras y moteadas patas temblaban fatigadas. En alguna parte dentro de la terrible espesura del bosque de su mente, una voz gritaba: una voz humana. Pero él sólo escuchaba las voces de los cazadores, mucho más lejanas, apremiando la jauría.

—¡Caedwyn! ¡Caedwyn!

El cuervo al que había visto seguirle desde lejos, sobre él, bajó en picado, saliendo del cielo encapotado, volando en círculos como un halcón entrenado para la caza; como un delator. El sonido de su voz chillona era el sonido de un nombre humano, un sonido extrañamente familiar. Se incorporó, enfurecido, perforando el gélido aire afrutado de la primavera con la estocada de su cuerno. El cuervo giró abruptamente; volaba en círculos, fuera del alcance de la afilada cornamenta, de los cascos de pedernal, hendidos, chillando el nombre:

—¡Caedwyn! ¡Vuelve! ¡Vuelve antes de que sea demasiado tarde!

El sentido humano de las palabras le golpeaba con el chillido del lenguaje de los cuervos.

Giró el cuello, apartando la negra confusión de sus crines de delante de los ojos. ¿Volver? ¿Volver a las redes y a la esclavitud de los cazadores humanos?

—¡Nunca! —El sonido que emergió de su garganta estaba a medio camino entre un balido y un relincho... y, de algún modo, le horrorizó. Lanzó una nueva estocada contra su

elusivo torturador; el sudor le corría por los flancos, tropezó y, una vez más, cayó a cuatro patas—. ¡Vete, pájaro maldito!

Pero el sonido le pareció erróneo, erróneo...

—¡Caedwyn, mira hacia abajo! ¡Mira!

Obedeciendo instintivamente, se levantó de nuevo y vio con claridad la empinada ladera de la colina. Abajo había un camino y campos luminosos mucho más lejos... y un séquito de viajeros en marcha. Se tambaleó con desesperación. Estaba atrapado; en ninguna parte, entre los seres humanos, podía esperar encontrar asilo, o merced. Su maldición angustiada fue un bramido de fiera.

—¡Caedwyn, es Arwyn, soy Arwyn!

El cuervo se abatió en picado, mirándole con un ojo blanquecino.

—¿Arwyn?

El unicornio sacudió la cabeza; repentino como un pensamiento, un viento helado barrió la colina. Por lo que había oído, ¿qué debía saber...?

—Acuérdate de mí..., acuérdate de ti mismo. No eres un animal, sino un hombre, un hombre. Cambia, vuelve antes de que sea demasiado tarde. ¡Date prisa, en nombre de Dharsun!

Un perro saltó desde la espesa maleza, tirándosele a los cuartos traseros. Lo apartó de una coza, le corneó mientras gritaba y machacaba, poniendo fin a los aullidos. Luego saltó para bajar por el lado opuesto de la colina.

—¡Caedwyn! ¡Vuelve!

El cuervo batió las alas de negra obsidiana para ascender, siguiéndole con ásperos y desesperanzados gritos.

Jehane abandonó la pequeña banda de guerreros que seguía el pacífico camino, bajo las ondeantes banderas de las casas abadas de las Regiones Fronterizas, bajo el estandarte oro y blanco de la Orden del Unicornio. En la pechera de su jubón de malla portaba la dorada Medalla de Jinete y, bajo la chirriante silla, la prueba de su derecho al liderazgo.

Jehane acarició las sedosas crines de Lágrima de Sol, como nieve caída en la prominencia del dorado cuello del unicornio. La espiral del cuerno dibujaba laberintos en el aire con el rítmico balanceo de la cabeza del animal, aparentemente de frágil aspecto para ser el arma de un guerrero. El unicornio había sido bendecido por Talath, como una de las más sabias entre las criaturas próximas a la humanidad (de vez en cuando, en la mente de Jehane, la más sabia). Unidos entre sí desde los tiempos legendarios en que se fundó la Orden con hechizos inquebrantables, el unicornio y su jinete formaban en batalla un equipo formidable. Fuerza, inteligencia, y un Jinete que controlara los hechizos, guardaban las tierras que vigilaban libres de mezquinos tiranos o magia salvaje.

Aunque Jehane y los nobles que la acompañaban cabalgando estuvieran ataviados para la guerra, aquello no pasaba de ser una simple precaución. Cabalgaban al encuentro de Guillarme, quien se había autonombrado Salvador y que, en su juventud, no había conseguido ser Jinete a causa de la carencia de una autodisciplina que hubiera doblegado sus deseos humanos. Se había entregado a la magia salvaje después de su caída, intentando controlar las engañosas corrientes de la fuerza terrestre sin la guía de las palabras de encantamiento de la Orden. Y así había regresado a su tierra natal con su herejía y con un ejército armado sólo para caer de nuevo. Había pedido aquella cita de tregua pues sabía que nunca podría vencer a unas fuerzas y conocimientos superiores. Quería paz y merced y que se apiadaran de él; y, a causa de todo aquello, Jehane tenía que volver a encontrarse con él...

Jehane suspiró, sacudió la cabeza con juventud y desenfado, cayéndole la larga y oscura cabellera sobre los hombros. Se esforzó en recordar sus sentimientos al inicio de la jornada, mientras permanecía en el parapeto de las murallas del castillo, mirando hacia abajo, hacia las piedras amarillentas... Recordaba cómo bajo ella toda la pared del

acantilado de arenisca se clavaba en el borde del mar; cómo había observado las olas, golpeándose entre sí, sin fin, inútilmente, contra la inquebrantable pared de roca. Ella había percibido en aquel patrón eterno la confirmación de que el castillo y la Orden cuya Medalla portaba duraría para siempre, como la roca en que estaba edificado..., del mismo modo que las fuerzas que rivalizaban contra ellos fracasarían una y otra vez, eternamente.

Sus pensamientos se elevaron del mar azul y verde, en círculos, como pájaros blancos que centelleasen contra el cielo cuajado de nubes blanquecinas, un cielo verde azulado. Sintió la alegría de estar viva, de pertenecer a la Orden, de formar parte de la Justicia y Sabiduría y Poder que demostraban por sí mismos ser el único camino verdadero... Una súbita ráfaga de fuerte viento le hizo tomar conciencia del pequeño papel que ella misma tenía en la Gran Orden. Inclino la cabeza con sumisión y empezó con el ciclo de plegarias que debía recitar sola y cerca del cielo, cerca de los espíritus de Dharsun, el Creador, y de Talath, la Fundadora.

Le dio gracias a Dharsun cautelosamente. Le reconoció como la media oscuridad, la media luz de Quien primero empleó los primordiales poderes del mundo, aprovechando las energías de los hechizos a través de los tiempos. El que usó los poderes de la tierra para llevar a la humanidad a la luz, fuera de lo desconocido. El que había usado el poder para manipular la verdadera estructura humana, alterándola de modo sutil, como había alterado a las demás criaturas del mundo; pero no siempre sabia, o benignamente.

Luego ofreció sus más profundas y sentidas plegarias a Talath, la Primera, la que se veía a sí misma como Hija del Creador, con más poder que sabiduría, quien había fundado la Orden para guiar a la Humanidad por el camino de la justicia. Su poder era tan grande como el Suyo, pues Su alma era pura, no corrompida por las tentaciones del poder que Ella empuñaba. Ella era el símbolo del triunfo final de la Orden sobre la magia salvaje. Ella era el más alto pedestal a que podía aspirar un Jinete; apoyaba con hechizos la pureza tanto del cuerpo como de la mente, preservándoles para que se mantuvieran incorruptos pese al empleo de los oscuros poderes del Creador... y su comunicación con Su antinatural creación: el unicornio.

La imagen de Lágrima de Sol centelleó espontáneamente en la mente de Jehane: como el reflejo del sol en el océano, con las crines tan pálidas como la espuma. Compartían un lazo que unía sus almas profundamente, una atadura que sobrepasaba cualquier relación que Jehane hubiera mantenido con cualquier ser humano. No conseguía imaginarse cómo una criatura como el unicornio podía haberse iniciado con una magia tan corrompida como la de Dharsun. Pero el encantamiento entre los Jinetes y los unicornios simbolizaba la victoria sobre las salvajes, incontrolables fuerzas, y su sometimiento al camino de la Justicia...

Jehane rompió el ensueño de las plegarias cuando escuchó a alguien que se acercaba. Levantó la mirada y vio a su madre junto a ella, observándola mientras oraba. Pensó que vislumbraba la envidia en la mirada de su madre mientras ésta miraba a su hija rezando las plegarias de los guardianes del mundo, como un día fuese su propio deber. Muchos años antes, su madre había domado a Lágrima de Sol; luego había seguido los dogmas de lealtad de la Orden y había devuelto la Medalla cuando llegó el momento, para de ese modo poder forjar una familia antes de que fuera demasiado anciana. Lágrima de Sol había corrido libre en sus campos, y en ellos había observado a la yegua, sin volver a montarla, observando a su hija mientras llenaba de guirnaldas el cuello y el cuerno de la yegua..., hasta que Jehane llegó a la edad apropiada y tomó su lugar como Jinete de Unicornio.

—Perdóname por interrumpir tus plegarias, Jehane. —Su madre hablaba con tranquila deferencia—. Los Nobles de las Marcas se han reunido y esperan que bajes.

Jehane asintió con la cabeza y se apartó del mar. El frío viento volvió a golpearla y la muchacha se envolvió estrechamente en la capa, recordando la última y larga campaña

de invierno. Había aconsejado y protegido los ejércitos cuando las Casas de las Marcas la llamaron para rechazar a los invasores de Guillaume —su despiadada, impía alianza con paganos medio salvajes y mercenarios desalmados. Había cabalgado con ellos, acampado con ellos, compartido todo con ellos a lo largo de los interminables y amargos meses de nieve cegadora, presenciado sus padecimientos y aliviándoles con sus hechizos y plegarias como mejor pudo. Había pagado su precio con su propia fuerza y había atravesado la línea que separaba a guardianes y amigos más que como un noble y común soldado, como alguien que compartía su dureza y resolución.

—Jehane. —Su madre le pasó una mano por el brazo mientras ella permanecía en pie, en el parapeto—. Sé lo que representó Guillaume para ti. Hoy, cuídate...

La cara de Jehane se endureció, no por las palabras de su madre, sino por la visión del pasado invierno.

—No pienses en ello, Madre. El pasado ha muerto.

Y acto seguido se dirigió rápida a saludar a la comitiva que la esperaba en el patio de abajo.

Jehane levantó nuevamente la cabeza mientras cabalgaba, con la mente anclada firmemente en el presente. Su corazón se hinchaba con la promesa de la primavera, con el conocimiento de que la prueba y el período de despertar habían finalizado junto con la última estación de frío. Los campos y las laderas de las colinas eran un arrugado edredón de brillantes tonos dorados y verdes rayados con surcos y cenefas, bordado con flores salvajes. Las nubes purpúreas de la tormenta del día anterior todavía retumbaban sobre las distantes Montañas del Pórtico Tormentoso; la azul pureza del océano celeste desembocaba en el desfiladero mientras el sol sonreía afortunado. Los pájaros cantaban y gorjeaban, sonidos de amor y anidamiento que agitaban un vago deseo interior por la llegada de la primavera. A sus espaldas, hombres y mujeres hablaban en fácil y amistosa conversación, resonando el metal mientras los cascos de las cabalgaduras chapoteaban quedamente en el fangoso camino. El aire estaba impregnado por la fragancia de una nueva vida, de un nuevo comienzo. El invierno había finalizado; y, del mismo modo que el frío amargo, la maldad de Guillaume había sido borrada de la faz de la tierra, liberándola del temor. Jehane silbó silenciosamente, no una canción de guerra, sino una tonadilla de amantes en primavera. Las orejas de Lágrima de Sol, bordeadas de plata, se agitaron con la tonada, escuchándola. La yegua hizo una ligera mueca, compartiendo la canción de la Jinete, compartiendo sus espíritus.

—¡Milady! —El portaestandarte que galopaba en cabeza se volvió para dirigirse a Jehane, destrozando la canción y el ensueño. El abanderado frenó a su montura y señaló algo que estaba situado en el muro de maleza que bordeaba el fangoso camino—. ¡Mirad allí!

Jehane hizo que Lágrima de Sol se adelantase, con la mano enguantada en la empuñadura de la espada.

—¿Qué es, Alancil? —Pero al mismo tiempo que lo preguntaba pudo ver la desnuda silueta de un hombre tendido boca abajo en la verde cuneta del camino—. ¡Por el Creador y la Fundadora! ¿Quién es? ¿Un cadáver?

Desmontó con facilidad pese a la cota de malla; la flexible cota de malla de los Jinetes había sido forjada por la luz cegadora del Creador con inoxidable metal.

El hombre que yacía en la cuneta se agitó cuando Jehane se arrodilló junto a él. No estaba muerto, como había pensado, a pesar de la sangrante llaga en un costado. Bajo la moteada superficie arañada y llena de barro, la piel de aquel hombre era profundamente morena; los cabellos, largos y negros. El hombre se incorporó, sorprendiéndola con la intensidad de su mirada, los ojos de una bestia acorralada. Miró fijamente la comitiva de nobles montados, dio un vistazo a Lágrima de Sol y al Medallón que Jehane portaba sobre el jubón. Su expresión cambió, pero ella no fue capaz de decir si había sido para

mejor. El hombre se sentó sin ayuda, haciendo una mueca de dolor al moverse al tiempo que se llevaba las manos para apretarse el herido costado, como si se hubiera quedado sorprendido al ver la incisión. Murmuró un nombre; sonó como si se tratase de una maldición.

Jehane escuchó ladridos de sabuesos, el sonido de una jauría sobre la boscosa colina que se alzaba ante ellos. El hombre hizo una nueva mueca y, con los ojos llenos de desesperación, miró hacia atrás. Jehane echó una ojeada hacia el cielo; un cuervo volaba por encima de ellos, graznando roncamente, como si presagiara una horrible advertencia. Escuchó cómo susurraban y señalaban algunos nobles, moviendo la cabeza, y un dedo helado tocó su alma.

Pero antes de que Jehane pudiera hacer o decir nada, el pájaro se había alejado nuevamente. El extraño se incorporó con un grito casi de dolor; Jehane se encontró con la cabeza del hombre en su regazo, mientras éste la abrazaba a modo de súplica.

—¡Asilo, Jinetes!

Jehane se tensó, sorprendida, y tomando la cabeza del hombre entre sus manos la levantó. Bajo el pulgar, en el negro mechón de cabello, sintió un extraño y prominente pedazo de hueso. Le obligó a que volviese a mirarla.

—¿Te están cazando a ti?

El hombre asintió con la cabeza, pareciendo abruptamente aturdido por su contacto.

—En ese caso, ¿cuál es tu crimen para que te cacen como a un animal?

La voz era severa, advirtiéndole que la concesión de asilo era una decisión suya, no una demanda que hubieran de cumplir. Pese a todo, Jehane sentía la súbita e informe impresión de que el hombre no estaba mintiendo, de que no podía mentir; sin embargo, ella no era consciente de aquella fascinación.

—¡No por ningún crimen, Jinete! —Su voz tembló—. Excepto que soy extranjero en estas tierras y quieren atráparme por algo que no soy.

—¿Qué es ello?

El pálido semblante de Jehane se tensó, más por curiosidad que por sospecha.

—Eso no importa. Lo único que importa es que no he cometido crimen alguno. Lo juro.

Se echó hacia atrás, sin poder liberarse de su apretón; pero le sostuvo la mirada resueltamente.

Jehane asintió muy lentamente.

—Sí es así, cuenta con mi protección. —La resistencia del hombre desapareció, su boca esbozó una sonrisa. Jehane le soltó y, poniéndose en pie, le ayudó a incorporarse. El musculoso cuerpo del extraño tembló de fatiga o frío, aunque la desnudez no pareciera importarle. Jehane sintió el muro de muda desaprobación que se alzaba a sus espaldas, la indignación de los nobles ante la desvergonzada presencia del hombre frente a los Jinetes. Jehane se quitó la capa, le miró fijamente a los ojos y se la pasó por los hombros—. Tanneil verá tu herida.

—No —dijo, sacudiendo la cabeza—. No es nada, Jinete. —Su voz parecía disculparse—. La herida ya no sangra. Ya estoy bien.

Se levantó con esfuerzo, apretando la capa contra su cuerpo, como si estuviese más intimidado por sí mismo que por cualquier muestra de desaprobación.

—Muy bien. Yo...

Jehane se cortó al mismo tiempo que Lágrima de Sol se agitaba al estar junto al extraño, hociqueándole el cuello y el cabello con sus húmedos labios de terciopelo. El hombre profirió una ligera exclamación de sorpresa, haciendo eco en el incrédulo silencio de Jehane. Lágrima de Sol estaba unida a ella, tanto por la magia como por la profunda interdependencia emocional de los hechizos compartidos entre ambas. Jehane sintió una brusca punzada de traición, muy cercana a los celos, cuando observó el inesperado interés de Lágrima de Sol por el extranjero, una atracción que la traspasaba, como los reflejos de la luz sobre el metal en su propia imaginación. Escuchó el enmudecido

asombro de nobles y guerreros, a su espalda, mientras el hombre pasaba los brazos alrededor del cuello de Lágrima de Sol, enterrando las manos en la blancura de sus crines, apretando los puños alrededor de la larga cadena mágica y dorada que dominaba el unicornio desde que lo capturase la madre de Jehane.

—Pobre prisionera...

Jehane apenas escuchó el susurro, pues había apartado la cara.

—¡Lágrima de Sol!

Jehane la llamó como protesta, ultrajada. Lágrima de Sol sacudió la cabeza mientras el extraño aún la sujetaba firmemente por la cadena; medio se encabritó, liberándose. Nadie la había sujetado nunca por la cadena en toda su vida, pues nunca lo había permitido. Se dirigió de nuevo hacia el hombre, con las orejas gachas, apuntándole con el cuerno como si éste fuese una lanza. Jehane sintió que el hilo de fascinación instantánea que la unía a Lágrima de Sol se aflojaba.

El extranjero volvió a abrazar firmemente el cuello del animal, tan tensa la cara de emoción como antes. Las lágrimas rebosaron de sus ojos oscuros.

«Maldición, ¿estará loco este hombre?»

Jehane tembló.

—¿Quién eres, extranjero?

Pero antes de que éste pudiera contestar, la jauría les alcanzó. Los sabuesos irrumpieron en el camino, gritando su triunfo por haber descubierto a su presa. Lágrima de Sol saltó hacia delante, agachando la cabeza para defender al extraño, golpeando con la cabeza al perro que se había lanzado contra sus indefensas patas.

Jehane hizo un gesto y los nobles montados formaron una barrera entre la jauría y su presa.

—Alancil, llévatelo.

El portaestandarte guió su caballo hasta el extranjero y éste montó sin ninguna prisa. Jehane le protegió de la jauría hasta que los cazadores que la mandaban salieron de la boscosa colina, deteniéndose en el lugar donde aguardaban los nobles.

—¡Cogedle!

El jefe de la partida alzó la mano, deteniéndose con sorpresa. Jehane reconoció a Sabron de Escondía.

—Llama a tus perros, Sabron.

Jehane escuchó la frialdad de su propia voz, sin preocuparse por ocultarla. Sabron era el nuevo heredero de las tierras de Escondia; su ambición y falta de carácter dejaba suponer que la súbita muerte de su padre no se había debido únicamente a causas naturales. Aunque Sabron había participado sin mucho entusiasmo en las luchas del invierno, Jehane nunca había confiado en él plenamente. Sabron no estaba incluido en la guardia de honor que la acompañaba en aquellos momentos. Su fe en el juicio que había hecho sobre el extranjero perseguido aumentó diez veces.

—Este hombre está bajo mi protección como Jinete de las Marcas. Tu cacería ha terminado.

—¿Hombre? —Sabron habló hoscamente, mirándola asombrado y enojado, con su cara de niño, echando con disimulo una mirada hacia el extranjero que montaba junto al abanderado—. Estoy cazando unicornios, Jinete. No me interesa perseguir simples felones. Cuando yo mismo me una a la Orden, no me preocuparé por protegerles de su justo castigo.

La boca de Jehane se contrajo.

—No dudo que estuvieras cazando unicornios, pero tu jauría está acosando a un hombre inocente. Aquí no hay más unicornio que el mío, como bien puedes ver. Si tus perros no se retiran, habrá un día de ventisca en verano antes de que tomes los votos.

Sabron se tensó como la cuerda de un arco.

—¡El unicornio corneó a uno de mis perros en la cima de la colina! Si ese hombre estaba en su lugar, en ese caso hay alguna brujería que nos engaña, no los sentidos de mis perros.

Miró cuidadosamente al extraño y a Jehane.

—¿Me estás acusando de confundir a un hombre con una bestia? —Jehane hizo un sonido que era realmente el de una risa—. No me interesa demasiado la magia salvaje, Sabron... No la necesito. Y en mi territorio nadie la usa, al menos a partir de que aceptemos la maldición de Guillaume.

Jehane no quiso ocultar el tono de arrogancia de sus palabras, o la indirecta de su desprecio.

En aquella ocasión, Sabron no mordió el cebo. Miró hacia atrás, a los que le seguían, con una suficiencia que Jehane no supo interpretar.

—De acuerdo. Supongo que será la mano del destino. Un día tranquilo para vuestra propia cita con él, Milady. Puede que vuestro último encuentro con el hereje Guillaume...

Dejó de hablar bruscamente y, sin obedecerla, condujo a sus perros y a sus hombres entre los de Jehane, bajando por el camino por donde estos últimos habían llegado.

Jehane les observó, con disgusto y malestar en las tensas facciones. Sabron la adelantó; no podía obligarle con hechizos. Llamó a Lágrima de Sol y montó, galopando para ponerse frente a la presa, cara a cara, nuevamente.

—¿Acaso era a ti a quien querían cazar?

Los oscuros ojos del hombre se movieron y los bajó.

—No, Jinete. Era algo diferente. Digamos que todo fue un... error.

Bajo la capa, se encogió de hombros. Le estaba mintiendo; Jehane estaba segura de ello. Lágrima de Sol acercó el cuerno al hombro del forastero a modo de sombrío saludo. Éste tendió la mano y, dudoso, le acarició las orejas. No había una amenaza real, ni tampoco el hombre deseaba dañarle, pues Lágrima de Sol lo hubiese notado, lo mismo que lo hubiese notado Jehane. Pero había algo claramente siniestro que le envolvía, y la curiosidad de Jehane ardía de ganas de que demostrara lo que era.

Pero había cuestiones más urgentes que la requerían; se obligó a sí misma a reconocer que aquel misterio ya le había causado bastantes problemas para una sola jornada. Le había garantizado su protección; ya no podía violar su ofrecimiento.

—Parece que por ahora les has despistado. ¿Tienes fuerzas suficientes para seguir solo tu camino o prefieres unirse a nosotros? Vamos a finalizar una guerra, pero eso es algo que no te afectará.

El hombre la miró por un momento como si creyera saber lo que ella deseaba preguntar; ir con ellos lo más lejos posible tan rápidamente como pudieran. Pero el cansancio venció a la cautela e inclinó la cabeza.

—Sí, iré con vosotros. Gracias. —Se tocó la frente—. No son muy amables con los extranjeros por aquí, ni por muchos otros sitios.

Jehane sonrió levemente.

—Con frecuencia, ni con nuestra propia gente.

Jehane hizo un gesto y la comitiva volvió a formarse; Alan-cil cabalgaba a su lado, llevando a la grupa al extranjero—. ¿Cómo te llamas?

—En mi propio país, Caedwyn; pero eso está muy lejos y hace ya mucho tiempo.

Jehane pudo escuchar pesadumbre y resentimiento en él.

—¿Estabas regresando allí? —fiscó, incapaz de controlar por completo su curiosidad.

—No.

Sus facciones se cerraron, el tono de su voz volvía a ser precavido.

—Tienes el aspecto de los que viven en las Islas. ¿Vienes de allí?

Asintió con la cabeza, taciturno.

—Has hecho un largo camino. ¿Qué te hizo dejar tu hogar para embarcarte en un viaje como éste?

Su expresión se mudó a grave incomodidad. Pese a todo, tranquilamente, le contestó como si no representase un desafío.

—Problemas familiares.

—¿Un feudo de sangre?

Las Islas, pese a la presencia en ellas de la Orden, tenían fama de albergar costumbres bárbaras.

—¡No! —Jehane notó demasiada vehemencia en la contestación, como si con ella negara totalmente alguna otra cosa—. Mi hermana... está enferma. Estoy buscando a alguien que pueda ayudarla.

Levantó la vista hacia el cielo, buscando en él.

—En ese caso, una peregrinación. ¿Está enferma por causas naturales?

Jehane estaba completamente segura de haber tenido que preguntar aquello.

—No.

Él no bajó la vista. La pie) de Jehane hormigueó.

—¿Viajas hasta la Alta Ciudad para buscar la guía de la Orden?

«Si es así, lo estás haciendo por el camino más largo.»

—No. —Él frunció el ceño, como si aquella insinuación le irritase u ofendiese—. La Orden no puede ayudarla.

—Pareces muy seguro de ello.

Su propia certeza le hizo sentir una puñalada de enfado.

—Nuestro padre es Jinete. Si él no ha podido ayudarla, nadie de la Orden podrá.

—¿Tu padre es Jinete?

Su voz se elevó incrédula. Lágrima de Sol sacudió la cabeza, haciendo cascabelear las riendas; Alancil, escandalizado, miró al suelo.

—Nos adoptó. No quería perder el derecho a montar el unicornio, ni siquiera para formar una familia. Quería encontrar un heredero que galopara en su lugar cuando muriese.

En sus palabras no había comprensión, sólo amargura.

Jehane sintió una oleada de emociones encontradas. Su propia madre había renunciado a su Medallón, del mismo modo que lo habían hecho muchas generaciones de Jinetes antes que ella. Jehane no podía respetar a un Jinete que se negara a aceptar su papel natural en el mundo. Su madre la había aleccionado, bastante a menudo y largamente, sobre las trampas del orgullo, sobre el abuso del poder, y también sobre las tentaciones de Dharsun. Desde niña, había oído hablar a su madre del autosacrificio. Había crecido comprendiéndolo, y comprendiendo la totalidad de lo que su madre había perdido; tendría que llegar el día en que ella misma, voluntariamente, abandonara, si es que seguía la verdad de los dogmas de la Orden. Cuando llegara el momento, ella misma renunciaría a su Medallón. Pero pasarían muchos años antes de eso. Jehane se agitó en la silla, relajándose de una inconsciente tensión, volviendo a prestar atención de nuevo al extraño.

—Así que tu padre era Jinete... Me pareció que tu relación con Lágrima de Sol era... poco frecuente. La he visto sobresaltarse en situaciones contadas. —No la tranquilizaba liberarse de sus molestos celos—. Supongo que estarás muy acostumbrado a los hábitos de los unicornios.

—Más que muy acostumbrado.

La amargura no abandonaba su voz. Miraba ciegamente desde la espalda de Alancil.

—¿Tienes edad suficiente para tomar los votos?

Jehane se preguntaba si su extraña conducta sería el resultado de los celos que pudiera sentir por su padre.

—No. Toda una vida sin sentimientos es mucho tiempo. No quiero convertirme en Jinete.

—¿Por qué no? —Nuevamente, Jehane fue incapaz de ocultar la agudeza de su voz—. ¿No respetas la vocación de tu padre?

—Siento mucho respeto por la Orden. —Miró otra vez la espalda de Jehane—. Incluso un cautiverio de buena voluntad no deja de ser cautiverio, y con él se limita tanto la libertad del unicornio como la del Jinete. Te agradezco tu protección... —no la dejó hablar cuando Jehane abrió la boca para contestar—, pero deseo continuar mi camino yo solo.

Jehane asintió y cambió las palabras que pensaba decir. Fríamente dijo:

—Muy bien; si es lo que deseas.

«Rencoroso hereje», pensó. Bajó la mirada hacia el cuerpo dorado y plateado de Lágrima de Sol, deseando, súbita, implacablemente, haber dejado que le atraparan los sabuesos de Sabron. Hizo una señal para que se detuvieran. Su resentimiento era más fuerte que su curiosidad y, súbitamente, devolvió los pensamientos a la próxima cita con Guillaume.

Vio cómo le entregaban ropa y comida al extraño, y aceptó su escueta gratitud por cuanto había hecho. Se alejó lentamente por la llanura abierta, sin mirar atrás. Jehane tampoco volvió la vista. El hombre se fue acercando al lindero del bosque y se ocultó de sus posibles miradas, lo mismo que ella le había apartado ya de su mente.

Caedwyn se acuclilló junto a la corriente, tomando agua entre las manos para beber, frotándose la sangre de la dolorosa herida con tímidos dedos. La llaga se había cerrado y no estaba infectada; cicatrizaba como cualquier otra herida, lentamente y con dolor. Su cuerpo llevaba las cicatrices de muchas heridas; ellas soportaban la maldición que arrastraba consigo desde hacía muchos años. Y era algo que arrastraría siempre, hasta el momento en que encontrase al hechicero capaz de eliminarla. Su mente regresaba obsesivamente a los tiempos pasados, a la torre de piedra de su padre, en la altiplanicie de las Islas. Las Islas estaban en la frontera de la zona de influencia de la Orden, como las tierras que estaba atravesando. Y su padre se había dedicado por completo a la tarea de mantener las reglas legales de la Orden, con una inflexible porfía, en las tierras por él gobernadas.

Caedwyn y Arwyn no recordaban a sus verdaderos padres; su padrastro les había protegido y dotado de cierta afinidad con la magia, sensibles tanto a la tierra como al aire. Su padre adoptivo les había elegido por aquella habilidad y les animaba a usarla. Pero también les impedía usarla totalmente: los protegía de los más poderosos hechizos de la Orden y les salvaguardaba de los mortales peligros que implicaba cruzar la frontera que separaba la zona conocida de la Orden de la tantalizadora ignorancia de la magia salvaje.

Había algo, tanto en él como en Arwyn, que se rebelaba contra la severa sinrazón de su padre adoptivo, sus demandas para que se contuvieran y confirmaran: el potencial que se agitaba en ellos como un torrente. Ningún ser humano era capaz de sentir las corrientes del poder natural, ni tampoco capaz de usarlo. Les había parecido inadecuado del mismo modo que les había parecido inadecuada la Orden, arbitraria, y que se limitaba a lisiar a todos aquellos que ansiaban volar en libertad. La Orden mantenía tan prisioneros a los Jinetes como estos a sus unicornios. De aquel modo, y a medida que pasaban los años, Caedwyn y Arwyn buscaron fuera de la Orden las respuestas a las preguntas que apenas sabían formular.

Y encontraron lo que buscaban en los páramos que se extendían más allá de la vigilancia de su padre. Siguieron los caminos escondidos que les condujeron a la clarividencia, siguieron las enseñanzas de un brujo que, silenciosamente, les llamó a sus posesiones; y así encontraron a Braide, el Hombre Nudoso, quien les enseñó la verdad oculta tras la magia salvaje.

El control de Braide sobre los poderes de la Tierra les fascinó; y el precio que pagó por el sufrimiento de aquel prohibido conocimiento —algo que aprendió con cada uno de los retorcidos miembros de su cuerpo— les llenó de secreto terror. Todo era como si les

hubiera estado esperando, como si les hubiera llamado sabiendo que acudirían; y sació su hambre con el conocimiento, tan caro, de toda una vida. Los hechizos que Braide formulaba, castigando con implacable fuerza cada desliz, les liberó..., y cada hechizo les fue apartando más y más del control de su padre.

Finalmente, su padrastro les siguió hasta el desierto inexplorado y los encontró con Braide. Apenado por su corrupción, se enfrentó él solo, ferozmente, y atacó a Braide, tanto con la espada como con la magia.

Caedwyn bloqueó el hechizo que impedía que Braide se moviera para defenderse. Pero en vez de conseguirlo con un contrahechizo, Braide fue derrotado por una maldición, no de su padre, sino suya. Antes de que la espada del Jinete encontrara el corazón de Braide, éste les transformó en bestia y en ave. Y cuando la espada se hincó fue como si la hubiera estado esperando, dándole la bienvenida —como antes les había dado la bienvenida a ellos— y lanzando la maldición de un hombre muerto, una maldición que nunca se disiparía.

Desde que ocurrió todo aquello, Caedwyn no había dejado de pensar en ello. ¿Habría sido todo una venganza, el odio de un brujo ante la hipocresía de la Orden que perseguía a los suyos? ¿Les habría atraído Braide por el simple placer de corromperles, les había maldecido por simple rencor? Caedwyn nunca fue capaz de creerlo, ni lo necesitaba, pues si fue nada más que orgullo nunca pudo estar seguro de ello. Pese a todo, recordaba las últimas palabras de Braide resonando silenciosamente dentro de su mente, sin sentido y a la vez llenas de sentido:

—No hay respuesta en la Orden; no hay orden en el mundo.

Su padre no pudo ayudarles de ningún modo, y su remordimiento fue tan despiadado como su venganza. Les declaró hijos de Dharsun y les inhabilitó para que le sucedieran en la Orden, pues dijo que estaban corrompidos desde que nacieron. Así, huérfanos una vez más, se pusieron de nuevo en camino llevando como única guía las últimas palabras de Braide, buscando a otros como él, en alguna parte de aquel mundo enorme y sin amigos. Alguien como él, o alguien más poderoso. Alguien que pudiera destruir la maldición que había caído sobre sus vidas.

Caedwyn bajó de nuevo la mirada a sus manos, las flexionó y vio lo que le habían hecho en ellas sus dedos. Cerró las manos en puños. Su hermana Arwyn no era capaz de cambiar de forma antes de la maldición de Braide; ni tampoco lo había conseguido después. El hechizo la había atrapado para siempre en el cuerpo de un cuervo; su cabello azabache se había convertido en desgreñadas plumas, sus ojos dorados habían adquirido el aspecto de cristal en bruto que tenía la mirada de las aves, pero su mente seguía siendo la de una mujer humana. Caedwyn, en cambio, era capaz de cambiar a su propio cuerpo; él tenía el poder de cambiar de forma si lo deseaba. Y a causa de aquella facultad la maldición actuaba en él de diferente forma. Esperaba poder controlarse nuevamente cada vez que su fuerza y su protección contra los hechizos fallaba. Y cada vez que el cambio rompía sus defensas y le dominaba de nuevo era más difícil resistirlo. Braide le había convertido en unicornio, la criatura que Caedwyn más valoraba. Odiaba ver las huellas de una pezuña hendida, una dorada cadena de esclavitud, el sentimiento de una salvaje mente extraña añadida a la suya propia. El hijo del cazador se había convertido en presa, una ironía que Braide hubiera apreciado bastante.

Se frotó el delator punto huesudo oculto entre sus cabellos, regresando a su presente, al dolor de las heridas y al reciente recuerdo de cómo había llegado a arrodillarse ante aquella corriente. Al menos, por una vez más, volvía a ser humano..., había ganado otra vez la batalla contra la compulsión que lentamente estaba devorando su humanidad.

Caedwyn había abandonado la compañía de la Jinete Jehane cuando se acercaban al lugar de cita con el enemigo de ésta. Habría sido peligroso acogerse por más tiempo a su protección; sólo su propia debilidad y el temor de que volviera Sabron le habían permitido

permanecer en presencia de un unicornio cautivo, y en la propia compañía de sus captores. Si Jehane o sus nobles hubieran sospechado...

Sin embargo, no fue así. Sacudió la cabeza orgullosamente. ¡No lo habían sospechado! La mujer brindó asilo y le ofreció ropa y comida cuando Caedwyn la dejó. No le puso ninguna condición a cambio de protegerle; era más amabilidad de la que había recibido en mucho tiempo. Estaba agradecido, incluso reconocía lo mucho que habían hecho por él. El recuerdo de la yegua Lágrima de Sol le hizo estremecerse; por dorada que fuese la cadena que la retenía, por olvidada que estuviera la pérdida de su libertad, no dejaba de ser doloroso ser consciente de aquel hecho.

—¡Caedwyn! ¡Caedwyn!

La aguda voz de cuervo de Arwyn llegó hasta él desde alguna parte por encima de los árboles.

—¡Aquí! —Se quitó la túnica de un tirón, incorporándose rígidamente—. ¡Baja aquí!

Una gota de noche cerrada rompió el frondoso hueco sobre la parpadeante corriente, bajando en espirales hasta posarse en su hombro. Las patas de ave de Arwyn se aferraron torpemente para permitirle asegurar la posición. Luego se giró para mirarle fijamente con ojos amarillos.

—¿Estás bien? ¿Tu herida...?

—Duele... agudamente... Pero me repondré, hermana. Siempre lo hago. —Caedwyn suspiró—. ¿Quieres comer algo? Tengo unas galletas para ti.

Le tocó las frágiles plumas parecidas a seda negra. Reconoció que apenas la recordaba cuando no tenía forma de cuervo; se odió a sí mismo por pensarlo, admitiendo su fracaso.

—No tenemos tiempo. —Arwyn abrió las alas para echar a volar—. Hermano, he sobrevolado la ruta de los Jinetes y he visto a quiénes van a encontrar. ¡Se dirigen a una trampa, Caedwyn!

Caedwyn se aupó sobre la punta de los talones.

—¿Qué quieres decir?

—Que uno de los que esperan es un brujo, y no espera solo. Está a campo abierto, con algunos hombres..., pero a su alrededor hay un ejército dispuesto al ataque. Están ocultos a los sentidos humanos por un hechizo de camuflaje; y a su lado hay un brujo mucho más poderoso que él. Quienes te salvaron van a morir...

—¡La Jinete conoce la magia! —la interrumpió, sabiendo que ella iba por delante de él, y qué sería lo próximo que diría.

—¡No puede hacerlo! —Arwyn aleteó aguadamente sobre su cabeza—. No puede verles. Sabes que la Orden no enseña a sus acólitos más que un limitado grupo de conjuros. No hay nada parecido a esa bruma embrujada en todo lo que ella conoce. Debes protegerla.

—No puedo. No puedo alcanzarla sin volver a cambiar. Y

no cambiaré; es demasiado pronto, estoy demasiado cansado. Ella misma sentirá el poder.

—¡Será demasiado tarde! ¡Caedwyn! —Arwyn batió las alas por encima de su cabeza—. ¡Le debes la vida!

—¡No la mía! —La eludió, protegiéndose con las manos—. Ya me han perseguido bastante para un solo día..., ¡incluso para toda una vida! No puedo afrontar ni otro cambio ni otro ser humano que quiera esclavizarme. Ella no es diferente a los demás. Si llegase a saberlo, me haría tan prisionero como me harían los demás. ¡No le debo nada! —El sentimiento de culpabilidad inflamaba su cólera; su odio contra la humanidad luchaba contra su odio hacia sí mismo—. Dos brujos, Arwyn..., ¡dos brujos poderosos! Quizás uno de ellos pueda ayudarnos...

—Caedwyn, esos dos brujos van a cometer un crimen amparándose bajo una bandera de tregua. ¿Quieres comprar tu libertad con asesinatos, con sangre inocente?

—No... Pero piensa en la libertad. ¿Qué harás si me apresan, Arwyn? Si me capturan, nunca volverás a ser humana. ¡Ni yo tampoco!
—¡Menos humano serás si no les avisas!
—¡No!

Jehane miró la amplia pradera que brillaba bajo los rayos del sol entre los árboles, pedazos de primavera que aparecían entre las frondas a medio verdear del bosque. Lo último que del extranjero vieron sus oscuros ojos fue cómo se alejaba por el camino, disolviéndose como la niebla. La embriagadora dulzura de la victoria embargaba sus pensamientos; dirigió la mirada hacia el lugar donde se encontraría con Guillaume por primera vez en muchos años, con la confianza de que su victoria sobre sus recuerdos sería por fin completa.

El heraldo les precedía por la campiña, cabalgando bajo una letanía de banderas. El estandarte de tregua de Jehane era claramente visible para el distante grupo de siluetas que esperaban bajo su propia enseña de tregua. El vasto césped extendía una alfombra esmeralda sobre los escondidos huesos de la fortaleza en ruinas, pero el campo estaba despejado y no veía signo alguno de traición.

Pero aunque Jehane cabalgase entre los brillos de la victoria, sentía como si lo hiciese entre un muro de fuerza sin forma. Lágrima de Sol resopló y agitó la cabeza, moviéndose turbulentamente como si bailase sobre brasas encendidas, sintiendo la inquietud de Jehane. Ésta sacudió la cabeza, mirando a ambos lados y al aire que había frente a ella. El sentimiento le ahogaba los sentidos como si fuese humo, y pese a que no percibía ninguna manifestación...

Guillaume. Lo vio nuevamente frente a ella, sentado inmóvil bajo una litera, esperando. Junto a él, como su igual, vio a una extraña mujer, a horcajadas sobre un caballo, envuelta en una capa, como amortajada. Sintió brujería emanando de ellos; pero, cosa rara, no estaba activa, sólo como en sofocada tensión...

Estaban bajo la enseña de tregua. Aunque Guillaume deseaba honrarla, ¿por qué protegerse con un hechizo para prevenirse de la posibilidad de un ataque por parte de Jehane? Jehane murmuró el encantamiento de un hechizo disipador y, luego, otro más poderoso, moviendo los dedos subrepticamente sobre la silla para no alarmar a su gente. Pero no conseguía liberarse de la sensual pesadez que la rodeaba, como un abrazo no deseado. Jehane tenía la boca seca. Se pasó la lengua por los labios; sintió la sangre cantándole en los oídos. Era como..., como... El recuerdo llegó espontáneamente... La firmeza de Guillaume exigiendo sus labios, sus brazos. ¡No! Era su propia mente, que la traicionaba. Sus vergonzosos, sorprendidos deseos descubiertos ante su dolorosa confrontación. Intentó apartarlos de su mente. «¡Seré fuerte!»

Guillaume se le perfiló con sus otros sentidos, mientras que la parte de su mente que se enfocaba sobre el mundo visible retrocedió como si ella empezase a ver a Guillaume tal y como había sido deformado por las fuerzas indómitas que él mismo había intentado controlar. El cuerpo de Guillaume parecía haber sido atrapado y retorcido por monstruosas, inmisericordes manos que lo habían dejado tan deforme que no era capaz de montar a caballo, o, incluso, sospechó Jehane, caminar erguido. De la mujer que había junto a él, Jehane no podía decir nada, excepto que tenía una cara muy hermosa y rubios y largos cabellos.

Lágrima de Sol se estremeció y se detuvo, aunque Jehane no tuviera conciencia de habérselo indicado. Los nobles que galopaban con ella también se detuvieron, y el abanderado hubo de volver sobre sus pasos para reunirse con ellos.

Guillaume se tensó, incorporándose al ver su cautela, y luego la llamó:

—Jehane! Vengo en paz, para hablar de paz. No me temas..., ya no lo necesitas.

Jehane tembló, pero obligó a Lágrima de Sol a avanzar de nuevo, con cautela, incapaz de proferir una negativa, como si una mano airada le aferrara la garganta. Refunfuñó un

hechizo protector y luego otro, aunque ellos estuvieran preparados, aunque no dieran importancia a su tensión.

Detuvo a Lágrima de Sol justo delante de la litera de Guillaume. La mirada de Jehane se apartaba de él una y otra vez subrepticamente, hacia la siempre extraña mujer que había a su lado; luego la devolvía una y otra vez a su cara, tranquilamente hermosa, que a veces se retorció de modo intangible, como se retorció su propio cuerpo. Fue necesario que hiciese un esfuerzo tan poderoso como un hechizo de cambio para poder mirarle directamente. Sus facciones expresaban, por un lado, resignación y, por otro... ¿acaso la más incierta esperanza?

—Guillaume, tu ataque contra tu propio pueblo ha fracasado. —Jehane hablaba con palabras ensayadas, rígidamente—. Si quieres saber la verdad, si vengo a ofrecerte merced en una misión de buena voluntad, es tan sólo por el recuerdo del pasado —dijo, sin proponérselo.

—El pasado ha muerto, Jehane. —La expresión de Guillaume se alteró; relámpagos jugando por encima de una tierra oscura—. ¡Y también la tiranía de la Orden! El futuro es mío...

Guillaume se levantó de repente, moviéndose mucho más rápidamente de lo que Jehane hubiera imaginado. Juntó las manos.

Un trueno insonoro estalló alrededor de Jehane y dentro de su cabeza. Gritó, tambaleándose en la silla al darse cuenta de la traición. El muro de tensión se derrumbó y, por todos lados, el campo vacío cobró vida llenándose de guerreros armados.

—¡No es ilusión..., es real!

Asió las crines de Lágrima de Sol, intentando gritar un aviso que carecía ya de sentido, formando el contrahechizo que pudiera salvarles. Sus nobles avanzaron, desenvainando las espadas, tensando los arcos, preparándose tanto a defender a Jehane como a defenderse a sí mismos.

Mientras Lágrima de Sol giraba, cayendo totalmente en la trampa, la mujer que había junto a Guillaume apartó la capa. Jehane tuvo un súbito destello de conciencia de deformidad antes de que la mujer sacara un arco de entre los pliegues oscuros de la túnica y Jehane viera el brillo del sol de primavera en la punta de la flecha. Plata mortal, embrujada, dirigiéndose hacia un corazón protegido.

—¡No!

Jehane exclamó aquella palabra como protesta, con todas sus fuerzas, y avanzó en defensa del grupo, vigilando el próximo despliegue del poder de Guillaume. Jehane no pudo bajar la guardia, ni pudo avanzar, ni pudo salvarse o alejarse...

Lágrima de Sol se levantó súbitamente, bloqueando la imagen de la mujer. Y entonces la yegua relinchó, se tambaleó y cayó de rodillas, con la flecha de plata clavada profunda, fatalmente, en su pecho.

Jehane saltó al tiempo que la unicornio se derrumbaba bajo ella, sintiendo llamaradas de angustia en la mente de Lágrima de Sol y en la suya propia.

—¡Lágrima de Sol! ¡Lágrima de Sol!

Jehane se agachó junto a la yegua y le sujetó la cabeza, reteniéndola por la dorada cadena que las uniría hasta la muerte. Jehane vio amor en los oscuros y doloridos ojos del animal, vio el amor y la luz que se iba de ellos para siempre. La cabeza de la unicornio cayó sobre la hierba, con la mirada perdida y desorbitada. La dorada cadena colgó laxamente en la mano de Jehane. Se levantó, con agonía y venganza ardiendo en su alma. Desenvainó la espada, sintiendo en la mano su peso sólido y mortal, y avanzó hacia Guillaume y la mujer que estaba a su lado.

Pero la muralla de guerreros montados de Guillaume se interpuso entre ellos, impidiéndole realizar su único deseo. Jehane luchó por su vida, sumergiéndose en el océano de la batalla, y fue incapaz de fustigar a Guillaume con la magia, pues ni siquiera podía retroceder para buscar cobijo junto a los suyos, que luchaban igualmente por la

vida. Los golpes resonaban en su escudo y le machacaban las hombreras de malla, pero Jehane apenas los sentía. Una espada le golpeó en el yelmo y la hirió en la frente. La sangre se derramó sobre sus ojos, dejándola medio cegada. Aturdida, continuó haciendo molinetes con la espada, sorprendida de poder moverla, guiándose por instinto, dominada por la locura. Era algo inútil, pero no importaba. Ya nada importaba, pues todo estaba perdido... Lágrima de Sol estaba perdida y ella también lo estaba. Sólo quería pagar al enemigo con la misma moneda, aunque fuera con el último aliento de su cuerpo.

Algo grande y pesado chocó contra ella, plantando frente a sí la empañada silueta de un atacante. De forma vaga se dio cuenta de que era un semental sin jinete. Instintivamente lo retuvo por las crines y le hizo vacilar y montó en él; dejó caer el escudo haciendo frenéticos esfuerzos por mantenerse sobre la grupa. El animal saltó nuevamente hacia delante y, pese a sus intentos por dominarle, éste galopó libre, sin control, a través de las nubes de pesadilla de la batalla.

Les gritó a los suyos para que escaparan; pero no la oyeron, pues incluso ella apenas se oía a sí misma. Usó la espada para protegerse en su avance, agarrándose desesperadamente con las rodillas para no caer, sin estribos que absorbieran el movimiento de los golpes de su brazo armado. De algún modo, consiguió sujetarse, como si no pudieran derribarla, como si la mano de Talath la hubiese tomado bajo su protección.

Luchando, se abrió camino a través de la clamorosa carnicería y, poco a poco, fue percibiendo el movimiento de su montura: el semental no corría ciegamente, como una bestia enloquecida de terror. Corría deliberadamente, eligiendo su camino con la obstinada determinación de un guerrero por sobrevivir. Y él... Jehane lo comprendió como si fuera la punta de una espada que la atravesase. La criatura taladraba hacia delante, empujándose con el cuello, con la cabeza girando como una serpiente de lado a lado..., como hacía Lágrima de Sol, usando la centelleante arma de su cuerno.

Jehane galopaba en un unicornio. La mujer vislumbró el enrojecido cuerno que alanceaba con gracia asesina y se hundía por el desfiladero de amontonados enemigos. Y durante un deslumbrante momento Jehane pensó que montaba a Lágrima de Sol, milagrosamente vuelta a la vida, pero las crines que sujetaba entre los nudosos dedos eran negras, no plateadas, y el sudoroso pelaje no tenía el brillo del sol. Antes de que el desconsuelo se alojase en su sorprendida mente habían roto el muro de la batalla y salido a terreno abierto. El unicornio estiró las patas, cubriendo el accidentado terreno con toda seguridad, con rápidos saltos.

Mirando hacia atrás, Jehane vio cómo varios jinetes salían del caos para perseguirla; pero ninguno de ellos era de los suyos. Dio un inútil tirón a las crines de seda negra, pero el unicornio no se volvió, ni pudo controlarlo. La verde barrera del bosque surgió ante ellos; luego se cerró y se los tragó.

El unicornio corría, sumiéndose cada vez más profundamente en el protector silencio de los árboles; el mantillo del suelo del bosque se tragaba el ruido de su carrera y la de sus perseguidores. Finalmente, el animal frenó su precipitado vuelo, mucho tiempo después de haber perdido a sus enemigos, como si por fin hubiera conseguido dominarse del miedo que sentía. Se detuvo, con los costados palpitantes y la cabeza gacha, junto a un arroyo, en un tranquilo claro del bosque.

Jehane intentó escuchar en el viento, tratando de aclarar la confusión de su mente dolorida. Se habían ido..., todos se habían ido... Sólo ella había sobrevivido a la emboscada pues, como un milagro, aquel extraño unicornio salvaje había acudido a ella cuando más lo necesitaba. Un milagro..., pero no el que ella buscaba. No era Lágrima de Sol, milagrosamente resucitada. «Lágrima de Sol...», que sentía cada uno de sus sentimientos y se anticipaba a cada una de sus acciones. Jehane vaciló, y en su interior rompió un profundo sollozo. No era Lágrima de Sol, que se movía al compás de cada uno de sus pensamientos, en cuya compañía habría podido sacar a los suyos de aquella

matanza; o, al menos, encontrado la clave para detener a Guillaume y acabar con sus traiciones para siempre.

Pero no era así... Inclino la cabeza sobre las enredadas zarzas de las crines, apoyándola en sus agarrotadas, sangrientas manos; murmuró una plegaria por sus almas indestructibles. No había nada que Jehane pudiera hacer para vencer a Guillaume, aliado como estaba a aquella otra hechicera. Guillaume no tenía honor ni obedecía las reglas. Había masacrado a los suyos, a sus aliados —a sus amigos— con una sangre fría brutal. Su mente exigía una venganza tan cruel y sin piedad como la traición que les había arrebatado la vida.

Pero sola no podría detenerle. Guillaume la cazaría en las propias tierras de Jehane; reclamaría el castillo sobre el mar y gobernaría en él sin honor ni piedad. Jehane apretó el pomo de la espada hasta que su brazo tembló. Pero volvió a envainar el arma. Debía viajar a Dorné, la Alta Ciudad de la Orden, y contarles cuanto había ocurrido. La escucharían y la ayudarían...

Miró a sus espaldas nuevamente, y un lamento que no era físico la apartó de sus pensamientos. ¡Lágrima de Sol! Había perdido a Lágrima de Sol, y todo lo que ello comportaba, en un momento fatal. Y, por todo cuanto había sucedido, la Orden le daría la espalda. Ella había perdido su unicornio, el símbolo viviente de la bendición de Talath, y la única unión que les quedaba con ellos, si no volvía montada en Lágrima de Sol, era la Medalla. Jehane gimió suavemente y el lamento fue duro de soportar, tanto como la pena y la culpa que se cerraban a su alrededor como un ejército de invisibles guerreros, como los gigantes del bosque que la rodeaban en aquel terrible aislamiento.

El unicornio agachó la cabeza al escucharla. Sus ojos oscuros se movieron para mirarla, como si comprendiera su pérdida, aunque fuese un animal salvaje... Salvaje, indómito, sin ataduras, tangibles o intangibles, que le retuvieran... ¿Por qué había acudido a ella en la vorágine de la batalla? ¿Por qué si no era por...?

El unicornio se arrodilló, de la forma adecuada para que Jehane pudiera desmontar; Como si hubiera sabido que arrodillarse era lo que ella deseaba que el animal hiciera. Jehane se deslizó insegura. Sus manos todavía se asían a las crines del animal, como si no quisiera perder el contacto con él completamente. El animal se agitó, nervioso, retrocediendo ante el contacto que Jehane necesitaba. Al unicornio ya le había abandonado la locura de la batalla, y no recordaba cómo había llegado hasta allí, o por qué estaba en el claro. Oscuramente comprendió que había sido dominado por alguna extraña compulsión, que había sido conducido por una voz interior que le ordenaba actuar, con palabras que no conocía..., que había sido arrastrado a un peligro mortal. Y el peligro no estaba en el campo de batalla que acababa de abandonar..., sino en la criatura humana que le abrazaba el cuello salpicado de sangre, murmurando suaves palabras, intentando apaciguar su creciente intranquilidad. ¿Por qué? ¿Por qué?

El unicornio se volvió, sacudiéndola torpemente, y su agotamiento, de nuevo, volvió a transformarse en miedo. Debía recordar por qué..., qué... Quién le había puesto en peligro. Quién era..., era... ¡Era un hombre! «¡Soy un hombre!» Sintió que se formaba un remolino, un cambio, una imagen coalescente... Y se agarró a ella desesperadamente, y las amables palabras de la mujer se convirtieron súbitamente en duros y afilados pedazos de cristal.

La cadena de oro que envolvía la muñeca de Jehane saltó como una serpiente, rodeándole la garganta marrón antes de acabar un latido de corazón y sellándose para siempre.

El grito del unicornio fue como una terrible burla para la desesperación de Jehane, un sonido de inaguantable perdición.

Jehane se estremeció, aunque no fue capaz de reconocerlo; Jehane finalizó el encantamiento de atadura con movimientos espasmódicos de las manos. El unicornio tembló, se le pusieron los ojos en blanco. Jehane miró la angustia que se reflejaba en

aquellos ojos, y vio la abierta herida en el costado mientras se adelantaba..., la misma herida que aquel mismo día había visto en un cuerpo diferente. La misma herida. Los sabuesos de Sabron lo sabían, Lágrima de Sol lo sabía..., pero ella misma renegaba de lo que le decían sus propios ojos. Hasta aquel momento. No había sido una bestia lo que había apresado, sino un hombre con forma de animal. Un hombre. No un mago salvaje, no un enemigo de la Orden... Había sido un hombre quien le había salvado la vida. Un hombre enviado a ella seguramente por Talath o, en otro caso, ¿por qué estaba aún con vida? Un hombre convertido en animal sólo para liberarla. Y a no ser que ella lo soltase, nadie lo sabría... Intentó sujetar la cadena nuevamente, bajando la torneada cabeza del animal al nivel de la suya. El hechicero permaneció sin cambiar. Su cuerno de marfil en espiral la tocaba en el hombro; le mantenía cautivo con su magia, sin poder impedir lo que ella le ordenase. Jehane acarició la línea de su ligera quijada, tranquilizándole, sorprendida de que el animal no la temiese mientras lo apaciguaba con sus encantamientos. Un hombre. Las emociones se retorcían en su pecho como serpientes.

—¡Cabalgaré hasta Dorné en un unicornio! —Encontró salvajismo en el desafío de su mente—. ¡Volveré como Jinete, nada habrá cambiado! ¡Ayúdame, mago, y ellos me ayudarán a vengarme! ¡Yo, Jehane, lo juro..., en nombre de la sangre de mi pueblo, de sus tierras, de Lágrima de Sol, que ha muerto hoy por la brujería!

Lo agarró de las crines con las manos y le obligó a volverse hacia ella. Le tocó firmemente con los talones y el animal respondió de malagana, pero inevitablemente, a la presión. Cruzaron la corriente y se hundieron cada vez más en los bosques.

Un cuervo cruzó sobre el sendero, graznando tristemente; el semental se encabritó con violencia mientras lo sobrevolaba por encima de la cabeza, haciendo círculos, respondiendo a la áspera llamada con un grito humano. Jehane lo controló y le hizo avanzar nuevamente, apremiándole con brusquedad. Sin otro propósito que su propio objetivo, en su nueva cabalgadura y a través de un mundo de tristeza, Jehane galopó sin mirar el futuro.

EL HOMBRE QUE VENDÍA MAGIA

Nicholas Stuart Gray

Nicholas Stuart Gray es un escritor británico. Sus fantasías se encuentran en la sección infantil de las bibliotecas, desde *The Seventh Swan* (El séptimo cisne), novela que nos cuenta lo que le pasa al hermano menor del cuento después de que la camisa encantada le haya dejado con un ala de cisne, hasta *The Apple Stone*, una novela en la línea tradicional de E. S. Nesbit; y por supuesto, la colección de la que he sacado esta historia, *Mainly in Moonlight* (Especialmente a la luz de la luna). No era fácil escoger sólo un cuento de este libro, finalmente, elegí éste porque proporcionaba sólidas garantías de que la Regla de Tres no ha muerto en la ficción moderna. Y también porque, después de todos los años transcurridos desde que leyera el libro, era el cuento cuyo final recordaba con mayor exactitud... y, como ocurre con todos los buenos cuentos de hadas, cuanto mejor lo conoces, más te gusta volverlo a escuchar.

Había una vez, no hace mucho tiempo, un hombre que estaba sentado tranquilamente jugando una partida de ajedrez con su hijo. La lluvia caía tras los ventanales del castillo.

—Jaque —dijo el barón.

—¡No! —le replicó el joven.

—Ya lo creo que sí.

—Oh, vaya...

Y el juego siguió. Y también la lluvia. Pasado un rato:

—Jaque mate —murmuró el barón.

—¡No!

—No hay duda posible.

Su hijo consideró el tablero durante unos minutos, reprobatoriamente, y luego sacudió la hermosa cabeza y rió.

—Tenía que haberlo visto venir —dijo.

—Por supuesto, pero es que haces unos movimientos tan precipitados, hijo... Sacrificas tus piezas sin ningún propósito. Siempre es preferible pensar las cosas antes de hacerlas.

Gavin asentía con la cabeza sin escuchar realmente. Miró la cortina de lluvia que caía tras las ventanas, suspiró, y cambió la posición de las piezas en el tablero. Los tres sabuesos que yacían inquietos junto al hogar bostezaron y se estiraron, y luego volvieron a dejar caer las cabezas con sonoros golpes. Nadie iba a salir afuera.

—¡Si al menos dejase de llover! —exclamó el hijo del barón enfáticamente—. ¡No creo que haya más lluvia en el mundo!

—Hay mucha —le dijo el padre—. Recoge tu peón, hijo. Está justo al lado de tu pie. No, del izquierdo. Febrero es un buen mes para la lluvia y, a la larga, es lo mejor para la tierra. Eres demasiado impaciente. Estás seco y caliente frente al fuego. Hay otros que no tienen tanta suerte.

—Ya pueden quedarse con mi parte de comodidad —murmuró Gavin—. Jaque!

—Pero has dejado a tu rey desprotegido —dijo sonriendo el barón—. deshaz el movimiento y vuelve a pensarlo.

Los perros levantaron la cabeza al unísono, dirigiendo la mirada hacia la puerta. Gruñeron. Se oyó el sonido de una voz más allá del umbral.

—Señor, ¿puedo entrar?

—¿Quién eres para tener que pedir permiso? —gritó Gavin, antes de que su padre tuviera tiempo para hablar.

—Un pobre vendedor ambulante —contestó la voz.

—Es raro que un buhonero llegue hasta aquí por sí solo, sin nadie que le anuncie —comentó Gavin al barón—. ¿Cómo se las habrá arreglado para pasar delante de todo el mundo y llegar hasta tu habitación privada?

—Parece muy emprendedor —dijo el barón a media voz—. Ya que ha llegado tan lejos, dejémosle entrar.

—¡Entra, hombre! —gritó Gavin.

La puerta permaneció cerrada, y la voz en silencio.

Al cabo de un momento Gavin lanzó una exclamación de impaciencia, llegó de una zancada hasta la puerta y la abrió de par en par. El vendedor se introdujo en la habitación rápidamente. Dirigió a Gavin una ligera inclinación de cabeza.

—Gracias —dijo.

El joven retrocedió con la boca apretada.

—No he abierto la puerta para ti —dijo fríamente—. Simplemente, he venido a ver...

Su voz se apagó al ver la sonrisa del extraño.

—En ese caso, estaba en un error. Pensé que estabais mostrando cierta hospitalidad —dijo el vendedor—, obligada para el hijo de un noble.

Se inclinó nuevamente y se movió con rapidez antes de que Gavin tuviera tiempo de pensar en algo que contestar, y se plantó frente a la mesa a la que se sentaba el barón, quien miraba sonriente las piezas de ajedrez. Gavin frunció el entrecejo y se fue a atizar el fuego.

—Sé bienvenido —dijo el barón—, a pesar de tu brusca llegada. Habrías sido recibido con menos... sorpresa... de haber sido anunciado en la forma habitual.

—Mis disculpas, señor. —El hombre se inclinó—. Pero tengo tesoros para vender que sólo incumben al señor de la casa. No deseaba que me hicieran esperar largo rato en las

cocinas. No soy un buhonero común, señor, ni mis mercancías son baratijas corrientes.

Bajo la resplandeciente luz del fuego, su apariencia parecía respaldar su afirmación. Era muy alto, y su cabello tenía el color del acero brillante. Era difícil analizar sus rasgos, ya que sus penetrantes ojos claros y la boca torcida atraían toda la atención del observador. Podía ser viejo, incluso muy viejo, o podía ser más joven de lo que representaba. Sus ropas eran harapientas y descoloridas, y de su hombro colgaba una bolsa de cuero, la cual se anudaba casi en el extremo con una correa escarlata, con la que jugueteó mientras terminaba de hablar.

—Lo mejor sería que nos dejaras ver tus mercancías —dijo el barón—, y que juzguemos nosotros mismos su valor.

Pero Gavin se mantenía cerca del fuego, malhumorado. Los sabuesos se apretaban a sus pies y, afectados ya fuese por la hostilidad de su amo hacia el extraño o bien por ciego instinto propio de los perros, miraban fija y constantemente al hombre, y emitían profundos gruñidos.

A pesar de la atmósfera un tanto desfavorable, el buhonero no pareció desconcertarse en absoluto. Desató la correa de la bolsa y obsequió al barón con una sonrisa torcida en la comisura de una dura boca mientras el hombre más viejo pestañeaba ligeramente ante aquel repentino vislumbre de humor satírico.

—Espero despertar vuestro interés, señor —dijo el forastero secamente.

Buscó a tientas en la bolsa de cuero y rápidamente sacó de ella varios objetos brillantes que colocó sobre la mesa, situándolos con cierto arte para que sus mejores cualidades resultaran atractivas. Algunos botones pequeños, de color dorado, con cabezas de leones grabadas, una hebilla, un broche, un peine de plata. Arqueó una ceja hacia el barón, que apenas parecía vagamente interesado. El vendedor metió la mano más profundamente en la bolsa. Sobre la mesa fueron apareciendo, por turno, un corte de seda brillante, roja y amarilla, una pequeña daga con piedras preciosas en la empuñadura, una caja de marfil, unos broches. Luego depositó con cuidado una bola de cristal, con algo alegremente coloreado que se movía en el centro. Sacó un silbato de ébano con una borla de plata, así como cintas y un par de guantes bordados.

—Bonitos —dijo el barón—, pero no tan fuera de lo corriente. Ya he visto todas estas cosas antes.

—Padre —dijo Gavin, que se había acercado un poco—, su basura estaría mejor en la cocina y en los establos que aquí. —Miró al buhonero con desprecio—. Te has colado en las habitaciones de mi padre porque querías sacar mejores precios a tu chatarra de lo que podrías pedirles a los sirvientes.

—No he mencionado precios, señor. —El vendedor volvió la brillante mirada hacia el joven—. Y éstas, señor, no son todas mis mercancías. Por otra parte, incluso éstas son adecuadas para uso de los nobles, señor. ¿Os gustaría comprarlas?

El barón tosió y dijo:

—Me quedaré con el silbato, y no vamos a discutir sobre su precio.

Sacó varias monedas de oro reluciente de la bolsa y las depositó en la extendida mano del hombre. El vendedor hizo una reverencia.

—Por supuesto, señor, nunca puede haber discusión cuando hay generosidad.

Colocó el silbato de ébano aparte, y tocó la daga con un largo dedo, mirando al barón inquisitivamente. Pero sólo consiguió que éste negara con la cabeza y riera con buen humor.

—No, no, amigo. Sólo el silbato. Vete a las cocinas que pareces despreciar y diles que te alimenten bien. ¡Quédate caliente en mi castillo hasta que decidas lidiar con el tiempo, o hasta que desplumes a mi gente y decidan echarte ellos mismos!

El barón hizo un gesto de despedida. Pero los extraños ojos del buhonero se habían vuelto hacia el joven, y fue a Gavin a quien habló a continuación.

—¿No hay nada que os interese entre todas estas mercancías? Esta seda, señor, podría valer para hacer un alegre jubón, y haría resaltar vuestro dorado cabello..

—¿Ese tejido barato? —dijo Gavin—. Se caerá a trozos al hacerlo. Has hablado de otras mercancías. Sin duda, más basura, más baratijas como éstas.

—Nada de eso —dijo el buhonero—. Son muy diferentes, por supuesto. Y no son baratas. Incluso son demasiado caras para vos, señor.

Se inclinó ligeramente y empezó a recoger su material de encima de la mesa, tomándolo cuidadosamente con los huesudos dedos.

—Enséñame el resto —dijo Gavin. El barón le puso una mano en la manga, pero Gavin lo ignoró y paseó alrededor de la mesa y del forastero—. Muéstramelo —pidió de nuevo.

—Pienso que lo mejor es que no lo haga.

—Lo que tú pienses no importa. Enséñame el resto de tus mercancías.

El hombre miró brevemente al barón, pero no llegó a mantener la mirada. Se encogió de hombros y se puso una mano en la pechera del andrajoso jubón. Con gran cuidado y aparente desgana, sacó a continuación una caja de madera. Era pequeña y fea, de madera de haya, garabateada toda ella con un burdo diseño y borrones de pintura negra. El buhonero la sujetó por los lados y delicadamente abrió la tapa.

—Mirad, pues —le dijo al hijo del barón—. Mirad, pero no lo toquéis.

Dentro de la caja había una seca hoja de haya. Encima de la hoja, un anillo. Era un opaco aro de metal con una piedra de color rojo y sin brillo montada en él.

—Magia —dijo el buhonero—. Poderosa y peligrosa, y de un precio prohibitivo.

Gavin miró el anillo. Miró al hombre. Titubeaba. Luego, desafiante, tocó la piedra roja con un dedo. El buhonero siseó entre dientes y apartó la caja ligeramente, haciendo un movimiento como para cerrar la tapa.

—Espera —dijo Gavin—. ¿Qué clase de magia hay en esa bagatela?

Lo sacó de la caja, rápido como el zarpazo de un gato, y se lo deslizó en el dedo meñique de la mano derecha. Luego lo frotó, le dio vueltas, y tiró de él.

—Parece que no quiere salir fácilmente —dijo, con cierto temblor en la voz.

—Señor, tendréis que hacerlo salir—dijo el buhonero, con mala cara—. Y, si fuese necesario, cortarlo... El precio es mucho más alto de lo que podéis pagar.

Gavin dejó de intentar calcular el valor de lo que llevaba en el dedo.

—Puede que desee comprarlo, amigo —dijo altivamente—. Dime qué poder encierra y cuál es el precio.

El hombre se encogió de hombros y pareció crecer, su demacrada cabeza sobresaliendo como una amenaza por encima del hijo del barón. Hablaba con una voz que salía del fondo de su garganta, dejando que cada palabra sonara como una advertencia.

—El propietario de este anillo puede conseguir cualquier deseo. Pero uno solo, después el anillo se desvanecerá para siempre.

El joven observó el feo anillo.

—¿Es eso posible? —resopló.

—Es cierto.

—¿Cuánto vale?

—Mucho, muchísimo. Devolvédmelo, señor, es muy arriesgado llevarlo, aunque sea tan sólo durante unos minutos.

Gavin le miró enfadado.

—Me quedaré con él —dijo—. Y sea lo que sea lo que pidas, se te pagará.

—¡No! ¡No! Devuélveselo, hijo—le dijo el barón.

—Quiero quedármelo.

—Un momento —dijo el buhonero—. Vais demasiado de prisa. No os habéis tomado tiempo suficiente para pensarlo.

—Pero...

—Dadme licencia...

Una huesuda y enorme mano se alzó para silenciar al hijo del barón, mientras la voz del buhonero se hacía aún más grave hasta resonar como una campana por la habitación.

—Hay una condición que debe exigirse, además de un precio que pagar. Podéis desear y desear hasta que os duela la lengua, pero vuestro deseo quedará sin realizar si durante el año pasado habéis dicho una mentira. El anillo no se desvanecerá. Seguirá en vuestra mano, pero sólo será un anillo de metal sin ningún valor, con un engarce de vidrio vulgar. Y el precio no podrá volverse a pagar. Devolved el anillo, joven señor. Y estad contento por haberos podido librar de él.

Gavin dio vueltas al anillo en la mano.

—Nunca he mentado —contestó—. Pagaré cualquier precio que pidas.

El hombre le miró fijamente y sus pálidos ojos brillaron más que nunca. La amplia y tosca boca se retorció en una sonrisa. El hombre se inclinó, haciendo una gran reverencia, y dijo:

—El precio es éste, señor: el anillo que lleváis en la otra mano y el color de vuestro cabello...

El barón alzó los puños y golpeó con ellos la mesa violentamente.

—¡Devuelve el anillo, Gavin!

—No —contestó el joven.

Respiró largamente y miró al buhonero con detenimiento.

—Cóbrate el precio —contestó.

—Oh, Gavin... —murmuró el barón—. ¿Cuándo aprenderás a razonar?

El buhonero hizo un gesto, extendiendo las pahuas de sus manos como si lamentase lo que no podía impedir. Luego levantó la mano izquierda de Gavin y le quitó un espléndido anillo en el que refulgían magníficas esmeraldas y, como sin darle importancia, se lo metió en la túnica a la altura del pecho. Después miró sombríamente al joven y le dijo:

—Agachad la cabeza.

Estiró un dedo y le tocó el brillante cabello dorado.

—Pagado —dijo.

Con la mirada perdida, se dirigió a su bolsa y, de su interior, sacó un pequeño espejo. Estaba hecho de acero y cristal, tenía alrededor serpientes labradas.

—Mirad, señor..., mirad el precio que habéis pagado. Y cuando os hayáis mirado, no podréis volver a hacerlo en ningún otro espejo, puesto que si lo hacéis, moriréis...

—Gavin... —dijo el barón con desesperación, y luego quedó mudo.

Su hijo se estaba mirando en el espejo que el buhonero le había ofrecido. Hubo un largo silencio. Gavin levantó la mano que llevaba el anillo y se tocó los cabellos sin vida, sin color, que caían en lúgubres mechones a ambos lados de su cara.

—Bueno, al menos tengo el anillo —dijo.

Luego se acercó al fuego y se quedó mirando sin ver las quejumbrosas llamas. Oyó que su padre decía algo. Oyó gruñir a los sabuesos. Y cuando miró a su alrededor, el buhonero se había ido.

El barón se pasó la mano por el mentón, mirando a su hijo pensativamente.

—Insistes en aprender por el peor camino —le dijo—, pero, querido Gavin, trata de pensar un poco ahora...

Su hijo pensó. Pasado un minuto más o menos, dijo:

—Podría desear que volviera el color a mis cabellos, pero sería perder una oportunidad. Me acostumbraré a como están ahora. Además, puedo conseguir cualquier cosa que exista en el mundo sólo con desearlo.

Se rió un poco. Dio vuelta al anillo en su mano. Pero el barón le miraba ceñudo, tabaleando con los dedos sobre la mesa y sacudiendo la cabeza.

—Puede que ahora aprendas a ser más prudente —dijo sin demasiadas esperanzas.

Llamó a un paje y le mandó averiguar qué estaba haciendo el buhonero en el castillo.

—Ha de ser vigilado—dijo el barón.

Pero el hombre se había ido; sin hacer ruido, sin ser visto, tal y como llegara, había salido a la interminable lluvia.

Gavin estuvo muy callado el resto del día, hasta que la lluvia aminoró y por último cesó al comienzo de la tarde. Luego, se puso una capa y fue a los establos, donde pidió que le ensillaran un caballo.

Galopó bajo los árboles goteantes, respirando con ansia el aire húmedo, con el anillo encantado colocado en el dedo. Salió hacia el oeste, hacia el sol, que estaba brillando sin que se le pudiera ver, adentrándose en el bosque por un sendero lleno de musgo encharcado. Se bajó del caballo y se sentó a escuchar el agua que goteaba de los árboles empapados y el murmullo de los cientos de arroyuelos que corrían entre sus raíces. Tenía el pelo totalmente pegado a la cabeza y, de pronto, tiritó.

—¡Odio la lluvia! —gritó en voz alta—. ¡Desearía que el sol brillase!

Había emprendido el regreso por el camino del bosque y estaba llegando con la noche cerrada a las primeras casas del pueblo, cuando supo lo que había ocurrido.

Su caballo se encabritó cuando el joven tiró de las riendas y se volvió para ver el camino por donde había cabalgado.

—Ya se ha puesto el sol y sigue lloviendo —murmuró Gavin—. El anillo sólo es un aro de metal sin ningún valor. El precio ha sido pagado. ¿Cuándo, pues, he dicho una mentira?

Silencioso, se dirigió a su habitación en el castillo y se tiró sobre la cama, encerrando la cabeza entre los brazos. Entró un paje para quitarle las botas manchadas de barro y Gavin se sentó, mirando al muchacho con sus enigmáticos ojos verdes.

—Que tú sepas, ¿he dicho alguna vez una mentira? He estado haciendo memoria una y otra vez y no recuerdo ninguna.

—No, señor, que yo sepa no —dijo el paje, con convencimiento.

Le dio a su amo un par de zapatos y se fue, y comentó el incidente con uno de los pajes del barón. Más tarde, el paje se lo contó al barón, y el barón se dirigió a la habitación de su hijo.

—¿Cuándo he mentado? —preguntó Gavin.

El barón sonrió y le dijo, muy suavemente:

—De una cosa tan insignificante difícilmente podrías acordarte, pero la otra noche estabas harto de perder al ajedrez una y otra vez y dejaste de jugar pretextando un dolor de cabeza. ¿Realmente te dolía la cabeza?

Su hijo permaneció silencioso.

—No te lo reprocho en absoluto —dijo el barón, tocándole el hombro—. Ni ha sido un gran daño, ni ha sido motivo de disgusto.

Al día siguiente la lluvia caía con más intensidad que nunca, pero el barón se puso una capa de pieles y bajó al pueblo para charlar con algunos de sus súbditos sobre el estado de los tejados.

Gavin estaba solo en el vestíbulo del castillo con los sabuesos. Estaba recostado sobre ellos, como si fueran almohadones, cuando apareció el buhonero.

—Señor, soy vuestro siervo, señor —dijo el hombre.

Gavin levantó la asustada cara y vio los ojos pálidos fijos en su mano derecha. Quitó la mano del alcance de la vista y se la puso a la espalda.

—El anillo se ha desvanecido —dijo el buhonero, con voz aterradora—. Eso quiere decir que habéis conseguido vuestro deseo...

Hizo una reverencia.

Pero Gavin se ruborizó y escondió el rostro.

—Me lo quité —dijo—. Vete. No tienes permiso para venir aquí.

El hombre sonrió, observándole con ojos enigmáticos. Cuando habló, había una nota profunda en su voz, suave pero, de cualquier forma, siniestra.

—Ved, señor. Os previne. Es muy peligroso mezclarse con la magia. ¡Por suerte no habéis visto ninguno de mis otros tesoros especiales, señor!

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Pero por encima del hombro vio el gesto interesado de la hermosa cabeza que estaba recostada entre los perros. Gavin se sentó.

—Vuelve aquí —dijo cortante.

Al ver que el hombre se volvía, dubitativo, le apremió:

—Enséñame tus tesoros...

—¡Ah, no seáis imprudente, señor!

—Insisto.

El hombre suspiró. Meneó con desaprobación la macilenta cabeza.

—Vuestro noble padre no lo aprobaría —dijo—. Pero si insistís, ¿quién soy yo para contradeciros?

Se metió la mugrienta mano en la pechera de la túnica y sacó una pequeña y oscura bola de madera.

—Así pues, mirad, señor —dijo—. De hecho, si una vez desafiasteis a la magia cara a cara, supongo que podréis osar hacerlo de nuevo, y a lo mejor conseguís recuperar vuestras pérdidas, señor.

—¿Qué es? —preguntó Gavin.

El buhonero se acercó a él y se detuvo para mostrarle cómo desenroscaba la bola, que quedó dividida en dos mitades, una en cada una de sus manos. Gavin miró su demacrado rostro, de expresión apremiante, y luego el contenido de la bola hueca.

En cada mitad había una hoja seca de roble, en cada hoja un pendiente de metal, y cada pendiente tenía un cristal incrustado.

—No llevo tales ornamentos —dijo Gavin—. Ni me gustan.

—La gran magia pocas veces se presenta como nos gusta —comentó el buhonero suavemente—. Y veo que tenéis los lóbulos de las orejas perforados, como es costumbre entre los jóvenes nobles.

—Aunque así sea, yo...

—En cada uno de éstos hay un deseo, señor. Con estos dos deseos podéis recuperar el esplendor de vuestro brillante cabello y obtener todo cuanto deseáis en el mundo.

Gavin apartó a los sabuesos y tomó las dos mitades de la bola de madera. Eran toscas y estaban sucias, y le producían un intenso desagrado, pero dijo:

—¿Cuál es su precio?

—El anillo de vuestra mano izquierda y el color de vuestros ojos.

Gavin aguantó la respiración y dijo entre dientes:

—Tómalos.

El buhonero levantó la mano en señal de desaprobación. Su boca esbozó una turbia sonrisa, y había cierto destello en sus ojos que podía interpretarse como de triunfo, o burla, o ambas cosas. Dijo:

—¡Señor, señor, no tan de prisa! Hay una condición.

—¿Cuál?

—Si habéis robado algo en los últimos cinco años, no obtendréis los deseos. Los pendientes no serán nada más que vil metal con trozos de cristal. Y ya habréis pagado su precio.

—De buen grado —dijo Gavin. Volvió sobre sus pasos y añadió con voz ruda y desafiante—: Buhonero, toma tu precio y vete. ¡Podré ser cualquier cosa, pero no soy un ladrón!

El hombre hizo una reverencia, tomó la mano izquierda de Gavin y sacó el anillo cuajado de espléndidos zafiros. Lo guardó en su pecho con cuidado, dentro de la túnica; luego se quedó quieto por un momento, mirando fijamente a los ojos del hijo del barón.

Alargó las huesudas manos y con ellas cubrió los ojos de Gavin, quien los cerró al sentir el contacto, que fue muy breve.

El buhonero se retiró e hizo una reverencia.

—Pagado —dijo.

Gavin ni siquiera le miró. Se sentó en el suelo, a ras de tierra, con las manos en las rodillas y las dos mitades de la bola de madera apoyadas ligeramente en sus palmas.

—Señor..., tenéis que miraros, señor, y ser testigo de que habéis pagado.

Gavin levantó la cabeza y vio el espejo de cristal que el hombre le acercaba. Vio las serpientes metálicas enroscadas en el marco. Vio su cabello muerto, que le caía alrededor de la cara, enmarcando sus ojos descoloridos.

Se volvió. Y ni siquiera oyó cuándo se fue el buhonero, aunque los sabuesos se tensaron, su pelo se erizó y gruñeron.

«Sea como fuere —se dijo el hijo del barón—, tengo las joyas mágicas.»

Se había repuesto ligeramente del peso que había caído sobre su alma. Se levantó y recordó que no debía volver a mirarse en ningún espejo, y llamó a su paje.

Los pendientes no eran cómodos de llevar. Eran muy ligeros y le arañaban la piel. El paje de Gavin no hizo ningún ademán para ocultar su desaprobación, y al ser despedido, salió dispuesto a criticar abiertamente la falta de gusto y la nueva afectación de su amo.

Pero Gavin no se había dado cuenta de la molestia de los pendientes, ni del desdén de su paje. Estaba pensando.

«Tendré que tener más cuidado —se dijo—. Pediré los dos deseos aquí y ahora, y así no me veré sorprendido por un deseo que no haya solicitado.»

Se sentó y apoyó la barbilla en la mano.

«Puedo aguantarme con el pelo como está —meditó—. Pero odio los ojos con ese color desvaído, siempre tristes. Así que pediré el precio que he pagado. ¿Y para mi segundo deseo?»

Consideró el asunto durante algún tiempo. La fría lluvia azotaba las ventanas, húmeda furia que finalmente acabó por distraerle de sus profundos pensamientos. Miró por la habitación y tiritó. Respiró profundamente.

—Deseo..., éstos son mis dos deseos... —dijo en voz alta—. Mis ojos tendrán su color de nuevo y dejará de llover para siempre.

—Mi queridísimo hijo —le interpeló su padre desde la puerta—. ¡Qué suerte tenemos de que no seas mago!

Quedó sorprendido. Su hijo había corrido hacia la ventana, la había abierto bruscamente y miraba con fijeza la intensa lluvia, que rebotaba en el alféizar, salpicándole el afligido rostro.

—¿Qué pasa, hijo? ¿Qué ocurre?

—¿Qué he robado yo en mi vida?

—Ah...

Hubo una ligera pausa. El barón miró los pendientes de bisutería y la aturdida expresión de su hijo, y luego dijo pausadamente:

—¿Es eso? Bueno, nunca te lo he reprochado, hijo, pero la primavera pasada cogiste la primera rosa blanca del rosal que tu madre plantó. La rosa que yo tanto había esperado y deseado. No tenías intención de robarme, me consta, pero lo hiciste por puro atolondramiento. Ahora debes explicarme qué es lo que has estado haciendo y lo que ha hecho ese hombre. Estoy seguro de que ni ha sido un gran daño, ni ha sido motivo de disgusto.

Más tarde, aquella misma noche, cuando su hijo se hubo ido a la cama, el barón llamó a un sirviente y le dio cuidadosas instrucciones. Luego, se sentó ante el fuego durante un buen rato, solo. Su semblante era grave y severo, pero tenía un destello de diversión en los ojos.

—Si ese que se llama a sí mismo buhonero osa volver por aquí —dijo—, se las verá conmigo.

Pero el buhonero no regresó al castillo.

A la noche siguiente, al salir la luna, salió de entre los árboles del bosque y le hizo una reverencia al hijo del barón cuando éste pasó a caballo por allí.

Gavin estaba mojado y con frío, con la capa empapada y el cabello sin cubrir chorreándole agua sobre los hombros. Su caballo se espantó del buhonero al sentir que su jinete daba un respingo.

—Señor, ¿por qué no lleváis los pendientes? —dijo el buhonero—. ¿Se satisficieron vuestros deseos?

Gavin pico espuelas para seguir adelante. Pero el hombre dio una zancada, asió las riendas con las mojadas manos y sujetó al animal, obligándole a permanecer quieto.

—¡Esperad! ¡Esperad! —dijo—. ¿Acaso os he dado alguna razón para que me temáis?

—¿Temerte?

El hijo del barón se echó hacia atrás el cabello y se quedó mirándole enfadado. El hombre también le observaba a través de la lluvia,

—Oh, cuan estúpido soy, señor..., por supuesto que no tenéis miedo. De modo que me contaréis cómo os fue con vuestros deseos, ¿no es así?

Gavin le miró en silencio. Durante unos minutos, ninguno de los dos hombres se movió. Entonces el buhonero suspiró, y su boca se torció hacia un lado.

—¡Bien, bien! —dijo—. Hice mal en enseñaros mis mercancías menos valiosas. ¡Hubierais hecho mejor comprando una de aquellas pequeñas y bellas cosas que llamasteis baratijas! Os diré adiós. Tenía intención de enseñaros otra cosa, pero no lo haré. Ya habéis perdido mucho. Y vuestras pérdidas demuestran algo, ¿debemos llamarlas debilidades?, a quienes conocen los términos de lo mágico.

Aquella declaración incitó a Gavin a hablar.

—¡Las faltas fueron sin intención! ¡Sin pensar! ¡Basta ya!

El hombre le hizo una reverencia.

—Por supuesto —dijo con un ronroneo—. Y estoy más que contento por saber que no sois ni un ladrón ni un mentiroso.

Gavin clavó las espuelas en los costados del caballo, pero la mano del hombre aún sujetaba las riendas. Sin esfuerzo aparente, contenía a la fuerte bestia, haciéndola permanecer inmóvil. El hijo del barón se ladeó en la silla y con la empuñadura del látigo golpeó los enjutos y sucios dedos.

El caballo se encabritó y se cruzó en el estrecho camino, mientras el buhonero se reía de Gavin, brillándole los dientes en medio de la suciedad de su demacrado rostro.

—¡Oh, bravo! —dijo—. Sois tan valiente, señor, que os voy a enseñar el último de mis tesoros. Con vuestro gran coraje, podréis recuperar todo lo que habéis perdido, y mucho más. Señor, mirad, señor.

Introdujo la mano entre los pliegues de la túnica y sacó, de algún escondido bolsillo a la altura del pecho, un rudo cilindro de madera de pino. Lo tomó con delicadeza, como si se tratase de algo precioso.

—¿Qué es? —dijo el hijo del barón pomposamente, en contra de su buen juicio—. ¿Qué contiene?

—Temo que debo pedirlos que desmontéis, señor. Esto es demasiado frágil para verse a lomos de un caballo.

Gavin miró a su alrededor, a los húmedos árboles, al anegado camino, a la brillante luna, y se deslizó de la silla. El buhonero se enroscó las riendas alrededor de la muñeca y le dio a Gavin el cilindro de madera.

Tocarlo no fue agradable. La madera estaba algo enmohecida y olía a humedad. El buhonero sonrió con su retorcida sonrisa y dijo:

—Es más seguro, señor, disfrazar el valor de estas cosas con un aspecto poco atractivo. El hombre sabio siempre espera a ver lo que hay dentro...

El buhonero alargó una mano, levantó el cierre redondo del cilindro y puso al descubierto su interior, lleno de agujas secas de pino entre las que se adivinaba un objeto de metal opaco. Por unos momentos, ninguno de los dos hizo nada. Luego, Gavin respiró profundamente y sacó del cilindro un collar de planos, delgados y toscamente labrados discos coloreados, en todos los cuales se engarzaba una pequeña piedra marrón, como un guijarro. Era una cosa barata, sin gusto y horripilante.

—Si lleváis esto —dijo el buhonero, con voz terrorífica—, todos los hechizos que hayan tenido lugar tanto en vuestro cuerpo como en vuestra alma se desvanecerán, y podréis desear el verdadero deseo de vuestro corazón...

Gavin lo miró fijamente y lo rechazó. Todos sus instintos le decían que volviese a ponerlo en su sitio rápidamente y que no tuviera nada que ver con ello nunca más. Seguramente lo habría devuelto, pero la solícita voz del hombre le incitaba a no hacerlo.

—...No lo tengáis demasiado tiempo en las manos, señor. Devolvédmelo. ¡Veo vuestra repulsa, vuestro miedo ante tan gran brujería! Y estáis en lo cierto, señor, en tener miedo. El precio es terrible, demasiado elevado incluso para vos. Devolvédmelo, señor, y seguid vuestro camino. No me volveréis a ver. Abandono vuestras tierras. Dejad que conmigo se vaya mi magia; de ese modo no correréis el riesgo de veros aún más desdichado de lo que ya sois, señor.

En la palma abierta de la mano de Gavin, el collar depositado no incitaba a la codicia, ni brillaba, ni reflejaba maldad. Y su mano tembló.

—¿Cuál es la condición? —preguntó.

—No haber sido el causante de la muerte de ningún ser humano.

Un silencio profundo.

—¿Y el precio?

Otro silencio. El collar permanecía frío y sin valor en las manos del joven, y pensó en el olor de antigua perversidad que desprendía aquel objeto.

—Si estuviera aquí vuestro padre, señor, os pediría que os detuvieseis y lo consideraseis —dijo el buhonero, muy amablemente.

La expresión de sus ojos hizo que Gavin vacilase por un momento. Después dijo:

—Pagaré el precio que pides, sea cual sea. Dime lo que es.

El hombre le hizo una reverencia,

—El anillo de vuestra mano izquierda y la belleza de vuestro rostro.

Gavin parpadeó. Luego asintió con la cabeza.

El caballo agitó las crines con un salvaje y difícil movimiento que hizo tintinear todo el arnés. El buhonero tomó el collar de manos de Gavin y, al mismo tiempo, le quitó el anillo, que brillaba luciendo toda la esplendidez de un magnífico diamante. Se lo guardó en el bolsillo de la túnica, a la altura del pecho, y le puso el collar por la cabeza al hijo del barón. Luego alargó un huesudo dedo y lo pasó por la cara de Gavin, con un movimiento vertical de la frente al mentón y a la inversa. Sonrió con su torcida y amarga sonrisa.

—Pagado —dijo.

Y se sacó el espejo metálico del bolsillo.

Gavin tiró al suelo el cilindro de madera de pino y juntó las manos fuertemente.

—Todos estos hechizos desaparecerán, pues sé positivamente que nunca he matado a nadie.

Apretó los dientes y miró para verse en el espejo de enroscadas serpientes: vio su descolorido y húmedo cabello, sus tristes y mortecinos ojos, y su cara arruinada. Se dio la vuelta. Con voz baja y temblorosa, dijo:

—No entiendo nada.

—Pagado —repitió el buhonero—. Hecho y terminado. —Dejó de sonreír y miró al caballo, cuyas riendas aún permanecían arrolladas a su muñeca y, luego, volvió la

siniestra cabeza hacia el hijo del barón—. Tenía intención de tomar este caballo —dijo—. Pero he cambiado de idea. Cabalgad de regreso al castillo. Y, señor, pedid consejo a vuestro buen padre. Ya no volveréis a verme.

Rodeó el caballo y le tendió la mano a Gavin para ayudarlo a montar, pues el joven parecía aturdido y apático. Le puso las riendas entre los dedos, dio un paso atrás y le hizo una reverencia. Luego, siguió retrocediendo hacia la oscuridad del goteante bosque. Alzó la desgarrada túnica, cerrándosela alrededor de la garganta. Por un momento, pareció un vulgar y viejo mendigo de los que rondan por los caminos. Pero después se irguió cuan alto era; sus pálidos ojos brillaron en su rostro sin edad, nada en él era vulgar.

—Señor—dijo—, casi lo lamento, señor.

Y se alejó por entre los árboles.

El barón levantó la mirada del tablero de ajedrez, en el que estaba estudiando algún problema.

—Has entrado muy silenciosamente, hijo.

—Padre, ¿a quién he podido yo matar?

El barón habló dos veces, con una gran pausa entre ambas.

—Hijo... —dijo. Y al cabo de un momento—: Cuando naciste, perdí a mi esposa.

—Nunca pensé en ello...

—Nunca te lo reproché, hijo.

Gavin cruzó lentamente la habitación hasta el lugar donde un gran espejo colgaba entre las sombras de los tapices que había sobre las paredes. Permaneció frente a él con la cabeza gacha.

—No debo mirarme en un espejo —dijo—, so pena de morir instantáneamente. —El barón comenzó a decir algo, pero se calló y observó a su hijo en silencio—. Me parece que hay algo oculto detrás de todo lo que se ha dicho y hecho, algo que no acabo de entender. Quizás encuentre aquí la solución.

Levantó la cabeza y miró su imagen reflejada.

Tras una pausa, dijo:

—Las sombras son profundas. Es difícil ver con claridad, pero me veo como siempre he sido. No ha habido cambio alguno. Y no he muerto.

Se volvió hacia su padre y vio que el barón no se había movido, que ni siquiera había levantado un dedo para disuadirle de lo que acababa de hacer. Gavinladeó la cabeza ligeramente, y en sus ojos brilló una mirada de total desconcierto.

—No has cambiado ni una pizca —dijo su padre—. Y no hay razón alguna para que mueras, al menos por ahora. Ven aquí, Gavin, mi pobre, imprudente y querido hijo, y escúchame de una vez por todas.

Gavin se acercó a la alfombra de piel que había a los pies de su padre.

—Me ha dolido mucho, hijo, verte tan afligido. Pero no he querido intervenir, pues esperaba que pudieras pensar un rato y darte cuenta por ti mismo de lo que te estaban haciendo.

Tocó el collar de quincalla que su hijo llevaba al cuello, con gesto de disgusto.

—Habíame de esto —dijo—. Echaré a ese buhonero de mis tierras. Ha hecho su juego con demasiada frecuencia.

—Ya se ha ido —contestó el joven.

—Tanto mejor. ¡Cruel e implacable granuja!

Gavin le contó la última compra que había hecho, y todo lo que había sido dicho y hecho en el húmedo bosque. Habló al principio con voz vacilante y concluyó con una prisa repentina.

—Esas feas joyas, esos encantamientos..., las condiciones que no podía cumplir... ¿Padre, tiene esto algún sentido para ti?

El barón asintió.

—Sí, Gavin. No han existido joyas encantadas, sólo bagatelas sin valor. No ha caído sobre ti hechizo alguno, sólo palabras. Te prohibió mirarte en un espejo para que no lo descubrieras por ti mismo. ¡Que el cielo le perdone! ¡Las únicas cosas mágicas que tenía eran su propia astucia y el espejo que llevaba en el bolso!

Se hizo un largo silencio.

—¿Por qué? —preguntó finalmente Gavin.

Uno de los sabuesos gimoteó al percibir el tono de la voz de su joven amo, y el barón los apaciguó a ambos con su gentileza. Luego dijo:

—Te tiraste de cabeza en las trampas que tendió para ti, mi querido hijo.

—¿Y qué ganaba él con ello?

El barón rió brevemente.

—¡Vaya! —dijo—. ¡Pues ha ganado tres anillos dignos del rescate de un príncipe! Mi silbato fue mejor negocio, y eso que pagué por él unas pocas piezas de oro. Es un viejo truco que ya se ha utilizado otras veces. Pero ni ha sido un gran daño, ni ha sido motivo de disgusto.

PETER KAGAN Y EL VIENTO

Gordon Bok

Gordon Bok es un cantante de música folklórica tradicional, y un escritor de canciones basadas en esa misma tradición. Vive en las costas de Maine, donde ha madurado trabajando en los últimos grandes veleros de la costa este, incluyendo el balandro del río Hudson, Clearwater. Durante años ha reunido leyendas sobre el pueblo de las focas (más conocido en las Hébridas Escocesas como los silkies), inspirándose en él para sus propias historias. Peter Kagan y el viento puede escucharse en el disco de Gordon que lleva por título Peter Kagan and the Wind. Oírle cantar con su voz profunda la historia del hombre que lleva a su hogar a una mujer del pueblo de las focas, al tiempo que su guitarra llama a los ritmos del viento y de las olas, es como escuchar el relato de un trovador o el lai de un bardo.

Peter Kagan era un hombre solitario, en el verano de su vida.

Pero un día se cansó de estar solo,

empezó a viajar, hacia el este,

y cuando volvió, traía una esposa con él.

Era extraña, ya lo saben, pero era amable,

y le gustaba a la gente.

Trataba bien a Kagan, le daba compañía,

y, del invierno al verano, eran felices.

Kagan tenía un bote de pesca, con una vela al tercio en el mástil.

Y se alejaba de la costa por tres o cuatro días, persiguiendo a los peces.

Pero, oh, a su mujer le entristecía;

nunca le había gustado verle partir.

Bajaba a la playa y le llamaba:

Kagan, Kagan, Kagan,

vuelve con el bote al hogar.

El viento y el mar te seguirán,

y todos los arrecifes te llamarán.

Decía que podía oírla cantar a veinte millas de la costa,
y, cuando la escuchaba, regresaba al hogar,
hubiese pescado o no.
Ella era del pueblo de las focas, ya lo saben.
Todos lo sabían; hasta Kagan lo sabía,
pero nadie se lo había dicho.
Un día, en el otoño del año, Kagan dijo:
«Tengo que salir, alejarme de la playa y pescar un poco».
Pero ella dijo: «No..., no vayas».
La mujer empezó a gritar:
«Por favor, no vayas... Han llegado el viento y la nieve.»

Kagan, Kagan, Kagan,
no vayas al mar.
El viento tormentoso y la ventisca han llegado,
y, oh, temo por ti.

Pero Kagan no temía a la nieve; aún era muy pronto.
Se impulsó con los remos y se fue mar adentro.
Kagan navegó, alejándose de la Tierra Media.
El viento sopló del oeste todo el día, y le arrastró;
el pescado llegó con el viento.
Kagan leyó los signos del agua y del cielo.
Vio la neblina, muy alta, sobre las nubes.
Dijo: «Es el otoño,
sólo un cambio del viento. No temo al viento».
Pero Kagan había leído mal aquella vez.
El viento retrocedió, y volvió del sureste.
La niebla le envolvió.
Kagan dijo: «Mejor volver ahora.
Encontraré la boya de gong más allá de los Arrecifes Hundidos.
Así sabré cuál es el mejor camino para regresar a casa».
Izó la vela y se dejó llevar hacia el norte, siguiendo el gong.
Pero, oh, el viento vigilaba El viento cambió
hacia el este, y sopló.
Navegaron mucho tiempo, y la travesía fue muy difícil.
Al fin, la fuerza del viento arrancó la vela.
Kagan la recogió y el bote de pesca empezó a derivar.
Entonces oyó la boya de gong.
«No está muy lejos.»

Kagan, Kagan, Kagan,
vuelve con el bote al hogar.
El viento y el mar te seguirán,
y todos los arrecifes te llamarán.

Pero el bote siguió derivando,
y la boya le dijo adiós.
Kagan dijo: «De acuerdo».
Tomó los remos y avanzó con ellos hacia el gong.
Pero, oh, el viento vigilaba.

El viento volvió a soplar del noreste y confundió al mar.
El viento dijo: «Escucha, tengo algo que contarte».
Kagan siguió remando: «No quiero escucharte».
Pero el viento se arqueó, encogiéndose el mar,
haciendo el remar más difícil.
Finalmente, el mar estuvo tan encrespado que Kagan supo
que no llegaría
a ninguna parte. Dejó los remos
y el bote derivó.
Kagan dijo: «De acuerdo, ahora tengo que enseñarte algo».
Tomó una aguja de madera y la afiló,
le puso un hilo enhebrado,
cosió la vela más pequeña, cosió un rizo en ella.
El viento dijo: «¿Qué haces?».
Kagan dijo: «Ya lo ves».
Kagan volvió a izar la vela,
dirigiéndose hacia el gong.
Pero, oh, el viento vigilaba.
El viento volvió a soplar del nor-noreste.
Kagan perdió el rumbo.
Kagan dijo: «De acuerdo, entonces».
Hizo virar el bote; lo condujo hacia el este.
El viento dijo: «Estás adentrándote en el mar».
Kagan dijo: «No temo al agua.
Lo conseguiré, en un futuro, cuando pueda buscar el gong»
El viento dijo: «Cambiaré; de nuevo al este».
Kagan dijo: «Irás por delante. Volveré a mi rumbo otra vez
El viento dijo: «Regresaré».
Kagan dijo: «Estarás ya muy lejos, y tendrás que rectificar
Lo sabes. Podré adelantarte».
El viento dijo: «Serás más ligero, pero yo soy más fuerte.
Mira».
El viento creció, las ráfagas se endurecieron.
Al fin, hubo muchísimo viento.
La vela dijo: «No puedo más».
Kagan dijo: «Lo sé. Gracias».
Bajó la vela y el bote avanzó... a la deriva.
Kagan recogió la vela de la verga.
Se envolvió con ella. «Me calentarás.»
El viento dijo: «No podrá calentarte».
El viento sopló desde el norte: «Te helaré».
Kagan dijo: «No temo al frío».
Pero sí que le temía. No sabía qué hacer.
Pero, oh, el viento actuaba;
el viento trajo hielo y nieve,
el viento soplaba, fuerte y negro.
Kagan dijo: «Estoy muriendo. Vela, dame calor».
La vela dijo: «No puedo, Peter».
Kagan se moría y el viento soplaba.

Kagan, Kagan, Kagan,
vuelve conmigo;

da la vuelta al viento
y al camodo y ventoso mar.

Kagan, Kagan, Kagan,
déjate vencer por el sueño
para que pueda reconfortarte,
y proteger tu querido cuerpo.

Y Kagan se tumbó en el fondo del bote,
e intentó no temer a la muerte.
Y soñó con ella, con su mujer.
Soñó cómo llegaba hasta él.
Oyó una llamada a través del viento,
y levantó la cabeza, y la vio llegar.
Llegó sobre la batayola del bote, sonriendo,
a sus brazos.
Y toda la noche y durante la tormenta estuvieron tendidos,
y el viento y el mar se fueron.
Y al amanecer le encontraron,
dormido, envuelto en la vela.
Y tumbada con él había una foca,
envolviéndole como una manta...,
y la nieve cubría a la foca.

ISLA CUARENTA Y SIETE

R. A. Lafferty

R. A. Lafferty, un maestro de lo inclasificable, ha escrito numerosas novelas y relatos cortos. La novela más conocida es Señor del Pasado, en la que Tomás Moro es reclamado hacia el futuro para resolver el enigma de su propia Utopía.

Debido a los adornos de planetas y astronaves, puede que prefieran decir que esta es una historia de fantasía sobre ciencia ficción, a no ser, naturalmente, que resulte más cómodo pensar que es una historia de ciencia ficción sobre fantasía.

1

—Quincy, tendremos que hacer algo con eso de las serpientes en la habitación de las chicas —dijo Europa Phelan—. La presión para deshacerse de ellas es intolerable, y Tierra Noche está cada vez más cercana.

—Oh, toca un tambor diferente durante un rato —sugirió Quincy Pehlham—. No pasa nada malo con las serpientes. Han sido nuestras amigas personales durante mucho tiempo. Si no le gustan a Hugo Katz, peor para él. A mí me gustan, y a las chicas también. Tienen estilo, encanto, belleza, colores en el alma, dignidad y gracia. Hugo Katz no tiene ninguna de esas cosas. Yo digo que dejemos en paz a las serpientes y que echemos a Hugo Katz.

Las serpientes poseen estilo y encanto y belleza. Se enroscan y desenroscan con cambios caleidoscópicos. Se sirven a sí mismas, aparentemente, a partir de un grupo de copas a otro diferente. Caen como la espuma revuelta y coloreada de las cataratas, y se alzan con el lento movimiento de las fuentes. Se dan la vuelta de dentro hacia afuera y

luego al revés, tragándose y regurgitándose a sí mismas. Son cascadas de joyas derrumbándose para luego trepar otra vez. Son deslumbradoras, composiciones de color y perspectiva, son cuarteamientos prismáticos y recombinación de colores estriados, son vívidos sueños hipnóticos que giran con increíbles efectos diferenciales, son gracia en movimiento, son ultrajantes bromistas de colores en rápida yuxtaposición.

Son personas con diamantinos ojos de personas resplandeciendo en sus siempre nuevos reconocimientos. Son aromas, evocativos y prescientes, alegóricos e imposiblemente extranjeros. Emiten cualquier olor imaginable, y vuelcan en ello toda su imaginación. Emiten olores de mando o sugestión. Son sociables, aunque un poco molestas.

No tienen voz. Pero pueden tocar zanfoñas y cuernos si se colocan los instrumentos con pequeños puntales apropiados para ellas. No son tan musicales como podría esperarse de tan coloreadas criaturas, pero tocan con mucho espíritu y entusiasmo. Son tan buenas como las Focas de Stoker en sus interpretaciones, aunque no pueden recordar tantas melodías como las focas. En canciones originales, no hacen movimientos que tengan más de seis notas, ni nada más complicado.

Sus mentes no son respetables. La mentalidad no es su fuerte. Son deshilachadas. Realmente, no se las puede comparar a ninguna otra cosa, incluso la gente más mayor tiene pocos recuerdos de serpientes distintas a éstas, aunque siempre tienen el sentimiento de que estas serpientes son de alguna clase especial.

Nadie sabe cuántas serpientes hay. Cinco es el número más elevado que se hayan visto juntas, pero por lo menos debe haber una docena con diferentes apariencias. Es posible que las serpientes cambien individualmente sus apariencias cuando lo deseen.

Hay quien dice como broma que tampoco se sabe cuántas chicas tiene Phelan aquí. Seis es el número más elevado que se hayan visto juntas, pero un par de ellas pueden tener un montón de apariencias. Y en especial Antonieta. De las chicas, sólo tres — Antonieta, María y Teresa— viven tranquilamente en la Sala de Chicas de Phelan. Irene se casó con Konrad Katz. Margaret con Joseph Constantino. Patricia sólo tiene un año y vive en la habitación de sus padres, Quincy y Europa Phelan.

El único en Robinsonada que odia a las serpientes es Hugo Katz, el Comandante de la Nave y la Colonia, y las odia por razones ideológicas. Pero el fundamento que utiliza para odiar a las serpientes parece bastante irracional.

—No podemos llevar serpientes o semillas de serpientes al salir de la Tierra —decía como si se tratase de un complejo argumento—, y por lo tanto no habrá ningún tipo de serpientes en Robinsonada. Las serpientes no podrán hacer nada en el espacio. No pueden volar en el aire. Y aquí no hay fauna nativa. No podrán ser auténticas serpientes.

—¿Por qué te preocupas tanto por esto, Hugo? —Quincy Phelan lo preguntaba cada vez que el tema salía a colación—. Si son imaginarias, sólo habrá objeciones imaginarias. Y las cosas irreales no pueden causar daño.

—Las cosas irreales pueden causar un daño casi total —mantenía Hugo—. Deben ser destruidas. Hay cosas que se hacen del todo mal. Hay enfermedades histéricas. Hay supersticiones viles. La imaginación sólo es lícita cuando sus imágenes son esquemáticamente razonables. Además, estas son serpientes imposibles de especies inexistentes. Son biológicamente imposibles. Sencillamente, las serpientes no tienen tantas articulaciones como éstas. Ni se mueven como éstas.

—No son dañinas, Hugo—volvió a decir Quincy Phelan—. No es posible que nos hagan ningún daño.

—Las serpientes son la superstición suprema y las progenitoras de la superstición —gritaba Hugo muy a menudo—. No podemos admitirlas ni aquí ni en ninguna otra parte. El objetivo total de los asentamientos en los cuarenta y siete planetas de Selkirk es filtrar las supersticiones remanentes de los especímenes humanos. Nuestro estatuto dice que debemos arrancarlos de raíz aunque nos lleve veinte años. Llevamos ya veinte años en

Robinsonada y los símbolos de la superstición aún permanecen. Otros planetas ya han enviado cuatro o cinco, o incluso diez grupos hacia nuevas colonizaciones desde que nosotros estamos aquí. Deberíamos declararlo un planeta solitario, y sólo a las personas honradas de entre nosotros se les debería permitir marcharse a otro. El resto, os quedaréis aquí abandonados para siempre con vuestras putrefactas semillas.

—Si eso sirve de algo, de acuerdo —dijo Quincy Phelan—. Pero, ¿no será que la superstición está en tu propia mente y en tu boca?

—Las serpientes están aquí, en tu propia casa, Phelan. Y también creemos que una persona de tu propia familia es la fuente de la infección. Las serpientes son un misterio y un mal, y tienen un origen alienígena. Pueden llegar a un acuerdo sólo con personas que estén abiertas a la superstición. Las serpientes de la Tierra no se originaron allí. Son un enigma alienígena. Fue un ángel el que adquirió la apariencia de una serpiente en una antigua prueba de fuerza: el que abrió la puerta a la entrada de las serpientes. ¿A qué abríamos la puerta aquí, a qué vil superstición?

—No lo sé, Hugo.

—Cualquier creencia en cosas sin mundos, en «Cosas del Más Allá», es mala superstición, Quincy. ¿Deseas extirparlo?

—Nosotros somos gente sin mundo, estamos en un Lugar del Más Allá, Hugo —dijo Quincy—, porque no hemos nacido en el mundo que habitamos.

—No hagas malabarismos de metáforas conmigo, Quincy. Eres un pobre cazador con un pobre olfato para estas cosas. O tal vez eres incapaz de darte cuenta de las cosas. Tú y toda tu tribu podéis marcharos.

—No sabemos de qué estaba hablando —dijo maliciosamente Mary Phelan refiriéndose a la diatriba de Hugo Katz—. No sabemos qué podrá ver, pero nadie más ha visto nada de lo que él dice.

—Ni siquiera sabemos lo que son las serpientes —dejó caer Teresa Phelan con su boquita de nueve años—. De todos modos, quizá no sean tan malas. Quizá no fuese una serpiente lo que hubo al principio. Tal vez fue alguien con un traje de serpiente.

—No había formas de vida, excepto ovejas, conejos, abejas y gusanos de tierra —interpretó Antonieta Phelan—. Seguro que no sabían nada sobre esos animales llamados serpientes.

—Me parece que todo es un invento de tu imaginación, Hugo —dijo Quincy Phelan con complaciente falsedad.

Y entonces una de las serpientes empezó a crecer cuatro veces más que su tamaño habitual. Sujetó la mano de Hugo Katz con unos dientes asesinos que no eran como los de las serpientes. Barnabas Phelan, el hijo mediano de la familia, reprendió a la serpiente gravemente por lo que había hecho. Hugo había estado muy cerca de perder la mano en el ataque.

Estaba prácticamente demostrado que las serpientes no tenían dientes. O casi no tenían. Pero ¿quién iba a imaginárselo? No Hugo Katz, que padecía un ataque histérico en aquel mismo momento imaginando que había sido mordido por una serpiente, imaginándolo todo más grave de lo que en realidad era, con el brazo y la mano hinchados y amarrotados con algo que apenas había sido una rozadura. Era imposible. Debía de haber recibido el castigo de algún otro modo.

—Sólo muerden a la gente que no les gusta —dijo Teresa Phelan demasiado racionalmente.

Conforme; suponiendo que las serpientes sean una especie inexistente y biológicamente imposible, entonces, ¿qué son? ¿Cómo creen saber biología de serpientes unas chicas de dieciséis, trece y nueve años, cuando han vivido toda su vida en un mundo sin serpientes? ¿Cómo van a saber algo sobre biología de serpientes?

Pero las serpientes son una de las especies existentes. Son de la especie Culebra Caleidoscopia de la Tierra, aunque allí sea muy rara. ¿Y cómo llegaron realmente a Robinsonada? Hay quien dice, por perversas razones, que fue pasando de contrabando los pequeñísimos huevos de esas especies, ya que era imposible pasar de contrabando las serpientes vivas.

Pero el Comandante Hugo Katz seguía con su actitud irracional sobre las serpientes, y alborotándolo todo con el tema, jurando que las habría echado antes de la llegada de Tierra Noche. Exigió que se fueran las serpientes y todas las demás supersticiones falsas.

—Conforme, ¿pero cómo llegaron las serpientes a Robinsonada?

—El enemigo lo hizo—dijo Hugo Katz.

2

La fauna superior de Robinsonada estaba dividida en cuatro familias: los Katz, los Constantino, los Huckleby y los Phelan.

Los Katz eran robustos y de cabello pajizo, e insistían en que debían ser los cabecillas de cualquier proyecto. Bajo su patriarcado, Hugo Katz, el Comandante de la Nave y la Colonia, se había encargado de que siempre fuesen así. Todos los Katz eran de miras estrechas, o de mentes adecuadamente enfocadas y calibradas, como se suele decir. Estaban libres de toda superstición. La madre de la tribu era Monika Katz. Los hijos eran Konrad (quien estaba en cierto modo comprometido al estar casado con Irene Phelan), Frederik y Max. Las hijas se llamaban Rita, Olivia y Veronika. Los nietos eran William y Lily. Formaban una familia de triunfadores, con muchas menciones y premios que lo avalaban.

Los Constantino, bronceados y de cabello rizado, estaban impregnados del fuego del espacio; pero constituían un foco muy grande, y su fuego no era realmente caliente. Bruno Constantino, el padre de la manada, era la persona más alta de todos los habitantes de la Isla-Planeta de Robinsonada. Su esposa, Davida (Vida) Constantino, era la siguiente más alta. Las hijas de la familia (sí, con los Constantino las hijas eran las más importantes y abrumadoras) eran Regina, Cecilia, Angela y Barbara. Los hijos, Joseph, Anthony, Edward y Cristófer. Los nietos, Gabriel y Catherine.

Los Constantino eran los mejores criadores de plantas y ganado de Robinsonada. Se dice de algunos campeones que tienen uno de los pulgares verde y el otro rojo. Eran los mejores constructores y mantenedores, los mejores biólogos y los mejores técnicos electrónicos, los mejores químicos para-animados. También eran (aunque pisaban ligeramente aquella zona) los mejores en todas las artes, incluida la música. Pero las artes y la música eran muy difíciles de mantener puras. Son los campos en que más fácilmente puede entrar la superstición.

Los Huckleby creían ser la gente más importante de Robinsonada, y en muchos aspectos era así. Naturalmente, las otras tres familias (incluidos los Katz) lo creían, y aquella era una distinción considerable. Eran buenos en todo. Eran complacientes y modestos en su persona. King Huckleby era el padre del clan. Audrey Huckleby era la madre. Los altos hijos eran Esmond, Graves, Steven, Paul y Bernard. Las rollizas hijas, Elviry, Joyce y Emily. Los nietos eran Jane y Charles.

Los Phelan eran gente pelirroja y rubicunda. (Suave tierra, desmenuzadas praderas, pozos negros: había que cuidarse de ellos.) Los Phelan habían realizado casi todos los descubrimientos que se habían hecho en Robinsonada —en todos los casos, por accidente—, y los miembros de las demás familias no sabían muy bien cómo lo hacían. El padre de la familia era Quincy, y la madre Europa, ambos de mentes peligrosamente brillantes y a veces impronosticables. Las hijas eran Irene, Margarita, Antonieta (todo era muy engañoso sobre Antonieta), María y Teresa. Los hijos eran James, Barnabas (todo

era muy, pero que muy engañoso sobre Barnabas), Blaise y Damián. Los nietos, Vincent y Patricia.

Aquellas eran las cuarenta y siete personas de la fauna superior de las especies humanas de Robinsonada. Ocho de ellos habían llegado unos veinte años-tierra antes y habían aterrizado en un satélite artificial desde una nave nodriza que luego se había vuelto a marchar. Las otras treinta y nueve personas habían nacido en Robinsonada.

Habían hecho una colonia agudamente ajustada. Las únicas cosas animales que habían llevado con ellos eran bovinos (una vaca preñada con gemelos, un macho y una hembra, de los que se había comprobado que la última no era estéril), lanar (una oveja igualmente cargada con una pareja de corderos), dos colmenas de abejas en sueño profundo, tres kilos de gusanos de tierra igualmente dormidos de mala manera, una nidada de huevos de pato, unas cuantas cápsulas llenas de huevas de pescado, tres conejas preñadas, una cierta cantidad de viveros de algas, semillas de trébol dulce (resbalábamos sobre cosas plantas), cacahuets, césped, grama, trigo, dorado grano para aves, manzanas, viñas, olivos, melocotones. Productos y reproductores químicos. Comida y agua para un cuarto de año (posiblemente porque una llanura de agua era la más dificultosa de todas cuantas comodidades querían proveerse). Herramientas, naturalmente (el satélite tenía un almacén de herramientas y una tienda de maquinaria). Cintas y material impreso. De todo había.

Y cada útil representaba un ligero incremento. Había cosas aparentemente no autorizadas, aunque casi todas ellas eran intangibles. Ninguna cosa mental debía figurar en el espíritu de los ocho fundadores. Y aquellas mentes fueron totalmente monitorizadas. Fueron gene-amaestradas.

La Persona Primera en la jerarquía de Robinsonada era Hugo Katz, el Comandante de la Nave y la Colonia. Y la Persona Cuarenta y Siete era posiblemente Antonieta Phelan. Pero más verosímilmente fuese Barnabas Phelan. Barnabas era probablemente la isla cuarenta y siete.

¿Por qué? Antonieta tenía dieciséis años. Barnabas quince. Ambos habían nacido en Robinsonada con apenas un año de diferencia. No importaba, los puntos de comparación eran independientes de la edad.

¿Quién gobernaba realmente la isla-asteroide-planeta de Robinsonada?

Hugo Katz creía que él.

El eje Antonieta-Barnabas Phelan creía que ellos. (Hugo Katz nunca supo los nombres individuales verdaderos de los hijos de los Phelan.) Pero Antonieta y Barnabas formaban un equipo muy joven para establecerse, y vibraban como las cuerdas de un arpa. La música de arpa estaba entre las cosas susceptibles de superstición.

Antonieta y Barnabas creían que eran ellos quienes gobernaban el mundo, o que debían hacerlo muy pronto. Creían que eran ellos quienes debían apretar el botón para que el mundo despegase, y al mismo tiempo remodelarlo lo más ajustadamente posible a sus propios deseos.

3

Tierra Noche llegó. Era de noche cuando las cuarenta y siete islas-asteroides-planetas pudieron ver el aterrizaje en una de ellas, Robinsonada. En Tierra Noche —que hacía su turno desde el mediodía de un día hasta el mediodía del siguiente— podían verse doce planetas al atardecer y como estrellas vespertinas, trece como estrellas del alba, y veintiuno de ellos por encima y alrededor y delante y detrás, tanto a la luz del día como en la noche. En Tierra Noche ninguno de los planetas estaba directamente detrás de su sol, Selkirk, ni tan cerca de Selkirk como para no verlo sin la luz filtrada. Y, naturalmente, el planeta cuarenta y siete, Robinsonada, siempre podía ser visto por ellos, pues estaban en él.

Tierra Noche marcaba el intervalo de un año terrestre, que representaba trescientas sesenta y una noches de Robinsonada. El año de Robinsonada era más largo, trescientos ochenta días de Robinsonada. El tiempo era una coincidencia recordatoria de la estancia en la Tierra, aun teniendo en cuenta que casi ninguno de ellos la hubiera visto. Era un tiempo especial. El aterrizaje en Robinsonada había sido efectuado durante el primer mediodía en Tierra Noche.

Eran cuarenta y siete planetas de tipo terrestre en un estrecho cinturón alrededor del sol de Selkirk. El más grande de ellos tenía una masa unas tres veces más grande que el más pequeño. Sus diámetros variaban de 8.300 a 12.000 kilómetros. Eran conocidos como los «Asteroides Islas de Selkirk».

El aterrizaje en Robinsonada coincidió con el aterrizaje en otros cuarenta asteroides islas, con satélites artificiales fletados desde una gran nave nodriza que luego se marchaba.

La nave nodriza volvió algunas veces al Sistema Selkirk después de aquello, como mucho ocho o diez veces. Pero nunca volvió a la Isla Robinsonada. Los habitantes de Robinsonada eran considerados algunas veces como corruptos e insuficientemente purgados. No recibían suficiente apoyo ni un objetivo definido como para seguir adelante y acrecentar sus colonizaciones. Así que la fiesta seguía en el mismo sitio, apresurándose de un modo muy lento, bajo las órdenes de su Comandante, Hugo Katz. Materialmente, habían alcanzado un aceptable y limitado nivel estático de subsistencia.

Aquella Tierra Noche marcaba la primera vez que Tierra Noche volvía al mismo punto en el Calendario de Robinsonada que cuando el original aterrizaje en Tierra Noche. Hugo Katz propuso que un período de veinte Tierras Noches fuese bautizado como período de Hugo Katz, y la propuesta fue aceptada sin ninguna oposición abierta.

De acuerdo, era Tierra Noche; y, lo que era aún más importante, era la Noche Hugo Katz. Los parabólicos «limpia-nubes» se habían reunido sobre Robinsonada. Eran supersticiones prohibidas las que les ataban a aquellos limpia-nubes con forma de disco lenticular. Durante las horas de Tierra Noche siempre había un tiempo de superstición al acecho y erradicación, y del que podría surgir una colisión.

Los parabólicos limpia-nubes no eran nubes oscurecidas; de otro modo, no habrían podido verse nunca los cuarenta y siete planetas. Las nubes eran como cristal limpio a cuyo través pudiera verse con perfecta nitidez, y también, quizá, con ampliación de la imagen. Pero se producía una especie de visión doble. Si bien todo se ve perfectamente a través de las nubes, también actúan (a otro nivel de visión) como si fueran espejos. Las series de nubes constituyen una especie de túnel formado por espejos. De algún modo, gracias a las curiosas y parabólicas nubes, se puede ver toda la superficie del planeta Robinsonada, o así se cree. Se cree que una nube se ve siempre rodeando el planeta cien y mil veces.

Para los que estuvieron en Robinsonada al principio, hace ya veinte años, aquella plateada e imperfecta capa de nubes daba la apariencia de que Robinsonada estuviera cubierta por escamas de dragón.

En aquel día-noche de aniversario, la cambiante transparencia de las nubes hacía que los otros cuarenta y seis planetas parecieran linternas japonesas colgando para una fiesta en el jardín.

—Si miras entre los limpia-nubes hacia el Mundo de Dog Robber y el Mundo de Truman, verás la cara del chico con quien te vas a casar —dijo Frederik Katz a Antonieta Phelan poniéndose detrás de ella.

Frederik respiraba pesadamente cuando habló, como siempre que le decía algo a Antonieta. Y, como era un joven saludable y ancho de pecho, no había ninguna razón para que se quedase sin aliento tras decir simplemente veintiséis palabras.

—Eso es una superstición, Frederik —dijo Antonieta—, y ya sabes que tu familia aborrece la superstición. Tu padre se enfurece con ella, como deben hacer todas las

personas responsables. Pero esta es una superstición especial, una superstición óptica. Realmente, puedo ver la cara de la persona que se casará conmigo en esa nube. Ahora mismo la estoy viendo, aunque ponga mucha superstición de mi parte para verla.

—¿La ves ahora, Antonieta? ¿Qué, qué cara es?

—La verdad es que hay varias caras. Veo las caras de Steven Huckleby, de Graves Huckleby, de Paul Huckleby, de Anthony Constantino, de Edward Constantino, de Max Katz (¡bastante improbable!), de Bernard Huckleby, de Cristofer Constantino (estos dos últimos son demasiado jóvenes, pero quizás haga que uno de ellos crezca si es el que quiero). Ocho caras. Una de ellas es la cara del que será mi marido. No hay ningún otro en Robinsonada para casarme.

—Quizás haya otra cara en el limpia-nubes, Antonieta—sugirió Frederik—. ¿No había ninguna más?

—No. ¿Qué otra novena cara iba a haber?

—La mía. Puede que esté la mía.

—No. Oh, no, no, tu cara no está ahí.

—Mira otra vez, Antonieta. ¿No has visto una cara que está por encima de todo el grupo, la que se ve a la izquierda de las cabezas de los demás? Mira en la esquina superior izquierda del limpia-nubes. ¿No ves allí una cara?

—No. No hay ninguna cara. Es sólo una mancha muy grande.

—Mira con atención.

—Oh, sí, está la cara de alguien. Es una cara de cerdo.

Sonó un estrangulado sollozo, y Frederik Katz se largó abandonando a Antonieta. Ella se rió, luego sonrió abiertamente con su más maléfica sonrisa. Pensó que había sido algo cruel. Frederik Katz siempre le hacía sentirse a disgusto, y a veces su propia terquedad hacía que ella se mostrase cruel. Frederik era el hijo favorito de Hugo Katz, el jefe del planeta. A los diecisiete años era ya tan alto como todo el mundo de aquel planeta. Decían que tenía una buena cabeza. ¿Cómo pueden decir que alguien tiene buena cabeza? ¿Habrán hecho algún tipo de examen? Había sobre Frederik una especie de mancha brillante. Se podría decir que era insoportable.

4

Tierra Noche también era llamada la Noche del Extraño, o la Noche de los Extraños, a pesar de que no hubieran encontrado ningún extraño en Robinsonada. Sólo había cuarenta y siete personas en aquel mundo, diez de la familia Katz, doce de la familia Huckleby, doce de la familia Constantino y trece de la familia Phelan. No había ningún extraño que hubiese llegado allí. Aquello era un axioma.

La verdad es que había varios modos regulares para que un extraño llegase efectivamente. Y también había caminos irregulares. Un extraño es alguien que llega por un camino extraño.

El único sitio donde podían esconderse los extraños que llegasen a la isla de Robinsonada era en la Meseta de la Pobreza. No había minerales excepcionales ni especialmente accesibles, y se habían explotado sólo en muy ligero grado por los cuarenta y siete habitantes del planeta. Ninguna de las vetas minerales había sido explotada, excavada ni almacenada. La tierra del planeta no había conocido ninguna experiencia orgánica hasta veinte años antes, y la vida orgánica era muy pequeña y había sido cuidadosamente alimentada. Quizás en cien años hubiese pequeños espacios de opulencia local, pero todavía no había ninguna gran cosecha en los graneros.

Las piedras preciosas de Robinsonada no eran de gran valor, y la fisión y fusión del material seguramente no llegaba a mediocre. Y no se trataba de una sustancia o artículo único y de factura mágica. «No hay ningún planeta pobre que no tenga su "perla sin precio", esa inestimable sustancia con la que se gana el derecho al tráfico y al comercio»,

había escrito John Chancell. Pero John Chancell nunca había estado sobre Selkirk. El planeta Robinsonada era medianamente rico por las eventuales prospecciones, pero allí no había nadie para comerciar o robar. El Sistema Selkirk había sido evaluado por los aventureros del cielo como «Todavía no hay nada». Y el resto de los planetas Robinsonada estaban en el mismo grupo de tentaciones menores.

(Se suponía que el Sistema Selkirk no era de conocimiento público; pero es difícil esconder cualquier parte del cielo bajo una cuba.)

Así, aunque llegaran extraños de los Comerciantes Planetarios, por ejemplo, les resultaría difícil encontrar negocio. Si llegaban extraños lo harían sólo para atender a sus extrañas razones. Sin embargo, circulaba el rumor insistente de que había gente extraña deambulando a veces por Robinsonada, y también animales extraños, y manifestaciones extrañas, y algo más que sólo podía denominarse cosas extrañas. Entre los extraños estaban supuestamente el prisionero trillonario, el dictador exiliado, el hombre-sombra, el monje... Entre los animales extraños se fabulaba sobre un caballo blanco, el alce salvaje, el cerdo volador, el lobo de Transilvania, la serpiente Culebra Caleidoscopia...

Entre las manifestaciones extrañas de Robinsonada se especulaba sobre la ilusión de poder ver claramente alrededor de todo el planeta, por mediación de reflectores parabólicos o «limpia-nubes», las «escamas de dragón»; y también la experiencia de bilocación entre la parte física y mental, lo que a veces procuraba un auténtico modo binocular de ver las cosas y de pensar en ellas; y, finalmente, habían las supersticiones oculares.

Robinsonada estaba cargada de supersticiones que tenían sus habitaciones y nombres locales. Milagros en la Tierra podían ser sólo vagas ideas en aquellos lugares. Estos no se desvanecían cuando uno se acercaba a ellos. Muchos de ellos podrían ser inscritos y disfrutados. Uno podía comer nísperos del árbol del níspero o tal vez una alucinación, o hablar con la gente vagamente esbelta que vive allí. Superstición, sí. Bueno, quizás una alucinación tan sustancial no se presente al día siguiente. Sin embargo, dos o tres días después estará de nuevo allí. Hay una amplia variedad de tan extrañas manifestaciones.

Entre las cosas extrañas de Robinsonada están... no, ya no, no en Tierra Noche, y especialmente no en la Noche Hugo Katz. No se imaginen que Hugo se perturbaba por las indecorosas supersticiones que había. Algunas de aquellas cosas extrañas eran impuras y desagradables. Algunas eran un poco espantosas. Bien, en realidad algunas llevarían a ciertas personas a la zozobra, casi a chillar de terror.

Incluso en la Noche Hugo Katz las supersticiones oculares hicieron su aparición. Graves Huckleby dijo que había visto, bajando por los Pantanos de Dugan, al Dictador Exiliado en su semental blanco. El dictador todavía no estaba acabado. Tenía el amenazador aspecto de quien está tramando una reaparición. Anthony Constantino dijo que había visto al Prisionero Trillonario pagando sobornos a dos hombres que parecían guardias, pues acunaban en las corvas de los brazos los cortos cañones de sus armas de fuego. Antonieta Phelan dijo que había visto (y que le había visto hacía menos de un minuto) al Hombre-Sombra acechando en la entrada de la Cueva de Shadrack. Y algunos se fueron hacia allí (estaba a unos tres kilómetros), y se encontraron efectivamente al Hombre-Sombra («... o a una sombra del Hombre-Sombra, al menos», dijo Steven Huckleby).

El Hombre-Sombra se viste con Sombras de Feria. Las usa para todo, a cualquier lugar que vaya, como las Grandes Casonas de las Plantaciones, aunque allí haya muy poco entretenimiento, y donde los Amos siguen metiendo a todos sus trabajadores bajo el Gran Cobertizo para ver el espectáculo, lleno de velas pegadas a la pared y a las manos del Hombre-Sombra. Cada año, el Hombre-Sombra brinda tal placer a trabajadores de unas doscientas plantaciones.

El Hombre-Sombra podría estar vestido con Sombras de Feria. La gente joven va para verle y se sienta en el interior de la Cueva de Shadrack, y el Hombre-Sombra interpreta su

función sobre la pared de piedra caliza, blanca y amplia, que hay en la entrada de la cueva. (Pregunta: ¿Qué hace la piedra caliza en un mundo que no ha tenido experiencia orgánica alguna a lo largo de las edades pasadas? Respuesta: estoy seguro que parecía piedra caliza blanca.)

Siempre hay alguien que lleva una vela y se la da al Hombre-Sombra. Aquella noche, la llevó Antonieta Phelan. Y el Hombre-Sombra, con sus manos talentadas, arrojó pavoneantes sombras parecidas a títeres sobre la pared, y las hizo evolucionar en rápidos pases. Los actores-sombra tenían voces; el Hombre-Sombra era mudo; y hubo diversas explicaciones indiscretas de cómo podría hacerlo.

Pero aquella noche, con tan enorme multiplicidad de islas-planeta brillando en el cielo, había una inusual variedad de sombras-figuras y sombras-dramas en el Teatro de la Roca Blanca. La vela que había llevado Antonieta era realmente la única de las cuarenta y siete velas que levantaba sombras en la roca. Era su vela de Robinsonada, aunque hubiese cuarenta y seis velas en el cielo.

El Hombre-Sombra y sus retozonas imágenes presentaron La retirada de Napoleón, con caballos y carretas provistas de cañones que vomitaban fuego rojo. Era la obra favorita en las giras por las plantaciones. Representó Colmillo negro. Representó El callejón de Hagan. Representó Noches en la casa encalada y Los ladrones de joyas del mundo de Wallenda. Todos aquellos espectáculos eran familiares para los jóvenes que acudían a las irregulares funciones de la Roca.

Hugo Katz estalló con un ramalazo de furia apenas controlado.

—Veo con pena y desaprobación que de nuevo habéis caído en la desoladora superstición —declaró Hugo con voz hermética—. Es como un deprimente defecto que se refleja desfavorablemente en cada una de las personas de Robinsonada. Todos sabéis que el Hombre-Sombra es un fenómeno prohibido, y que no puede haber indulgencia al respecto bajo ninguna circunstancia. Sabéis que le molí a golpes con mi garrote hace sólo cuatro días y que le prohibí volver a aparecer otra vez. Y también sabéis que no ha cumplido. Yo creo que tú, Antonieta, eres lo esencial de la manifestación conocida como el Hombre-Sombra.

—¡Oh! No sabía que lo fuese —dijo Antonieta con sinceridad—. Quizá se haya usted equivocado. ¿Cómo voy a ser algo esencial y no saberlo?

El Hombre-Sombra había cambiado la pieza por Los israelitas y el Becerro de Oro, y le había conferido a Moisés una voz que se parecía a la de Hugo Katz. Aquello enfureció a Hugo; y el Moisés de la roca también se enfureció, reflejándose en el espejo de la ira de Hugo. Hugo quiso abrir la boca para rugir su condena; y el Moisés-Sombra se anticipó a él y gritó las mismas palabras que Hugo había tenido la intención de gritar y con la misma voz que Hugo había pretendido utilizar.

Pero el garrote de Hugo Katz era muy duro, y con él despedazó al Hombre-Sombra, con lo que demostró que no era más que delgadas planchas de cascotes de pizarra. Y Hugo sacó a los jóvenes de la Cueva de Shadrack y se los llevó de allí.

Pero miraron hacia atrás mientras corrían hacia delante, y vieron palabras iluminadas bailando sobre la muralla de roca con el mensaje: «Volved cuando el viejo cabeza cuadrada se haya enfriado».

5

Los jóvenes bailaron algunas danzas hermosamente intrincadas y con pasos espirituales durante la noche de las candelas en el cielo. Hugo Katz, el Comandante del Planeta, se sumió medio en la ira medio en la incertidumbre.

—¿Creen los jóvenes que estas danzas son apropiadas? —preguntó—. Dais un pisotón a la media cuenta y otro al cuarto de cuenta y luego no seguís la cuenta. ¿No sería más racional dar un pisotón a cada cuenta completa?

—Son pisotones muy especiales, y sólo para esta noche —dijo Barbara Phelan—. Precisamente estamos bailando La danza imperial de los pisotones de Hugo Katz en tu honor. La que bailamos antes era El paseo de pasteles de Hugo Katz.

—Supongo que en ese caso está bien —dijo Hugo Katz, y se marchó medio complacido de que los pisotones fuesen en su honor.

Pero los zapateados no estaban bien. Los extraños llegaron a los lindes de la zona de baile y se unieron a las danzas, y los bailes empezaron a tener cada vez más y más pisotones.

Frederik Katz se acercó a Antonieta Phelan y la arrancó de los giros.

—No quiero molestarte si estás disgustada conmigo —dijo—, pero esto es mucho más grande que nosotros y forma parte de las normas públicas. Me han encargado que te adoctrine, ahora, esta noche, desde que soy tu pareja y desde que estoy muy seguro de estas cosas. Me han dicho que has mostrado cierta ligereza en tus creencias, saliendo de los límites de la tolerancia. Me han encargado que te lo repruebe, te corrija y te instruya.

—Entonces, repruébame, corrígeme e instrúyeme, Frederik —dijo Antonieta—. ¿No tienes nada mejor que decirme?

—Ah, ese es el punto conciso y exacto —dijo Frederik—. Nuestras vidas se forman con agudeza transmitida. Habrás oído estas cosas muchas veces, pero no habrás prestado atención, y deberás oírlas de nuevo: «No hay sitio para la gente ordinaria en ninguno de los nuevos mundos». Toda la gente normal debe quedarse en la Tierra, o filtrarse a estaciones de tránsito como el Sistema Selkirk. Sólo personas de fuerza y excelencia pueden ir a los mundos lejanos. Esas personas deben abandonar las extensas y superficiales locuras y supersticiones, y canalizar todas sus energías y talentos hacia el poder y la fuerza transmitida.

»Sólo queremos cosas racionales. No queremos ninguna superstición o fenómeno irracional, ni extraños, ni manifestaciones extrañas. El error no tiene cabida en los nuevos mundos. Sólo aceptaremos la verdad, la fuerza y los rectos caminos de liberalismo secular como fue edificado por nuestros padres. Todas las «Cosas Más Allá», los amargos pantanos y las praderas ilícitas, las aberraciones y las pérdidas de tiempo serán taladas y arrojadas al abismo. Los ríos que corren por cursos inadecuados se convierten en pantanos. La imaginación que va por caminos escabrosos sólo puede desembocar en marismas en las que todo se hundirá eventualmente en el fango. No queremos extraños ni manifestaciones extrañas. No queremos cabellos blancos o escalonadas serpientes de colores o monjes u hombres-sombras. Esas cosas provienen de imaginaciones enfermas.

—Hablas igual que tu padre, Frederik —dijo Antonieta.

—Esa es la más alta alabanza que podría merecer —dijo Frederik Katz orgullosamente—. Nuestros padres llegaron al Sistema Selkirk para tener progenie en condiciones de cuarentena, y ninguna locura o superstición entró con ellos. Aquellas familias estaban certificadas y fueron enviadas a los mundos lejanos. En cuarenta de los mundos del Sistema Selkirk, el trabajo ha sido bien hecho, y han enviado oleada tras oleada de colonos hacia delante, cada dos o tres años algunos de ellos. Dos o tres mundos (Robinsonada entre ellos) no han trabajado tan bien. Este mundo se hunde. Locuras infecciosas y supersticiones ilícitas se deslizan por él. Han aparecido manifestaciones extrañas. Por lo tanto, muchos habitantes de este mundo deben ser clasificados como «no limpios» y deberán quedarse aquí para siempre. Sólo unos pocos de nosotros somos superiores y seremos llamados para ir a los «Mundos Lejanos».

—Cada vez más como tu padre —dijo Antonieta.

—Gracias —dijo Frederik—. Es maravilloso que digas eso. Aunque algunas de tus actividades no sean tan maravillosas. A pesar de eso, me atraes enormemente, todavía me atraes.

—Oh, me casaré contigo si es lo que quieres —dijo Antonieta.

—Las cuarenta y siete islas del Sol de Selkirk llevan los augustos nombres de las personas y conceptos que edificaron el Pacto de Liberalismo Secular que es nuestra presente y maravillosa situación —dijo Frederik—. ¡Los nombres, los nombres! Planeta Nietzsche, Hegel, Mordecai, Darwin, Huxley, Freud, Lutero, Calvino, Cromwell, Voltaire, Rousseau, Franklin, Henricus, Joyce, Gide, Wilde, Mann, Russell, William B. Ziff, Malthus, Roosevelt, Libre Albedrío, La Marca del Gallo, Relatividad, Situación Ética, Mao, Truman, Estado de Kent, Perro Amarillo, Materialismo Dialéctico, Whitehead, Nader, Pauling, Teilhard, Kennedy, Bella Abzug, Punk Rock, Ladrón de Caballos, Sam Erwin, Mailer, Cuidado con el Primero, Tip O'Neil, Cárter, Desesperación Controlada, Rolling Stones y Robinsonada, en el cual estamos. Esas son las grandes personas y las grandes ideas, los pináculos de la actividad humana.

—Mirabas a cada Isla-Planeta cuando decías su nombre —anotó Antonieta.

—Oh, ciertamente. Es un truco muy efectivo en elocuencia —contestó Frederik.

—Pero algunos están ya detrás del horizonte, Frederik, y algunos aún no han aparecido sobre el otro horizonte. Pero los mirabas cuando decías su nombre, y los veías con todo detalle. Sé que lo hacías.

—Sí, lo hice —admitió Frederik—. He sido víctima de una superstición ocular, lo que demuestra que ninguno de nosotros es perfecto. Antonieta, dijiste algo hace un rato que no escuché por completo. ¿Te importaría repetirlo?

—Oh, dije que me casaría contigo si realmente lo deseabas. ¿Qué querías oírme decir?

—Oh, eso es maravilloso y a la vez horrible, Antonieta. Mi padre está tentado a ponerte en la lista como persona intratable, quienes no deben abandonar Robinsonada, pero podría intentar hacerle cambiar de idea.

—No hace falta, Frederik. Me quedaré aquí; y tú te quedarás conmigo.

—¿Quedarme en Robinsonada? ¡No, nunca! Soy una de las personas seleccionadas, y mi destino es ir hacia los mundos más brillantes.

—Si me amaras, te quedarías conmigo.

—Te amo, Antonieta, en cierto modo, a pesar de tus inclinaciones a la superstición. Pero aún amo más el honor.

—¡Estupendo! —dijo Antonieta—. Estoy viendo algo, Frederik, que sólo una persona supersticiosa podría ver; está bajando lentamente por el horizonte. Pero cae más de prisa, y posiblemente todo el mundo podrá verlo.

—¡La Nave Nodriza! —Frederik Katz jadeó de asombro—. ¡Está llegando! Se va a poner en nuestro cielo esta misma noche. Estoy seguro de que mi padre sabía que venía. Ha estado muy ocupado trabajando en la lista y tomando decisiones, y asignando la gente que debía examinar el satélite para dejarle preparado para el viaje. Seguramente la Nave Nodriza será registrada por los instrumentos; de modo que no es una superstición bajando por el horizonte. ¿Les decimos a los demás que hemos visto cómo se acercaba?

—Naturalmente, Frederik. Todo el mundo estará comentando que la nave llega, porque todo el mundo la habrá visto.

6

—Es lo más difícil que he hecho en mi vida. —Hugo Katz hablaba a la gente de Robinsonada en voz alta. Estaba despeinado y en la cara tenía una magulladura o sangre—. Debo señalar y decidir, en mi calidad de Comandante de esta Isla-Planeta, quiénes de nosotros debemos ir a los más sublimes cielos, y quiénes quedarse aquí. La palabra ha llegado a mí: este árbol produce frutos cada noche, por escasos que sean. He luchado conmigo mismo para tomar esta decisión, pero no comprometeré mi juicio de ningún modo. Nadie maculado, interiormente o no, podrá irse de este mundo.

—Vámonos, Antonieta —dijo Steven Huckleby dándole un codazo—. El Hombre-Sombra ha vuelto a la pared de la Cueva y el teatro de sombras estará a punto de empezar. Es mucho mejor que la representación de Hugo Katz.

—Vamos, hermana puesto cuarenta y siete —dijo Barnabas Phelan—. Ninguno de nosotros va a ser seleccionado para salir de Robinsonada. Estamos demasiado infectados por la superstición y la enfermedad de la ancha sonrisa. Veremos la Nave Nodriza desde el Teatro de la Pared Blanca tan bien como desde aquí, y la primera comedia del Hombre-Sombra es una titulada Los asustadizos picoteadores de Mamá Carey: abandona a la mitad de sus pollos. Mamá Carey es la Nave Nodriza.

—Id y decidle al Hombre-Sombra que hay mejores sátiras por aquí —dijo Antonieta—. Decidle que lo digo yo. Que venga hasta aquí y vigile desde la Arboleda de Durbin, y que así ninguna de las personas no supersticiosas podrá verle. Luego, cuando el satélite se haya ido a reunir con la Nave Nodriza, todos iremos a la Cueva de Shadrack otra vez y veremos su espectáculo hasta que él quiera.

—¿Quién va a hacer aquí una sátira mejor que las del Hombre-Sombra? —preguntó sospechosamente Steven Huckleby.

—Yo —dijo Antonieta.

—Hugo Katz tiene sangre en la frente —anotó Anthony Constantino—. Y Antonieta se está riendo con su risa maléfica. ¿Ha tenido un tropiezo, chica perversa? ¿Esto es parte de la función? ¿Qué piensas hacerle?

—Un tropiezo, sí —dijo Antonieta—. Es parte de la sátira. Pero sólo voy a golpear con palabras. Mis palabras pueden hacer brotar sangre.

—¿No sabes que tiene poder para sacarnos de este pedrusco o abandonarnos en él? —preguntó Steven Huckleby.

—Me gusta este pedrusco. Este planeta es mi hogar y me gustaría que me dejaran aquí abandonada —dijo Antonieta—. Creo casi con toda seguridad que soy uno de los que lo van a abandonar.

—Algunos de nosotros serán abandonados —estaba diciendo Hugo Katz con su poderosa, más-triste-que-enfurecida voz, y pareció que fuese un eco a la frase de Antonieta—. Podéis aullar y humillaros cuando oigáis los juicios sobre vosotros: aunque sois los únicos que podéis juzgaros a vosotros mismos con vuestra conducta. No habéis dado la talla. Habéis caído en la idolatría y en la superstición. Vuestros ojos anhelantes han mirado a los espectros que no debíamos haber permitido entre nosotros. Vuestros anhelantes oídos han escuchado ilícitas seducciones.

»La gente elegida dejará el Mundo de Robinsonada para siempre dentro de muy pocos momentos, casi en seguida. No

llevaremos nada con nosotros cuando subamos al satélite para dirigirnos a la Nave Nodriza. No nos llevaremos nada porque habrá cosas mejores en la Nave Nodriza que todo cuanto puede encontrarse en Robinsonada.

»Estas son las personas, y sólo estas, que irán al mundo más grande, los que han pasado la prueba: Yo mismo, Hugo Katz; mi esposa, Monika Katz; mi hijo mayor, Konrad Katz y su esposa, Irene Phelan; mi hija mayor, Rita Katz; mi segundo hijo, Frederik Katz; mi segunda hija, Olivia Katz; mi tercer hijo, Max Katz, y Bárbara Constantino que está comprometida con él; mi tercera hija, Veronika Katz; y mis dos nietos, William Katz y Lily Katz. Estos doce irán a un lugar más brillante. Los otros treinta y cinco de vosotros, por vuestra perversidad y mediocridad, os quedaréis en Robinsonada. Ya sabéis el proverbio: «No hay sitio para la gente mediocre en los mundos brillantes». Es vuestra culpa que seáis personas sin distinción.

—¡Padre! —llamó gravemente Frederik Katz—. ¡La lista debe ser arreglada! Antonieta Phelan está comprometida conmigo, y debe venir conmigo. En mis diecisiete años de vida, nunca he protestado contra ninguna de tus decisiones. Protestaré de ésta. Antonieta debe venir conmigo.

—Esa chica no puede venir con nosotros —dijo Hugo firmemente—, y no se ha comprometido contigo de buena fe. De las cuarenta y siete personas de este mundo, ella es la última de las cuarenta y siete. Mejor que fuésemos sólo cuarenta y seis y que ella no estuviese entre nosotros. Las supersticiones están unidas a ella como parte de su naturaleza. El Hombre-Sombra y los monjes y las serpientes están ligados a ella. Es una bruja, y debe quedarse aquí para siempre. Nosotros doce, entremos ya en el satélite. ¡Vamos, mujer! Vamos, hijos y nietos y nuera y futura nuera. ¡Frederik, he dicho que debemos entrar nosotros doce en el satélite ahora! ¡Ahora!

Frederik Katz estaba rojo de tormento y pasión. Lloraba. Pero nunca en su vida había desobedecido a su padre, y no iba a hacerlo en aquel momento. Se dio la vuelta para entrar en el satélite, cuando diez de ellos ya habían entrado y sólo faltaban él y su padre, Hugo Katz, que le estaba esperando.

—¡Esperad! —Antonieta gritó como bronce resonando—. ¡Siempre es mucho tiempo! Déjame un minuto con él, un cuarto de minuto. Diez segundos.

Antonieta besó a Frederik con una pasión totalmente abrumadora. Le lloraba en los hombros, y le arañaba en la cintura y en la espalda y en los hombros con las duras uñas, abriendo surcos y heridas por los que empezó a manar la sangre. Le magullaba y azotaba llevada por su amor.

—Demasiado cerca para sólo diez segundos con él —dijo el gran Hugo Katz amargamente—. Lárgate, joven bruja. Entra en el satélite, Frederik.

—Oh, espera, espera, ¡le he herido con la violencia de mi amor! —gritó Antonieta—. Está herido y sangrante. Pero tengo aquí un ungüento curativo. Deja que restañe la sangre.

Barnabas, el hermano de Antonieta, le acercó un tarro de ungüento curativo especial, y con él dio un masaje en las más profundas de las sangrantes llagas que había rasgado en la cintura de Frederik.

—No le dañará —dijo Hugo Katz con un deje de infinita paciencia—. No hay septicemia ni ninguna sustancia infecciosa en Robinsonada. Aunque pienso que ya es demasiado, joven bruja. ¡Aléjate!

—Sólo unas palabras —gritó Antonieta—. Frederik, a partir de este rápido encuentro entre nosotros en el que desafortunadamente has resultado herido, siempre tendrás una cosa para acordarte de mí. Ama estas cosas, en secreto al principio. No dejes que nada las destruya. Prométeme este pequeño favor, y tu promesa que sea eterna.

—Te prometo este tan pequeño favor con una promesa eterna —juró Frederik—. Siempre habrá algo que me haga acordarme de ti; no dejaré que sea destruido.

Frederik entró en el satélite. Su padre, Hugo, entró. El satélite se elevó hacia la Nave Nodriz, a quinientos kilómetros por encima de ellos.

Las doce personas extraordinarias habían dejado Robinsonada para irse a un lugar mucho mejor. Y las treinta y cinco personas ordinarias se habían quedado encalladas en la pequeña isla-planeta para el resto de sus vidas.

¿Por qué iban a aclamar cordialmente a los que les dejaban abandonados para siempre?

—Huevos de serpiente —dijo Antonieta—. Huevos de la serpiente Culebra Caleidoscopia. ¡Son muy pequeños y sobreviven e incuban estupendamente! ¡Huevos de serpiente incubándose en gelatina, con «Provocadores de Fertilidad Fugitiva» incluidos! Donde quiera que vayan tendrán serpientes en abundancia. Y tendrán que andarse con cuidado para no perecer; es una promesa eterna. Realmente, les costará trabajo no acordarse de nosotros.

La primera interpretación del Hombre-Sombra aquella noche fue una comedia titulada Como las serpientes del hogar.

—¿De qué era el unguento con que frotaste los profundos arañazos de Frederik, Antonieta? —preguntó Steven Huckleby mientras el grupo, en constante compañía del Hombre-Sombra, hecho de delgadas láminas de pizarra, bajaba por las blancas rocas frente a la Cueva de Shadrack.

—Huevos de serpiente —dijo Antonieta—. Huevos de la serpiente Culebra Caleidoscopia. ¡Son muy pequeños y sobreviven e incuban estupendamente! ¡Huevos de serpiente incubándose en gelatina, con «Provocadores de Fertilidad Fugitiva» incluidos! Donde quiera que vayan tendrán serpientes en abundancia. Y tendrán que andarse con cuidado para no perecer; es una promesa eterna. Realmente, les costará trabajo no acordarse de nosotros.

La primera interpretación del Hombre-Sombra aquella noche fue una comedia titulada Como las serpientes del hogar.

LAMIA Y LORD CROMIS

M. John Harrison

La demanda es una de las bases consagradas de la fantasía. Es un viaje cuya resolución es de gran importancia y que, ciertamente, no cambia tan sólo la naturaleza del mundo, sino la de los propios demandadores. La Bestia Bramadora de los romances artúricos, tan largamente perseguida por el rey Pellinore, se reintroduce en la literatura moderna en el Camelot de T. H. White. White nos ofrece un montón de atractivas cualidades y cambia el fondo de las expectativas de los lectores por el fin de la búsqueda. Aquí, ambas cosas, la bestia perseguida y su naturaleza, son seriamente confundidas por el perseguidor.

Para quienes conozcan la novela de Harrison La Ciudad Pastel, esta historia tiene un interés especial, pues presenta a determinados héroes de Viriconium y su entorno; pero, como la lamia, sus formas son cambiantes; aquellos que no hayan leído la novela, pueden mirar más adelante las alternativas del nombre y captar en él su destino. Esta corta historia parece ser que fue la primera escrita por Harrison. Más tarde, difiriendo de sus omnipotentes creadores, decidió realizar algunas enmiendas.

1

Lord tegeus-Cromis, en tiempos soldado y falsificador en Viriconium, la Ciudad Pastel, quien se tenía a sí mismo como mejor poeta que espadachín, estaba sentado cierta tarde en el salón amplio y lleno de humo del Descubrimiento del Metal Azul, la taberna más importante de Duirinish. Algunos de los contertulios, que había conocido en sus viajes —aunque allí no estaban todos ellos—, le miraban con cierto respeto pues se rumoreaba que había llegado hacía poco de la capital, a través de los altos senderos de Monar, pasando por Mam Sodhail y el Alto Leedale, aunque no estuviera más que a medio concluir. El invierno no tardaría en llegar a Duirinish, y sería duro.

Le miraban con circunspección, pero él, tegeus-Cromis, no tenía por ellos el mismo interés. Permanecía sentado con una jarra de vino en la delgada y blanca mano izquierda, escuchando cómo el viento del norte esparcía aguanieve por la desolada y adoquinada Plaza de Réplica y sobre los cristales de botella de las ventanas de la taberna.

Era un hombre alto, delgado y cadavérico. Había dormido poco durante el viaje, y sus ojos verdes veíanse cansados en las profundas cuencas sobre los altos y prominentes pómulos.

Se cubría con una pesada capa de terciopelo azul cobalto; un tabardo de cuero viejo adornado con herrajes de iridio; ajustados pantalones de terciopelo mazarino; y botas de media caña de ante azul pálido. La mano que rodeaba la jarra de vino estaba recargada, como era costumbre en aquel tiempo, con voluminosos anillos de metales no férreos, tallados con enrevesados monogramas y esfenogramas. Debajo de la capa, la otra mano reposaba sobre el pomo de la larga espada plana que, contrariamente a la costumbre de aquellos tiempos, no tenía nombre.

Ocupado por su vino, y por consideración a los propósitos que allí le habían llevado como un tiempo frío, no estaba dispuesto a hablar: una circunstancia que la clientela local —gordos mercaderes de pieles y metales, nuevos y pretenciosos ricos— era reacia a aceptar. Le habían invitado dos veces a sentarse con ellos alrededor de la enorme y rugiente chimenea, ávidos por captar a cualquiera que no fuera menos que lord. Pero él prefería envolverse en la capa en la periferia de la sala, en la sombra. Le dejaron solo tras la segunda tentativa, susurrando que la noche era ya demasiado fría sin su moroso, ascético aspecto y fría cortesía.

Le divertía su reacción. Tomó una ligera colación y, después, una medida de buena cocaína que extrajo de una cajita de estaño labrado, esnifándola cuidadosamente, con una sonrisa desmayada y abstraída. La tarde se convertía en noche y decidió no moverse. Esperaba a alguien, pero no a la mujer encapuchada con una capa púrpura que llegó, a medianoche, con una ráfaga de viento y un chubasco de aguanieve.

Levantó las espesas cejas y la miró.

La mujer apartó la capucha; su cabello se derramó, largo y castaño, revoloteando sobre una cara triangular y delicada que se recortaba sobre la puerta cerrada. Sus ojos eran de color violeta, moteados con tonos que encontró dificultad en nombrar, ojos sin fondo. No había anillos en los dedos, y la capa se sujetaba con un broche de cobre de complejo diseño.

Era evidente que los mercaderes la conocían, pero su bienvenida fue distante, una concertada multiplicación de papadas en breve y colectivo asentimiento; por un momento, un despreciable pero discernible sentimiento de embarazo colgó en el aire, caliente y espeso, alrededor del fuego. La mujer no les dio ninguna importancia y ellos parecieron agradecidos. Su capa susurró al adelantarles, y la joven le susurró algo al cantinero, quien, con cara enrojecida y sudorosa, se abrió paso con los flácidos hombros a través de la trampilla que conducía desde el salón al horno de la cocina.

Cuando el intercambio concluyó y la trampilla se hubo cerrado, la mujer miró a Cromis, envuelto y sonriendo tranquilamente en su espléndida capa.

La mujer le miraba de un modo extraño. Había en sus raros ojos la habitual curiosidad y muda indiferencia, en lucha..., como si la mujer hubiera vivido muchas vidas y reencarnaciones bajo las Estrellas del Hombre, viendo el ciclo universal una y otra vez, continuando cansadamente sobre la superficie del mundo, esperando ser sorprendida por algo. Era una mirada extraña. Cromis la miró abiertamente, y se desconcertó.

Ella se acercó hasta su mesa.

—Señora—dijo—, me levantaré, pero...

Señaló la pequeña tabaquera abierta sobre la mesa. Vio que el cierre de la capa representaba a dos libélulas apareándose, o quizá fueran complicados símbolos ornamentales, religiosos, de éxtasis.

La mujer sonrió y asintió, pero sus ojos no cambiaron.

—Sois lord tegeus-Cromis—dijo.

La voz era inesperada, un áspero, vibrante tono, un acento que Cromis no podía situar. Cromis levantó las cejas.

—¿La propietaria? —preguntó. La mujer no le contestó—. Me aduláis con vuestra atención —dijo.

Escanció un poco de vino a la mujer.

—Nuestros buenos mercaderes os han dado una pobre recepción.

Ella tomó la copa y bebió.

—Todos hacen ofertas —dijo ella—; es parte de su naturaleza... mirar a las personas como si fueran balas de pieles o lingotes. (¿Cómo miráis vos a las personas, lord?) Ninguno de ellos desea que sus amigos sepan lo bajas que son sus ofertas. Por lo tanto, cada uno de ellos me evita cuando está acompañado de los demás.

Cromis rió. Los mercaderes aguzaban el oído. La mujer no se rió con él, pero repitió la pregunta que Cromis no había contestado, pues había cambiado de tema.

Más tarde, Cromis descubrió el largo tiempo que había pasado tan agradablemente. Todavía le desconcertaba y se preguntó por qué le habría escogido a él. Aunque le gustaba la compañía y aborrecía ser descortés, no hizo la pregunta directamente. El fuego había muerto, los mercaderes habían regresado a sus casas, el tabernero rondaba tras la trampilla, amable y bostezante.

Súbitamente, la mujer le dijo:

—Lord Cromis, habéis venido aquí a cazar.

Y, efectivamente, así era. Inclínó la cabeza.

—No lo hagáis.

—Pero, señora...

—El baan ha sido la perdición de muchos, y no hará una excepción con vos. Lamentablemente, tenemos entre nosotros a una de las Ocho Bestias. Desde que eligió Duirinish para su encarnación, Duirinish soporta su salvajismo. No deseo veros mutilado y destruido por el Pantano, señor...

Cromis enseñó los dientes y acarició la empuñadura de la espada sin nombre; y rió en voz suficientemente alta como para molestar el duermevela del cantinero.

—Mi señor —dijo la mujer—, ¿puedo tomarme una libertad?

Cromis sacudió la cabeza.

—Por favor, fue una grosería por mi parte. Vuestra ansiedad..., dejadme disiparla... Dos compañeros cazarán conmigo. De uno de ellos... —pronunció un nombre— debéis haber oído hablar. Al menos, eso creo. Aniquilaremos a vuestra bestia. —Y recordando su destino personal, añadió—: Además, hay razones concretas por las que deseo atrapar a ese baan, si es el que supongo.

Se calló. Ya había hablado con ella sobre sus misteriosos asuntos.

—Señora, dispongo de una confortable habitación —dijo, con la grave cortesía de su época—. Ya es tarde. Quizá deseéis que vayamos a ella. —Y tomándola del brazo preguntó—: ¿Tal vez pudierais decirme vuestro nombre?

Despertó al oír un altercado que había en el patio, bajo su ventana, y descubrió que la mujer se había ido de su cama Alisándose los espesos rizos grisáceos que se le habían escapado de la redcilla de ante que usaba para dormir, cruzó la fría tarima de roble y abrió las contraventanas. La pálida luz de después del amanecer se filtró por la habitación, suavizando por un momento sus facciones, que continuaban desoladas pese a los placeres de la noche.

Bajando al patio, el impredecible tiempo de la entrada al invierno había abandonado el aguanieve y ahora presentaba, a cambio, una helada, bordeando espesamente los adoquines de las medias puertas de los establos, agarrotando las bisagras y blanqueando el aliento de los caballos. El aire tenía un aroma metálico, un desdibujado olor amargo, un ligero eco de los colmillos del Pantano.

Varias figuras, gritando, gesticulantes, se reunían alrededor de dos cansados y cargados caballos de tiro y una yegua de pura sangre de diecinueve manos de alta. Cromis no podía discernir la verdadera naturaleza del grupo, pero la yegua corcoveaba llamativamente, y Cromis vio cómo dos de las figuras vestían con los brillantes y contrastados colores de los ropajes de Viriconium.

Cerró las contraventanas con suavidad, asintiendo para sí mismo. Ignorando la sutil invitación de la tabaquera de estaño —su habitual preocupación desaparecería para dar paso a un reprimido relax—, se vistió rápidamente. Tenía su amaneramiento: mientras bajaba tranquilamente al salón para encontrarse con sus visitantes, su mano izquierda vagabundeó hasta acariciar la negra empuñadura de la espada que había causado la perdición de su padre.

Pero su mano se tranquilizó cuando Disolución Khan y Rotgob el enano, una mala pareja, se presentaron en la puerta del salón, discutiendo sobre los gastos del establo.

—Debemos repartir los gastos... —dijo en tono fuerte y ofendido.

—Ah. Estoy borracho. Y además... —con una aflautada risa disimulada—, soy tan mentiroso como se espera que lo sean los enanos.

El Khan era un hombre voluminoso, cargado de hombros y de anchas caderas, de largos y escasos cabellos amarillos que le caían anárquicamente sobre las grasientas y barbudas facciones. Sus sorprendentes pantalones naranja se metían en unas botas rojo sangre, el jubón violeta tenía las mangas desgarradas y festoneadas. Un sombrero de ala ancha de oscuro fieltro marrón, demasiado pequeño para su cabeza, le daba a su cara una categoría astuta y rústica.

—Todas las fulanas de la ciudad lo saben —dijo dignamente—. Oh, hola, Cromis. Mira: me encontré con el pequeño bruto y me lo traje.

Rotgob, inclinándose en el umbral, tras el gigante, tenía el cabello grasiento y castaño, encuadrándole una cara llena de arañazos con aspecto de rata, revestida de escarlata, una papada que ampliaba la desproporción de su pecho de barril y torcidas y pellejudas piernas. Rió disimuladamente. Sus dientes eran repugnantes.

—¿Quién encontró a quién, estúpido? ¿Quién pagó tu fianza, eh? ¡Cerdo! —Cojeando grotescamente, corrió hacia la mesa en que Cromis desayunaba—. ¡Yo lo hice! —Se comió un panecillo—. Vuelve a ser una molesta carga, Cromis. Volverá a empezar con sus hazañas de matarife. Tendremos que andarnos con cuidado con él.

Dio un golpe en la mesa y empezó a bailar jubilosamente.

Cromis sintió que sus labios se rompían en una sonrisa.

—Siéntate y come, por favor —invitó, deseando poder vencer su propia naturaleza y saludando a sus curiosos amigos con cansada reserva.

—Lo has descubierto, ¿no? —preguntó el enano al terminar, limpiándose las migajas del bigote.

Cromis movió la cabeza.

—He oído rumores de que es uno de los Ocho. Ha golpeado cinco veces, la última en los Alves, en el centro de la ciudad. Le tienen miedo, mucho miedo. Espero que sea el que busco.

—Los mercaderes son unos cobardes —dijo Disolución Khan.

—Son gente normal, no podemos culparles por tener miedo...

(Ni por ninguna otra cosa, interrumpió el enano. Rió tontamente.)

—También tú pasarás miedo antes de que hayamos acabado, Khan, ya lo sabes.

—Sí, es posible. Si es el que quiero...

—La Sexta Bestia de Viriconium —dijo Rotgob meditativo—. Oh, te ensuciarás los calzoncillos, seguro. —Luego—: Será en la guarida del Pantano. ¿Cuándo empezaremos?

—Debemos esperar a que ataque de nuevo. He dejado correr el rumor de que soy de la Sexta Casa, me avisarán inmediatamente. —Rió—. Se pondrán muy contentos.

De una funda adornada recargadamente, Rotgob sacó una cosa que estaba a medio camino entre un puñal extremadamente largo y un espadín excesivamente corto, y empezó a afilarlo impudicamente. Era tan famoso como su nombre y su antipática profesión.

—Más de un pobre cabrón morirá antes de que cacemos al animal. Es una pena.

Mirando al pequeño asesino, Cromis reflexionó que, aunque las criaturas más pequeñas viviesen, tenían, en conjunto, menos carácter.

—Espero que cuiden decentemente de mi yegua —dijo el Khan—. Come bastante. — Una corriente llevó el aliento del Pantano a través de la sala, un hálito duro—. No hiede — observó—, pero eso la desquicia.

2

Lord tegeus-Cromis pasó los días siguientes en compañía de la mujer de la capa púrpura, y pese a ello no consiguió conocerla mejor.

En cierta ocasión pasearon por las calles espirales y ascendentes que conducían a los Alves, para utilizar las murallas de la ciudad a fin de echar una ojeada al Pantano, al este, y al mar, al oeste; cuando estuvieron arriba, la mujer le preguntó que por qué deseaba tanto morir, pero como que hasta el momento él no lo había admitido para sí mismo, dejó a la mujer sin respuesta.

Una vez le recitó este poema, compuesto por él mismo en el Gran Desierto de Óxido, durante el invierno, cantándoselo con el acompañamiento de un peculiar instrumento del este en una habitación en penumbras:

Oxido en los ojos...
perspectivas metálicas obstaculizándonos en la rara tierra del norte...
No somos más que hombres corroídos...
el viento nos cubre los ojos con hielo blanco...
Somos los decoradores de limaduras...
endurecidos por nuestra adición, catadores ácidos...
Soñamos poco, nuestras fantasías son hierro y helados ecos de hueso...
Óxido en los ojos, nosotros que una vez tuvimos la tez suave.

En cierta ocasión, ella le dijo:

—El baan os matará. Dejad que otro se ocupe de él.

Cromis replicó:

—Si fuera un hombre quien me dijera eso, lo pagaría caro. Señora, como sabéis a la perfección, soy de la Sexta Casa; la Sexta Bestia destruyó a mi padre, y debo abatir a la Bestia; por cien generaciones, por cien de sus reencarnaciones, la Bestia ha derribado a uno de mis ancestros, y morirá haciéndolo de nuevo.

»Si mi destino es destruirla de una vez por todas, sobreviviré al encuentro. Señora, es cuestión de suerte; hasta que descubra si el baan de Duirinish es la Bestia, mi deber no habrá concluido.

Aunque una vez comprendió la expresión de sus extraños ojos, cuando amaneció descubrió que había olvidado la revelación.

Y la noche antes de que les llamaran para que vieran el cadáver de un hombre en una casa desolada en una de las adoquinadas calles de los Alves, la mujer le mendigó que dejara la ciudad, por miedo a que la maldición del baan les alcanzase a ambos; una súplica que Cromis estuvo a punto de comprender.

En una habitación, en la parte más alta de la casa...

Un lugar con cortinas de seda azul noche y pequeñas mesas de piedra pulida. Había una alfombra como de delicado y grueso moho de la bodega con una mancha inoportuna. Una pared de piedra sin colgaduras: un mapa punteado con el cielo nocturno, hecho por una mano melindrosa. Bajo la abierta luz celeste, enmarcando las desvanecidas Estrellas con Nombre, y admitiendo de malagana un frío y húmedo amanecer... el cadáver.

Caído sobre una colección de instrumentos astronómicos y yaciendo desmañadamente entre ellos, sereno el aspecto, la mirada vacía midiendo un hermoso, complicado y pequeño planetario.

Cromis, como un cuervo, envuelto en una negra capa de viaje, percibió la pesada capa de piel del astrónomo muerto, los gordos y anillados dedos y la cara aún más hinchada; la carne grisácea con la consistencia de basto y emborronado papel; los desordenados rizos que cubrían lo que quedaba del cráneo.

Incluso muerto, el mercader tenía un desdibujado aire de embarazo, como si hubiese estado tranquilamente sentado al fuego del Descubrimiento de Metal Azul en una noche de nieve, evitando la mirada de la mujer encapuchada de la capa púrpura.

Parecía no tener otra molestia, salvo que la parte alta de la cabeza había sido arrancada a desgarrones. Educado para ver las señales, sin necesidad de acercarse más, Cromis, de la Sexta Casa, sabía que la cabeza había sido vaciada, como un huevo pasado por agua, que el educado cerebro mercenario había sido... ¿robado?

Recogió el planetario y movió los engranajes con aire ausente, para ponerlo en movimiento; enjorjados planetas se apresuraron zumbando alrededor del espléndido sol. Sin prestar atención a la impresión que pudiera causar en el tercer ocupante de la habitación, preguntó:

—¿No se ha visto nada?

Mirando cautelosamente al lord que jugaba insensible con los juguetes de un muerto, el joven y disgustado procurador que había descubierto el ultraje se estremeció y sacudió la cabeza.

—No, lord... —Su mirada recorrió la habitación, evitando el cadáver—, pero un gran estrépito despertó a algunos vecinos.

No podía controlar los temblores de las manos.

—¿Habéis avisado a los guardianes de las puertas?

—Sí. No han visto pasar nada. Pero...

—¿Sí? —impacientemente.

—Huellas frescas de sangre salían de la ciudad. ¿Señor?

—Bien.

—¿Señor? Señor, me siento enfermo.

—Entonces, vete.

El joven obedeció y, mirando por encima del hombro, hacia atrás, al torvo cadáver y al torvo vengador, se tambaleó hacia la puerta con la expresión de un conejo luchando con dos hurones. Cromis siguió con el movimiento de los planetas hasta que concluyó un ciclo completo.

Una conmoción en la escalera.

—¡Qué desastre! —dijo Rotgob el enano, irrumpiendo y pavoneándose alrededor del muerto mientras Disolución Khan estudiaba sorprendido el mapa estelar—. Un trabajo muy poco profesional. Alguien ha ido demasiado lejos en su propia definición de muerte. Tanta emoción es un arte.

—Tú y el Khan habríais hecho mejor en preparar los caballos.

En la temblorosa luz tras el amanecer dejaron la Ciudad Pedregosa y cabalgaron hacia el norte, siguiendo un rastro claramente marcado.

La bruma del río se elevaba desmayadamente hacia el cielo en ligeras espiras y pilares, colgando sobre la lenta corriente como una mortaja. Duirinish estaba silenciosa salvo por los pesados pasos de los guardianes sobre las almenas. Una garza, encaramada en un tronco podrido, les vigilaba mientras vadeaban los meandros del norte del Minfolin. Si sentía curiosidad por ellos, no mostró indicio alguno de que así fuera, pero batió las alas pesadamente y se alejó volando sobre la blanca espuma al oír el repiqueteo de los cascos.

Disolución Khan cabalgaba el primero, lleno de retorcido orgullo, con su masiva figura ataviada con una cota de malla lacada de cobalto azul. Sobre la cota de malla portaba un capote de seda del mismo color amarillo ácido que las gualdrapas de la yegua. Había renunciado a seguir llevando su rústico aspecto, y su melena de rubios cabellos ondeaba tras él a impulsos del suave viento. A su cintura colgaban un gran sable con el pomo ribeteado de plata. La yegua ruana arqueó el poderoso cuello, sacudiendo la delicada cabeza. Las bridas eran de suave cuero rojo, con una sutil filigrana también de cuero.

A tegeus-Cromis, encorvado en el frío amanecer en un sombrío y negro caballo castrado, envuelto en una capa negra, le parecía que el Khan y su caballo reflejaban la luz como un desafío: por un momento, fueron heraldos e invencibles, y la maldición hacia la que viajaban algo hermoso y seguro. Pero la emoción fue breve, y también desapareció.

Mientras avanzaban, inseguramente asentado en un desaliñado caballo de carga, llevando por única armadura un yelmo de cuero con una banda de acero, Rotgob el enano cantó una de las canciones de las Bocas del Río de olvidado significado: El Canto Fúnebre del Flete Muerto.

Abrasadles y enterradles profundamente

¡Oh, llevadles río abajo! Tiempos duros en la Armada,

¡Oh, llevadles río abajo! Re unidles y llevadles río abajo,

¡Oh, enterradles profundamente! Vientos en las velas y a buen paso,

¡Oh, llevadles río abajo!

Y, según rodaban las sílabas rituales, Cromis se encontró sumido en una ensoñación de muerte y saqueo, bañada con grises, traslúcidas imágenes del mercader muerto en su profanada recámara, llena de telescopios y extrañas astrologías. La cara de la mujer bajo la capucha de la capa púrpura flotaba ante él en el asidero de alguna profunda aunque indefinible tristeza. Cromis era consciente de que ante él hallaría el Pantano, la encarnación de su peculiar destino y su insoportable herencia.

Estaba apartándose del mundo —como si la cocaína le preparase y todas las cadenas que le anclaban hubieran sido cortadas— cuando Khan tiró de las riendas de su yegua y les pidió que pararan.

—Vamos bien. Como veis, la Bestia ha dejado aquí el camino.

Un estrecho sendero se desviaba de la ruta principal hacia el este. Cincuenta yardas más allá, los helechos y tojos del valle desaparecían y el terreno empezaba a ser áspero, desvaneciéndose en un iridiscente pantano, rayado y lleno de resbaladizas manchas púrpuras y amarillas y aceitosas. Más allá crecía una espesura de árboles de formas extrañas. El río, lento y ancho y lleno de meandros, lo atravesaba flanqueado por densos cañaverales de brillante color ocre. El viento soplabá del este, arrastrando un amargo y metálico aroma.

—Habrá quien lo encuentre hermoso —dijo Cromis.

Donde acababan los helechos se alzaba una zanja construida para impedir que los animales del Bajo Leedale vagabundearan por el pantano. Era profunda y de paredes empinadas, llena de agua estancada sobre la que flotaba una película de espuma multicolor. La cruzaron por un porticado puente de madera en el que los cascos de los caballos resonaron estrepitosamente.

—No me gusta—dijo Rotgob el enano—. Apesta.

Adentrándose en el Pantano, el sendero se retorció tortuosamente entre sombrías marismas llenas de albescentes arenas movedizas de óxidos de aluminio y magnesio, y

cráteres de cobre azulado o permanganato malva, alimentados por lentas corrientes heladas y bordeados por cañas de plata. Los árboles eran de lisa corteza, amarillo ocre y ardiente naranja; a través de su apretado follaje entretejido se filtraba una luz mortecina. A sus pies crecían altas hierbas negras y grandes macizos de cristales transparentes y multifacetados, como hongos de otro mundo.

Ranas de la turba de ojos verdosos croaban entre los pozos mientras avanzaban dificultosamente. Bajo la grasienta superficie del agua, inidentificables reptiles deambulaban lenta y sinuosamente. Libélulas, cuyas alas membranosas giraban a sus pies o zumbaban y revoloteaban entre las juncias: sus largos cuerpos traviosos relucían con pesados tonos verde y azul marino; apresaban sus capturas al vuelo, abalanzándose con una audible dentellada de sus mandíbulas sobre los quejumbrosos lirios hediondos y las ondulantes mariposas de abril de color azul y guinda oscuro.

Por encima de todo ello colgaba la opresiva pestilencia del metal en descomposición. Pasada una hora, la boca de Cromis estaba revestida de un regusto amargo y un ácido sabor. Le resultaba difícil hablar. Mientras su caballo se deslizaba y se tambaleaba bajo él, miró a su alrededor, maravillándose con la poesía que se agitaba en su cráneo, con la velocidad de los enjorados moscardones sobre la tenebrosa y lenta corriente de antigua putrefacción.

Guió a Rotgob y al Khan firmemente, sintiendo la inminencia de su encuentro con el baan ahora que el rastro de sangre se había desvanecido y ellos seguían una línea de grandes e informes huellas en el lodo. Pero los caballos eran reacios a seguir, confundidos por las corrientes azul prusia y el frágil cielo de orgánicos tonos rosados. De vez en cuando incluso se negaban a moverse, pataleando temblorosos. Volvían sus ojos en blanco hacia sus dueños, al tiempo que éstos maldecían y hundían las botas en el cieno, provocando enormes y cáusticas burbujas de gas.

Cuando emergieron de entre los árboles, por un solo momento, al mediodía, Cromis notó que el verdadero cielo estaba encapotado, con nubes tormentosas; y que, a pesar de los exóticos colores, el Pantano era frío.

Al atardecer de aquel mismo día, hicieron un alto en la persecución, y se acercaron a las poco profundas aguas del Pantano de Cobalto, en los límites norteños del Pantano. Habían perdido uno de los ponies de carga en las arenas movedizas; el otro había muerto dolorosamente después de beber en un pozo claro y engañoso, hinchados sus miembros, entre un torrente de sangre, al corroerse sus órganos internos. Estaban cansados y sucios y habían perdido el rastro de la bestia.

Acamparon en un claro relativamente seco, a medio camino del inundado ámbito de la marisma. Lejos, sobre la aguja, bancos de lodo color gamuza se veteaban súbitamente de amarillo y, sobre flotantes isletas de enmarañada vegetación, cacareaban las aves acuáticas, erizando las plumas azul metálico. Según fue cayendo el día, los colores se fueron entumeciendo; pero, en la fúnebre luz del atardecer, el agua del Pantano de Cobalto pareció revivir con manchas de millas de largo de cochinillas y mazarinos.

Cromis despertó poco antes del amanecer, al sentir el frío. Una oscura y turbulenta fosforescencia de fluctuantes colores flotaba sobre la marisma y sus alrededores; causada por alguna extraña cualidad del agua, lo diluía todo en una pálida luz. No había sombras. Los árboles se perfilaban vagos y amortiguados en los bordes del claro.

Cuando vio que le era imposible volver a dormirse, se acercó a los muertos rescoldos del fuego. Se quedó allí, envuelto en la manta y en la capa, con los dedos entrelazados bajo la cabeza, mirando las Estrellas con Nombre y el enigmático Grupo.

Junto a él, encogido, el Khan roncaba. Los caballos se alineaban soñolientos. Un moscardón nocturno, con grandes globos de obsidiana por ojos, cazaba sobre los vados, zumbando irasciblemente. Fascinado, lo miró por un momento. El sonido del agua se drenaba por los cañaverales. Rotgob acechaba: se movió lentamente alrededor del claro y

salió del campo de visión de Cromis, echándose el aliento en el hueco de las manos, maldiciendo mientras sus pies se hundían sonoramente en la tierra.

Cromis cerró los ojos, deprimido, insomne. Se preguntó si la Sexta Bestia habría invertido los papeles. Aquel tipo de reveses llegaron a él desde las tinieblas, desde los sobrecargados anaqueles de la biblioteca de su juventud, donde su padre perdido le había enseñado la dificultad del conocimiento. Negras espinas rotuladas y una pálida mujer eran algunas de las cosas que siempre había querido conocer.

Pensó en la mujer encapuchada de la capa púrpura como si la estuviera viendo por primera vez. Escuchó a sus espaldas un ruido apagado; no era cercano, demasiado bajo para ser la cabezada de un hombre dormido que despierta, sino de peculiar fuerza y urgencia.

El miedo le roía, y no le sorprendieron las repentinas imágenes del cadáver de su padre y su vuelta a la biblioteca.

Tanteó, buscando la empuñadura de la espada. La cobijó cautamente junto a su estómago, haciendo tan pocos movimientos como fuera posible, y respirando con la boca abierta. Aquella maniobra le reveló la parte del claro que hasta entonces había sido invisible para él. Estudió el punto desde el que le había llegado el sonido.

El claro estaba tranquilo y mortecino. Una oscura herida señalaba su entrada. Los caballos soltaban aliento o ectoplasma. Uno de ellos coceó, con las orejas levantadas, alerta.

No podía ver ni oír al enano.

Cuidadosamente, se liberó de la manta, moviendo cautamente la espada algunas pulgadas dentro de la vaina. Los reflejos le hicieron agacharse cuando echó a correr a lo largo de la explanada. Cuando encontró el cadáver del enano, reconoció parte del horror que había vivido junto a él, bajo el pretexto de los problemas por la muerte de su padre.

Pequeño y acurrucado, Rotgob parecía ligeramente hundido en la tierra mojada. No se veía sangre y sus miembros estaban sin desgarrar. No había llegado a sacar el largo estilete.

Al cerrar la fría y recién arrancada mandíbula, su piel hormigueó de revulsión. El enano gruñó —al contrario que el mercader, sin desconcertarse por la presencia de la muerte. Sus dedos estaban hechos un nudo. Cromis le movió la cabeza y vio que el cuello no había sido roto y que era difícil de mover. El cráneo, sí. Probó, a disgusto, apartando los dedos, a apretar la cabeza entre sus manos; y, recobrándose, se limpió la cara con el borde de la capa.

Poniéndose en pie, tragando bilis, tembló. La noche estaba en silencio a excepción del aleteo insomne de una libélula. La tierra alrededor del cadáver estaba pisoteada y revuelta. Enormes huellas sin forma salían de la marisma para dirigirse hacia el sur. Las siguió, tambaleándose, sin despertar al Khan.

Era un asunto personal.

Al adentrarse en el Pantano de Cobalto, la fosforescencia fue destiñéndose. Siguió las huellas rápidamente. Salían del camino en un lugar donde los árboles estaban asentados sobre grupos de pálido cristal azul. Bañado en un incómodo resplandor, se detuvo para escuchar. No oyó más que el sonido del agua. Le pareció que estaba solo. La tierra le sorbía los pies. Los árboles eran tenebrosos, sus ramas eran retorcidas y heladas.

A la izquierda, una rama chasqueó.

Se dio la vuelta, arrojándose contra la maleza, segándola con la espada sin nombre. Con cada paso, se hundía en el mantillo; pequeños animales huían de él; el follaje le agarraba los miembros.

Respirando pesadamente se encontró en un pequeño claro con un tenebroso pozo. Tras un minuto, no pudo escuchar nada; tras dos minutos, nada más.

—Si hubiera venido solo, el primer encuentro habría sido el último. Vete, Khan, por favor. Vete a Duirinish y espérame allí.

Enterraron al enano antes del amanecer, trabajando bajo la siniestra luz del Pantano de Cobalto. Disolución Khan sujetó los dedos de su amigo muerto alrededor de lo que no era ni una espada corta ni un estilete.

—Nunca se sabe lo que se puede encontrar en un callejón oscuro.

Le parecía que Cromis no soportaba la idea de la muerte, pues cavaba silencioso, poniendo más ahínco del que la tierra necesitaba.

—El enano era un buen luchador. Mató a Cuatro Príncipes... —Repitió aquello ausentemente, dos veces—. Me quedaré hasta que termines el trabajo.

La temperatura había estado bajando constantemente durante horas. Quebradizos copos de nieve se filtraron a través del colorido follaje, fuera de lugar. Lord tegeus-Cromis se envolvió en su capa, tocando con el pie la tierra revuelta.

Pensó en los desfiladeros del Monar, sofocados por la nieve.

—Khan, tú no lo comprendes. La Historia está en tu contra. La Sexta Casa... La responsabilidad es mía. De compartirla, habré matado a tres personas en vez de a una...

El Khan discrepó.

—Me quedaré.

Más tarde, mientras se limpiaba el bigote de restos de comida, dijo:

—No te tomes tan mal un simple revés. ¿Queda un poco de cerdo asado? Todavía somos dos.

Desde los islotes y cañaverales cacareaban las aves: sintiendo un cambio, se habían reunido en grandes masas multicolores y agitadas en la superficie del lago, con lentas ansias migratorias llegando a su climax en diez mil pequeñas y aburridas cabezas.

Cromis rió torpemente.

Tomó la tabaquera de estaño y la miró fijamente.

—Nieve, Khan —murmuró—. Un copo de nieve. —Se encogió de hombros—. O dos.

Abrió la caja.

El Khan estiró la mano y le golpeó con ella.

—No necesito ayuda —dijo cortésmente.

Sólo se derramó la mitad, y quizá la mitad estropeada. Cromis, sacó el resto y cerró la caja cuidadosamente. Se detuvo, cepillándose la suciedad de las rodillas.

—Tu madre era una cerda —dijo. Dejó que el Khan viera algunas pulgadas de la espada sin nombre—. Ponía enfermos a los hombres.

—Ni que eso fuese un misterio para mí. Vamos, lord Cromis, está amaneciendo.

Por unos minutos, la nieve vaciló.

4

—Nadie ha estado aquí en cien años.

En el extremo noroeste del Pantano, donde la concentración de sales de metal del Desierto Herrumbroso empezaba a descender, crecía una vegetación más saludable: los sauces lloraban sobre las corrientes de agua, los cañaverales eran crema y marrón, chirriando en el frío viento. Pero las malformaciones eran más sutiles y más molestas..., algo en la situación de los árboles, la proporción de las facciones de los insectos..., no había una disminución aparente de la tristeza.

—Una pena. Si el sitio estuviera bien reflejado en los mapas, podríamos ir directamente y evitar...

—Una muerte.

—Algunas dificultades.

Una antigua torre redonda se alzaba por encima de los árboles. Construida con piedra amarillenta en algún momento en que la tierra era firme, estaba ya torcida, deteriorada

como un viejo hueso. Filamentos de hiedra muerta se arrastraban sobre ella; en la base había espinos y alisos; un marchito abu-lace crecía en una alta ventana, sus ramas traqueteantes habitadas por pequeños pájaros cautelosos.

Al acercarse a la torre, vieron que los pisos inferiores se habían hundido en la tierra: las bajas y rectangulares aberturas esparcidas alrededor, en las húmedas paredes, resultaron ser ventanas. A tres o cuatro pies por encima del mantillo del suelo había un cinturón formado por una cinta de hongos, como un anélido en el miembro de un hombre enfermo.

—Los libros de mi padre citaban la existencia de una torre hundida, pero situada al este. —Vivirás para corregirlos.

—Quizá. —Cromis hizo avanzar a su caballo, desenvainando la espada. Los pájaros echaron a volar saliendo de las zarzas. La nieve empezó a caer nuevamente, copos más menudos pero más abundantes—. ¿Seremos tan temerarios como para acercarnos abiertamente?

El Khan desmontó de la gran yegua ruana y estudió la profunda, desmañada pista del baan. Una senda de ramas rotas y juncias aplastadas acababa en un calvero pisoteado frente a una de las ventanas hundidas: como si la cosa no pusiera cuidado en la seguridad de su madriguera. El Khan se rascó la cabeza.

—Sí.

Miró hacia la torre, sin decir nada durante algunos minutos. Nieve grisácea remolineó alrededor de su inmóvil figura, posándosele brevemente en la barba. La capa ondeó y chasqueó en el viento mientras el Khan acariciaba el pomo del sable incómodamente. Iba a acercarse un poco a la abierta oscuridad. A sus espaldas, hubo un sonido de pasos de caballos. Finalmente dijo:

—Temo lo que podamos encontrar. Es demasiado pequeña.

Cromis asintió.

—Quédate aquí, vigilando.

—Iré si quiero. Estás loco si intentas hacerlo solo.

Cromis se quitó la capa.

—Hay algo pendiente entre nosotros. No le concierne a nadie más. Tú no tienes ninguna responsabilidad en todo esto. Espera mi vuelta.

La visibilidad acababa a diez pasos. Mirando a través de una blanca cortina cambiante, la cara del Khan permanecía sin expresión; pero sus ojos parecían perplejos y heridos. Cromis colocó la capa sobre los cuartos traseros de su tembloroso caballo y, luego, avanzó rápidamente hacia la hundida ventana. La nieve se amontonaba en el umbral. Sintió la mirada del Khan fija en él.

—¡Déjame! —gritó en el viento—. ¡No te necesito!

Se agachó, apoyándose en manos y rodillas, intentando mantener ante él la espada sin nombre. Una extraña mezcla de olores cascabeleó saliendo de la ranura y chocando con su cara: el hedor a estiércol podrido, revestido por un fuerte, agradable almizcle.

Tosió. Contra su voluntad, se rezagó. Escuchó al Khan llamarle desde muy lejos. Avergonzado, metió la cabeza por el agujero moviéndola frenéticamente.

Estaba oscuro y no encontró nada.

Intentó levantarse; se puso medio vertical, golpeándose la cabeza en el húmedo techo. Puertas para enanos, pensó, puertas para enanos. Frío, sucio líquido goteó sobre su cabello y le cayó sobre el carrillo. Se puso en cuclillas, tropezando, lanzando una estocada con la espada y sollozando desagradables desafíos. Patinó sobre una superficie podrida y suave; volvió a caer. La espada soltó chispazos naranjas de una de las paredes.

Sintió un miedo terrible a que hubiese algo tras él.

Bailó, golpeando amargamente.

La madriguera estaba vacía.

Envainó la espada y lloró.

—¡Yo no quería! —dijo su niñez: estaba perdido en los anaqueles de la biblioteca, intentando encontrar el modo de matar a la Bestia—. ¡No quería venir aquí!

Siguió en el estiércol, tanteando al azar; agarró la hoja de la espada y se laceró la palma de la mano. Se retorció a través de la ventana, saliendo a la nieve ciega.

—¡Khan! —gritó—. ¡Khan!

Se enderezó, apoyándose en la espada como si ésta fuese una muleta. Sangraba. Dio varios pasos inseguros, buscando los caballos con la mirada. Se habían ido.

Dio tres vueltas corriendo a la base de la construcción, gritando. Confundido por la nieve —fijarse en los árboles, que producía duros contrastes, favorecía la distorsión del paisaje— le resultaba difícil localizar su punto de partida. El accidente con la espada le había dejado tres dedos inútiles, cortados los tendones. Después de frotarse la herida con un poco de cocaína, se levantó y empezó a buscar al Khan.

Una capa de gris y grasienta aguanieve se había formado en la tierra. Inclinado hacia delante, contra el viento, reconoció dos pares de huellas de cascos regresando al Pantano de Cobalto.

Miró hacia atrás una vez más, hacia la torre hundida. En la parte más alta de la cara sur, un grupo de ventanas de corroídos e indistintos límites le miraban compasivamente. La nieve se amontonaba sobre sus hombros; se equivocó entre los sumideros y corrientes; perdió la pista y la volvió a encontrar. El dolor de la mano se retiró a gran distancia. Empezó a reír disimulada y suavemente de su experiencia en la madriguera de la Bestia.

Las aves salvajes se alejaban del Pantano de Cobalto. Se detuvo ante una rápida y purpúrea corriente de agua y vislumbró, a través de la nieve, los totalmente vacíos bancos de arena y arrecifes. Bajó hasta el agua. Su caballo estaba tendido en ella, con la cabeza en el pantano y el cuerpo hinchado, la capa envuelta y enredada alrededor de los cuartos traseros. La sangre le rezumaba de la boca y el ano. Las venas de los ojos tenían un color amarillento.

Escuchó un desmayado y apagado grito sobreponiéndose al sonido del viento.

Disolución Khan estaba montado en una yegua ruana rosada en un sombrío claro en el agua.

La nieve fundida había lavado su espléndida cota de malla de la suciedad del pantalón; el Khan levantó la espada por encima de la cabeza. Las gualdrapas de seda de la yegua destellaban contra el claustrofóbico telón. La yegua arqueó el cuello, sacudió la delicada cabeza y arrojó vaho. El cabello del Khan ondeó a sus espaldas como un gallardete al tiempo que el hombre se echaba a reír.

Para tegeus-Cromis, que se abría camino desesperadamente por entre un amasijo de sauces mutantes que se aferraban a sus ropas, parecía que la marisma estaba vacía: la habían cruzado gallardamente, y era invencible.

Y a pesar de que la Sexta Bestia fuese íntimamente suya, no había logrado tener ninguna imagen tan clara de ella como la que se perfilaba del hombre y del caballo.

Sacudiéndose el plumaje irritadamente, rompió el viento y levantó una zarpa afilada para rascarse un lugar supurante en su pellejo de paquidermo. Escamas quitinosas se sacudían como juncos. Rugió y silbó sardónicamente, guiñando un párpado pesado sobre un ojo de insecto; inició una torpe danza de lujuria sexual sobre sus cascos hendidos, retorciendo, los anillos en estúpida amenaza.

Intentaba formar palabras.

Riendo con deleite, levantó un ala y se pavoneó. Un agradable almizcle salió del pantano. Sus largos dedos quebradizos avanzaron hacia el hombre condenado montado sobre su hermoso caballo.

Dijo claramente:

—Tanto puedo ser un embustero como un enano.

Expulsó un caliente chorro de orina sobre la tierra empapada.

Aumentó su tamaño dos veces, ando a trompicones, rió estúpidamente. Recobró el equilibrio y cayó sobre el Khan.

Cromis se arrastró libre de entre los sauces y corrió hacia la marisma, vociferando:

—¡Corre, Khan, corre!

La sangre salpicó las gualdrapas de la yegua ruana.

Disolución Khan vomitó súbitamente y se agarró a la silla cuando la yegua se encabritó. Se recobró, girando la espada en un amplio círculo. Gruñó, osciló. La Bestia le eclipsó. La apuñaló.

Aulló.

—¡No! —imploró Cromis.

—¡No! —gimió la Bestia.

Empezó a disminuir.

Khan estaba montado sobre la yegua con la cabeza gacha. Envainó la espada. La cota de malla estaba hecha jirones: aquí y allá, fragmentos de metal se le hundían en la carne.

Ante él, la Sexta Bestia de Viriconium, la mutable Lamia, se apergaminaba, mudando las alas y escamas. Cada faceta de sus ojos se empañó.

—Por favor —dijo.

Un repugnante hedor corrió con el viento. Algunos de sus miembros se marchitaban, dejando verrugosos muñones. Iridiscentes fluidos se mezclaban con el agua del pantano. Su boca chasqueó débilmente.

Poco después, cuando el cadáver de la Bestia hubo repetido todas sus encarnaciones y alcanzado su forma final, encogida, el Khan la miró. La cara del hombre estaba abultada y arañada. Se deslizó de la silla, palmeando cansadamente el cuello de la yegua. La nieve amainó, se detuvo al fin.

Khan miró a Cromis. Le vio como nunca antes le hubiese visto. Señaló el cadáver con el pulgar.

—Debiste matarla en la taberna —dijo.

Dio un traspiés hacia atrás. Dejó la boca abierta. Cuando miró hacia abajo y vio la espada sin nombre sobresaliendo de su bajo vientre, lanzó un gemido. Un rápido y violento estremecimiento le dominó. La sangre le chorreaba sobre los muslos. Se agachó lentamente y asió la espada con las manos.

—¿Porqué?

—Era mía, Khan. Debía ser yo quien la matase. Está muerta, pero yo estoy vivo. Nunca lo esperé. ¿Qué voy a hacer ahora?

Disolución Khan se sentó cautamente, agarrando la espada con sigilo. Tosió y se limpió la boca.

—Dame un poco de cocaína. Puede que me tranquilice.

Bruscamente, Cromis rió.

—Eres un imbécil —dijo con amargura—, un auténtico imbécil. Tú y todos tus ancestros.

—Era fácil de matar. Malgastasteis vuestras vidas en la miseria, pero era fácil. Por favor, dame un poco de esa porquería.

—¿Por qué habría de dáñela? —susurró Cromis.

Disolución Khan se dio la vuelta para enfrentarse a la mujer del capuchón de la capa púrpura. Se inclinó hacia delante, afirmando el pomo de la espada sin nombre contra sus costillas; seguidamente apretó. Gruñó.

Lord tegeus-Cromis se quedó sentado en la marisma hasta el atardecer, con la pequeña caja de tabaco sobre sus rodillas. No veía nada. De forma casual, sacó la espada del vientre del Khan y la tiró al pantano.

Dio la vuelta a la gran yegua ruana y envolvió al hombre con la capa.

Mientras salía del claro, echó una mirada al último avatar de Lamia, la Bestia.

—Debíais haberme matado en la taberna —dijo. Siguiendo un impulso, desmontó y soltó el broche de la capa—. Señora, vos ya no la necesitáis.

Cabalgó hacia el norte durante toda la noche y, cuando salió de entre los árboles del Pantano, evitó alzar la vista, por si las Estrellas con Nombre reflejaban algún inmenso e innatural cambio que se hubiera producido abajo.

HERIDAS DE GUERRA

Lynn Abbey

La fantasía tradicional está tradicionalmente alejada de las características femeninas con las que pretende identificarse la mujer contemporánea. Pero, cómo crear una mujer activa con una marcada personalidad, en una sociedad orientada en su contra? Una solución es crear un mundo construido a lo largo de patrones que rompan con la tradición; otra, admitir que la mujer es una anomalía, como Lynn Abbey hace en su novela *Daughter of the Bright Moon* (La Hija de la Brillante Luna). Su heroína, Rifkind, es la hija de un cacique del desierto. Enfrentándose a las costumbres de su pueblo, Rifkind es educada tanto para tener la habilidad de los guerreros como para adquirir los poderes curativos y mentales de una sacerdotisa de la Brillante Luna. Rifkind se aventura en las «civilizadas» Tierras Lluviosas, donde su magia es tan extraña para sosegar a sus habitantes como su habilidad con las armas. Y así se convierte en instrumento de un poderoso duque para vencer aun peligroso hechicero. Avergonzado por la victoria de Rifkind, el Duque Humphry traiciona a la heroína y sumerge las Tierras Lluviosas en una guerra civil entre él y su hijo, Ejord. Las aventuras de Rifkind continúan en *The Black Flame* (La llama negra). La historia que sigue se desarrolla entre ambas novelas.

Lynn Abbey combina la fuerza de la espada y de la brujería en un solo personaje: Rifkind es en ambas cosas el activo cuéstor que desarticula los planes del enemigo, y la Sabia Mujer sabe que ha sido ella quien lo ha hecho. Sólo que en *Heridas de guerra*, ella ha perdido el control de la parte hechicera de sí misma y está en horrible peligro de convertirse en sólo otro bárbaro. Ella debe perderse por completo antes de volverá ser ella misma totalmente de nuevo.

El joven soldado acarició con la mano el cuello de su caballo, tranquilizándole con dulces palabras y deseando que alguien hiciese lo mismo con él.

—Llevó veinte veranos en estas tierras y nunca antes había visto una tormenta como ésta —le dijo a su compañero, un experimentado veterano que le estaba ayudando a sosegar a los caballos.

—Es la pura verdad. Y hasta puede que treinta o más. Desde que le di a mi padre la última jarra de cerveza para que viera la Brillante Luna. Oh, ya sé que Rifkind le ha jurado a lord Ejord que no practicará aquí sus brujerías, pero no puedo dejar de pensar que hay cierta conexión entre nuestra lady Oficial y esta tormenta que oculta la luna.

El hombre más joven se sentó frente a las frías cenizas del fuego de campamento.

—Si la tormenta ha separado a Rifkind de su diosa lunar, ¿acaso le haya ofrecido algo a alguno de nuestros dioses para despejarla?

—Spaughn, mi joven amigo, somos soldados, y un soldado sólo pretende de los dioses seguridad y gloria en la batalla. Si cualquier dios o diosa necesita ser aplacado, lo mejor será que roguemos para que lord Ejord o alguien diferente haga lo necesario para ello, porque, si no es así, no seremos nosotros quienes lo hagamos directamente.

—¿Quizá debiéramos rezar para que no lloviese? —preguntó Spaughn en voz baja.

Ambos miraron hacia la multitud de brillantes rayos que golpeaban los picos desnudos de las montañas y oyeron el retumbar de los truenos estallando en la lejanía.

—A nosotros nos da igual. El ejército de Humphry cruzará el paso al amanecer. Mañana lucharemos, con tormenta o sin ella. De todos modos, en una guerra, siempre muere sólo el ejército. Mañana estaremos comiendo comida caliente o quemándonos en el infierno de Shaandra.

—Nunca antes he entrado en combate. ¿Es tan malo como dicen? Nunca pensé que tendría que luchar bajo la lluvia.

—Quizás, a veces, no lo hagas... si es que ambos ejércitos están civilizados. Pero ni el duque Humphry se quedará sentado en el paso hasta que el cielo aclare, ni lord Ejord dejará de enviar su flota a través del río a causa de la lluvia. Se enfrentarán al amanecer. Y, si quieres tener las mejores oportunidades para volver a cenar otra vez... vete a cuidar los caballos. Mejor quedarse sin dormir que con ella.

El viejo soldado señaló bruscamente con el pulgar hacia la tienda de campaña en la que su comandante, Rifkind, permanecía con la lámpara de aceite iluminando tranquilamente las junturas y gualdrapas de su refugio. Spaugn se estremeció. Como muchos de los más jóvenes reclutas, su respeto por Rifkind bordeaba el terror. Otro retumbar de truenos llevó la desolación a la cuerda donde estaban atados los caballos. Los dos hombres dejaron de hablar y volvieron a sus tareas.

Turin, el caballo de guerra de Rifkind, se agitó y coceó en el exterior de la tienda de su ama. La tormenta le irritaba tan poco como si hubiera estado en el mucho más cómodo establo, pero su atención estaba puesta en la tienda, no en el brillante estallido del cielo. Los soldados dejaron a Turin con sus frustraciones. El cornudo caballo de batalla de Rifkind sólo soportaba el contacto con su dueña, y sus cuernos de hierro podían desgarrar a un hombre fácilmente, y matarle rápida y ferozmente.

El viento llegaba en poderosas ráfagas a través del campamento. Gritos de angustia se oían por encima de los truenos mientras se soltaban los vientos de las tiendas, derrumbándose sobre los hombres que descansaban en su interior. Por todas partes, los soldados se apresuraban a sujetar los víveres del ejército. Incluso Rifkind, cuya redonda tienda ignoraba tormentas más fuertes, se movió en las tinieblas, tensando los vientos y fijando con rocas los postes. Con su hogar protegido, le dedicó a Turin suaves palabras y le acarició el cuello antes de zambullirse de nuevo al interior sin decir ni una palabra a los dos hombres que tranquilizaban a los caballos a menos de veinte pasos de ella.

La mujer se sentó suavemente en la silla de campo que soportó estoicamente su peso y el de sus armas. Un suspiro escapó de los labios de Rifkind mientras se desataba la lazada de los pantalones, descubriendo una roja y arrugada cicatriz en su muslo, palpitando en la brumosa luz de la tienda. Cualquiera hubiera podido reconocer lo doloroso de aquella herida a medio curar e infectada, pero sólo Rifkind sabía que la herida ya había sido curada por sus propias manos en otro tiempo y que la molestaba de nuevo cada vez más, a cada día que pasaba Poniéndose suaves aceites sobre la abultada señal, empezó a darse un doloroso masaje.

Sus constantes atenciones y masajes habían conseguido detener la infección, aunque todavía era presa del dolor que acompañaba cada uno de sus movimientos. A cualquier otro curandero del campamento le habría resultado perfectamente posible curar la herida de nuevo. Pero no se había encontrado con ningún curandero de confianza en todos los días que llevaban de viaje y, aunque lo hubiese visto, ella hubiese preferido tragarse su orgullo a admitir que la Brillante no prestaba atención a las súplicas de su sacerdotisa. Dos veces había crecido la Brillante Luna desde que la abandonara Rifkind, y por dos veces Rifkind había intentado la reconciliación y la reiniciación. El purulento muslo daba testimonio de su fracaso.

Los tensos nervios bajo sus dedos temblaban con un crescendo de agonía, y su piel lagrimeó un líquido amarillo que diluyó los aceites. Rifkind se mordió los labios y dejó de atormentarse.

—Pagué por ello... —murmuró a través de los dientes apretados mientras sus dedos rozaban ligeramente la carne tumefacta.

La sonriente e impúdica cara del emperador y usurpador Humphry llenaba por completo la imaginación de Rifkind. Que él no hubiera tenido nada que ver con su problemática herida era una cuestión sin importancia. La había recibido mientras se encontraba al servicio de Humphry contra su enemigo, An-Soren, y, a las pocas horas de recibirla, Humphry la traicionó.

—Todo para utilizarme. Te has burlado de mí y de mi Diosa. Me has apresado en tus planes... ¡Me has traicionado y me has apartado de mi diosa!

Sus manos se olvidaron del dolor y odiaron con la rabia de su alma.

—¡Humphry!

El fornido duque la miró con sonriente malicia desde el interior de su imaginación. Rifkind se apretó los párpados con los dedos, eliminando la imagen y untándose aceite por la plateada medialuna de su carrillo.

—Brillante, Mi Diosa, ¿dónde te encuentras? Desde que Humphry llegó al poder has apartado de mí Tu cara. ¿No me ayudarás a enfrentarme a su tiranía? ¡Te necesito! ¡Líbrame del mal de Humphry! Si estuve bajo su mando, fue sólo para derrotar a Tus enemigos. ¿Dónde te encuentras?

Su mente voló en un viaje sin fin, buscando a su Diosa inútilmente.

Ejord esperaba ante la puerta de la tienda oscura. Había repetido su nombre varias veces, y aunque podía ver el brillo del candil reluciendo en el interior no había conseguido respuesta alguna.

—¿Rifkind? —llamó nuevamente.

—Ya es muy tarde —le contestó categórica y reconociendo que no quería dejarle sin respuesta. Rifkind se ató la lazada, de los pantalones con un nudo corredizo—. Deberíais estar descansando.

Rifkind cojeó lentamente hasta la puerta de tela de su hogar, levantándola para admitirle en él. Silenciosos relámpagos centelleantes iluminaban los árboles alrededor de la tienda, la única luz que brillaba en el oscuro campamento. Los hombres se alimentaban de raciones frías desde la noche anterior. Ninguna humareda delatora debía elevarse del bosque para alertar a los exploradores de Humphry e impedir que estos últimos les tendiesen una emboscada.

—No me gustan mucho estos relámpagos —empezó diciendo Ejord en cuanto se encontró dentro de la tienda, protegido del viento—. Esas nubes traen una tormenta como si fuera el fin del mundo. Si a mí me parece así, y la temo, lo mismo les pasará a los hombres. Mañana me enfrentaré a mi padre, independientemente de la tormenta, pero, al menos, debo pasear entre los hombres esta noche para tranquilizar sus temores.

Rifkind se volvió hacia él mientras caminaba cuidadosamente hacia su silla. El mundo vibraba en armonía con la palpitación de su pierna. Si la herida se abría nuevamente, Rifkind no sería capaz de restañarla. Pero se movió sin cojear.

—¿Deseáis que os acompañe por el campamento?

Ejord se había dado cuenta de que llamar la atención dando una vuelta por el campamento sería muy adecuado y, con toda seguridad, la voz de la mujer reflejaba su malestar.

—Acompañadme, si es vuestro deseo —contestó Ejord con poco entusiasmo. La feroz e impresionante presencia de Rifkind apenas contaba para despertar la mente de los hombres—. Sólo vine para deciros que iba a dar un paseo por el campamento. ¿Qué podéis decirme sobre la tormenta que tenemos encima?

—¡Yo no la he atraído! —saltó Rifkind—. Siempre he honrado vuestros votos. No he practicado ningún ritual para favorecer vuestra campaña. («No podría hacerlo ni aunque lo desease», añadió para sí misma, ocultando las amargas palabras antes de pronunciarlas.) Ella me ha abandonado.

Ejord retrocedió al ver la vehemencia de sus negaciones. Rifkind consiguió que en la mente del hombre creciesen, más que se tranquilizasen, las sospechas.

—Ya sé que no sois responsable de la tormenta. Pero... esta no es una tormenta natural, y los hombres están convencidos de que se trata de algún encantamiento. Supongo que quizá podría decirles que se trata de un signo de vuestra diosa. Ellos creen que las lunas controlan las fuerzas de la naturaleza.

—No sé nada sobre esta tormenta —dijo Rifkind finalmente, en voz baja, regulando los tonos entre el fragor de un terremoto de truenos aporreando el campamento—. No es cosa mía. No puedo disiparla. Si pensáis que no es natural, deberéis encontrar un Pupilo del Tiempo que conozca vuestra Glascardia mejor que yo.

Ejord asintió con la cabeza. Rifkind alargó la mano hasta su negra capa, dando un paso adelante, cautelosamente.

—¡Vuestra pierna! —exclamó Ejord.

Rifkind se detuvo a medio movimiento, como si una espada la amenazase.

—No puedo curar..., no puedo mantener curada la herida. He perdido todo lo que Ella me dio.

Rifkind se derrumbó pesadamente en la silla, con la derrota pintada en la cara y en los hombros. Cuando volvió a levantar la mirada, se encontró con los ojos de Ejord, silencioso, confuso, clavados en ella. El hombre no conocía su lesión y ni siquiera la sospechaba, como descubrió Rifkind desoladamente. Rifkind culpaba de su debilidad a una recalcitrante galopada. El viento, en unión de los truenos, creaba un molesto alboroto fuera de la tienda, un alboroto absorbido por el deseo silencioso que rodeaba a la fracasada curandera.

—¿Cómo? —preguntó Ejord—. Estaba con vos cuando dejasteis el palacio. Os vi levantaros y andar. Antes de ahora, os he visto curaros a vos misma. ¿As-Soren llega hasta vos desde la tumba para atormentaros?

—As-Soren ha muerto. Ya no se acuerda de mí.

—¿Quién, entonces?

Dio un paso hacia delante para ponerle una mano en el hombro. Rifkind le apartó.

—No lo sé. No lo he preguntado. Nunca antes me he sentido tan mal. Ya se me pasará. Rifkind se tumbó.

—¿Puedo hacer algo por vos? ¿Deseáis descansar unos días? Mis hombres dicen que hay varios curanderos por estos bosques...

—Estaré lista para la batalla de mañana.

Rifkind cortó en seco la expresión de preocupación y culpabilidad con la insondable y negra mirada que la marcaba desde que se le infectó la herida.

—Entonces, descansad. Visitaré yo solo a los hombres.

Al tiempo que Ejord salía de la tienda, una ráfaga de viento apagó el candil. Rifkind se quedó sentada en las tinieblas. Los poderosos conocimientos que implicaba el ritual de sacerdotisa retorcieron sus recuerdos de Humphry hasta que la rubicunda cara del duque se convirtió en una máscara oscura, fatalmente roja. Odio y rabia acrecentados emanaron de la tienda como vientos secos que sacudían los batientes del refugio y levantaban nubes de polvo en el interior de su hogar. Rifkind retorció la imagen hasta que fue casi negra... en aquel momento, y recordando los votos hechos a Ejord renunció a la imagen para apagar sus recuerdos. Había hecho el voto mientras la Diosa la favorecía, y no encontraba deshonor en su impotencia. Agitó la cabeza una vez más para librarse de sus pensamientos, pero estos persistían en el polvo que la rodeaba.

—No tengo nada. ¡Y el hombre que nos ha traicionado a mí y a mi diosa con sus maquinaciones aún tendrá menos!

Antes del amanecer, Rifkind guió a sus hombres hasta un boscoso acantilado sobre el vado del río que las tropas de Humphry, tras salir de los pasos de las montañas, debían alcanzar para penetrar en las fértiles tierras de la Glascardia. Su destacamento de hombres montados tenía órdenes de rechazar a las tropas del Imperio que pudieran escapar de la trampa que Ejord les había tendido. Pesadas nubes ocultaban el equívoco amanecer. La única luz procedía de los relámpagos que sordamente asaltaban el bosque. Aún no llovía. Los hombres a sus espaldas estaban ojerosos después de una noche de miedo, sin dormir.

Nuggin, el viejo soldado, y su joven compañero, Spaughn, hicieron avanzar sus monturas hacia la de Rifkind.

—Para vos, Milady —dijo Nuggin, extendiendo el brazo y ofreciéndole un ramillete de plumas atadas con un bramante encarnado—. Que la mano de Brel te proteja.

Rifkind miró fijamente el talismán mientras lo registraba lentamente en sus pensamientos. Una demostración de la temerosa adoración infantil, una cosa bastante exigua comparada con los talismanes que le habían acompañado en el pasado. Estuvo a punto de rechazarlo cuando vio de cerca la cara de Nuggin. Rifkind ya había visto anteriormente expresiones similares, de velado terror, en la cara de todos sus hombres.

—Vuestro regalo me da confianza, y me da también confianza en vuestro dios. No me atrevo a rechazarlo. —Rifkind se adelantó mientras el trueno les ensordecía a todos y los relámpagos chisporroteaban no lejos de su flanco—. ¿Rechazarlo? ¿Qué voy a obtener aquí de vuestros distantes dioses? ¿Es ese ramillete de plumas de gallina menos potente que mi diosa, quien ha apartado Sus ojos de mí? ¡Protégeme si puedes, Brel! ¡Aumentaré tu confianza y la vida de tus hombres con el número de bajas de mi venganza!

Los dos soldados se apartaron de ella, cerrando los ojos ante la perversidad de su expresión, la mirada de sus ojos sin vida, mientras ponía las plumas en la lazada de las cinchas del ronzal de Turin. Les saludó y, luego, les permitió retirarse hasta la masa de los hombres bajo su mando.

Ejord había dispuesto que las tropas de Rifkind no estuvieran a la vista del resto de su ejército. Rifkind esperaba en tensa ignorancia. El espejo de señales que Ejord tanto había insistido que usase Rifkind era del todo inútil en la precaria luz del albor. Las hojas susurraban y giraban. Profundas nubes grises se transformaban en masas amarillentas. Gigantescas gotas de lluvia empezaron a golpear sobre los hierbajos de la ladera de la colina con fuerza audible. El viento se levantó de nuevo y condujo la muralla de agua hacia el refugio del bosque.

Turin sacudió la cabeza y pateó el suelo mientras los violentos goterones le salpicaban los ojos. A Rifkind le corrían raudales de agua por el semblante, discurriendo por él libremente y obligándole a mantener los ojos fijos, acechando el valle barrido por la lluvia.

Su autoridad sobre los cansados y nerviosos hombres era un sueño. Ellos no compartían su dolor ni su deseo de venganza, pero la frialdad de sus pensamientos les arrastraba mientras intentaban controlar los nerviosos caballos y se tensaban viendo los movimientos en el valle que había bajo ellos. Sus susurros de duda y de temor se perdían entre los latigazos de la lluvia y los ojos muertos de su líder.

—¡No hay ninguna señal en esta lluvia! —les gritó Rifkind a todos menos a Turin, el único que comprendía su angustia y su frustración.

La lluvia corría en pesadas capas por el valle, ocultando los acantilados del otro lado. Un solitario jinete avanzaba a trompicones por la llanura. Otros dos le seguían, y cinco más a todos ellos, y, además, un caballero montado vistiendo un capote acuartelado con las armas de Overnmont y los demás con las del Imperio.

—¡Malditos sean los Dioses Perdidos! ¡Malditas sean sus señales! ¡Humphry se me escapa! —Incorporándose en los estribos, Rifkind desenvainó la espada—. ¡Vista al frente, soldados! —La espada osciló en un arco que terminaba por alinearla con el hombre del capote—. ¡Cabalgemos para destruir a Humphry!

Su grito de guerra se levantó como un penetrante gorjeo. Hizo un nuevo molinete con la espada y clavó las espuelas en los flancos de Turin. Los hombres la siguieron, como la habían seguido los de su antiguo clan, atraídos por el salvaje anhelo de batalla de su voz.

En el valle, los hombres de Humphry oyeron el grito y levantaron la mirada para ver las montadas furias que se abalanzaban sobre ellos. El hombre del capote ordenó a sus pocos hombres en una formación cerrada a su alrededor, mientras más hombres y algunos arqueros corrían para reunirse con ellos. Rifkind observó con el ceño fruncido la formación de soldados. Humphry debería haber llamado en su defensa caballeros armados, no arqueros ni infantes.

Pero Rifkind no tenía tiempo para malgastar en ponderar las tácticas del enemigo. Condujo a Turin y a sus hombres en una ancha curva mientras penetraba en el angosto valle. Su carga final llegaría desde el río, en vez de desde el bosque; se movió a través del viento lluvioso y apuntaló a los arqueros detrás de sus hombres.

Un caballo sin jinete la adelantó, perdido el soldado en la resbaladiza ladera de la colina. Eran menos de cincuenta cuando empezó la carga, un lastimoso grupo para enfrentarse al ejército del Imperio aunque, efectivamente, consiguiera abrirse paso, mojada y enfurecida, con un impetuoso asalto en el vado.

Rifkind no pensó en la inutilidad de sus órdenes. Su grito de guerra resonó con el estrépito del trueno. Clavó la espada en el cuello del primer lacayo que se enfrentó a ella. Ritmos de ataque y defensa circulaban a través suyo mientras rodeaban al puñado de enemigos. Pronunció el nombre de Humphry en el fragor del combate y fue recompensada por una multitud de espadas levantadas por la infantería, ávidos para capturarla o morir.

Fría luz brillante centelleó en sus ojos. Ella no estaba enloqueciendo, pero cada uno de los latidos de un corazón de guerrero la atraía en cerrada comunión entre su espada y el enemigo. Su habilidad era lo bastante grande como para compensar su pequeño tamaño y fuerza, pero su ferocidad en la batalla procedía de un don preternatural, de su presencia de ánimo y coordinación que la advertía del próximo ataque antes de que este se desencadenase. Su cuerpo y su mente se despedazaban en los persistentes dolores y vacíos que la atormentaban. Se sentía completa y, nuevamente, formaba parte del mundo.

El caballero del capote perdió el caballo apenas comenzó la lucha. Se quedó a pie firme en el centro de sus hombres, haciendo girar con las dos manos una enorme espada con una facilidad tal que hubiera matado sin problemas a Rifkind o a Turin de haberlos alcanzado. La cabeza del hombre, oculta por un yelmo de cuero y hierro, asentía ligeramente reconociendo el desafío. Rifkind picó espuelas y Turin enfiló contra el caballero; Rifkind estaba segura de que había llegado el momento de la venganza.

El caballero, entrenado y armado tradicionalmente, no se enfrentaba, por su velocidad y agilidad, en combates personales. Su tizona cortaba el aire por encima de Rifkind mientras ésta se inclinaba hacia abajo desde la silla y clavaba la larga daga en el hueco que había entre el yelmo y la pechera del caballero. El hombre cayó de lado, el yelmo lejos de él, descubriendo a un hombre joven, de oscuros y largos cabellos y un rostro pálido y circunspecto.

¡No era Humphry!

Los relámpagos parpadeaban alrededor de las levantadas espadas de los combatientes. Rifkind observó cómo chapoteaba la lluvia sobre los ojos abiertos del hombre muerto, mientras el tumulto de la batalla remolineaba en torno a ella.

No era Humphry.

Por un momento, se quedó vacía de su deseo por la lucha, hasta que nuevas siluetas armadas entraron en su campo de visión. Clavó los talones en los flancos de Turin. Cargó hacia delante, con los relámpagos señalando su avance hacia la fuerza principal del ejército de Humphry. Sus hombres la siguieron. El asalto del río estaba despuntado. Rifkind lanzó nuevamente el grito de guerra, y esta vez fue contestada por una carga de la caballería del Imperio.

Las espadas chocaron entre relámpagos, infectando el aire, que ardió con acre acidez. Los truenos retumbaban dentro de los yelmos de los caballeros. Rifkind buscó a un caballero, más pesadamente armado que los demás, haciendo maniobrar a Turin para un combate personal, uniéndose al otro caballo en círculos cerrados mientras tenían unidos los costados. Los afilados cuernos de Turin se clavaron en el caballo enemigo, más grande que él, hasta que a éste se le nubló la vista y anduvo sin control.

Rifkind dirigió su larga espada curva contra el pesado sable y empuñó una daga con la mano libre mientras el caballero hacía malabarismos sujetando las riendas y la espada. Rifkind, que no necesitaba riendas ni bridas para controlar a Turin, encontró la oportunidad que estaba buscando.

Un rayo cayó a tierra a sus espaldas al tiempo que la daga taladraba el costado del caballero. Su montura se encabritó. El caballero, malherido, con las manos agarradas en las enmarañadas riendas y desequilibrado por el peso de la armadura, se desplomó. Su espada rozó inocentemente el flanco de Turin, pero aquel simple contacto fue demasiado incluso para que la férrea disciplina del guerrero aguantara. El hombre se incorporó lleno de terror, llevando a Rifkind al otro lado de la silla. Rifkind levantó el brazo armado para balancearse. Los rayos golpearon por segunda vez. Un brillo cegador pareció zumbiar doloroso, bajándola por el brazo, por el cuerpo, hasta llegar, finalmente, al propio Turin.

¡Hasta la misma espada estaba ardiendo!

La espada cayó de sus manos al mismo tiempo que ella misma se derrumbaba de lomos de Turin, débil e incapaz de evitar la lluvia de golpes que caía sobre ella.

El cielo estaba oscuro, pero sin nubes. Rifkind estaba mojada, aunque hacía ya mucho tiempo que no llovía. No había ningún sonido salvo el de los pájaros nocturnos y los insectos. Y voces.

Levantó la cabeza. Una neblina envolvente la obligó a bajarla de nuevo, una bruma mental que la convenció de que todo era gris y en la que los relámpagos, la batalla, su propio nombre, su alma, eran desconocidas. La Brillante Luna eclipsó las estrellas, bañándolas con su fría luz, aunque Rifkind fuese incapaz de reconocer a su Diosa.

—¡Por allí! ¡He oído moverse algo! —vociferó una voz mientras unos pies se movían hacia ella. Manos torpes la agarraron por las embarradas hombreras—. ¿Estáis malherida? —preguntaron, sin preocuparse de los daños que pudieran causarle al moverla y desconcertándola con la manera que tenían de reclamar el botín.

—¿Herida? —les gruñó, escupiendo hierba mojada.

—¿Podéis andar?

Rifkind se detuvo para considerar la pregunta mientras su rescatador la ayudaba a ponerse en pie. Lo consiguió, pero se tambaleaba de un lado para otro, incapaz de levantar un pie, a pesar de que deseaba poder andar y correr nuevamente. Mechones de cabello le cayeron sobre los hombros, mechones soltados por la lluvia y por sus inestables movimientos.

—¡Échame una mano, chaval! ¡Es lady Rifkind; está herida!

—La bruja puede curarse sola. Recoge el oro que lleve encima.

Parecían nativos de la región saqueando un campo de batalla. Pero, ¿cuál era su propio nombre, cuál su propio papel en la carnicería? El mundo giró locamente desde la tensión de los recuerdos. El hombre que la había ayudado a incorporarse la soltó; Rifkind cayó.

—¿Estás seguro de que es Rifkind?

El compañero del hombre se reunió con él.

—¿Qué otra mujer podría ser? ¿Quién sino ella iba a estar en un campo de batalla empuñando una espada?

—Hemos visto un caballo con cuernos igual al suyo. De ser la bruja, debería haberse quedado cerca de ella.

—Esta mujer es Rifkind.

El hombre mantuvo sus palabras con creciente irritación.

—En ese caso, lord Humphry nos dará por ella una bonita pieza de oro —dijo el compañero, accediendo ávidamente.

La sola palabra «Humphry» rompió el aturdimiento de Rifkind. Luchó débilmente contra los brazos que la retenían. ¿Humphry? ¿Humphry? El nombre despertaba un amargo sabor en la bruma que embotaba sus pensamientos. No había una cara que se uniera al nombre en su memoria, pero el nombre era algo real en medio de su confusión. Quién o qué fuese Humphry, ella supo que lo odiaba.

—Quieres que las tropas del Imperio corran tranquilas por el valle, ¿eh? Podemos llevársela a Ejord. Su campamento está a tres leguas de aquí. Su oro es igual de bueno y, además, así no invadirá la aldea. Más vale lo malo conocido...

Ejord. Aquel era otro nombre familiar, aunque brillaba menos a través de la niebla, y desapareció antes de alcanzarlo nuevamente.

—Bruja o no, ella no podrá ir a ninguno de los dos campamentos; además, no tengo estómago para llevarle a Ejord su cadáver. La granja de Mohegan está justo después del campamento. Mohegan dejó que el ejército pasara por sus tierras. Ahora que se han ido, habrá regresado a ellas.

El avaricioso ladrón no discutió con el otro mientras sujetaba a Rifkind, que sintió un escalofrío de invisible despedazamiento, sin poder reaccionar para protestar mientras su rescatador se la echaba al hombro y empezaba a andar hacia el bosque.

Se detuvieron ante una choza de una sola planta. Al tiempo que el ladrón se la cambiaba de hombro, ofreciéndole una mejor vista del portón, el otro golpeó en la tosca plancha de madera tallada que hacía de puerta.

—¡Mohegan! ¡Abre! ¡Somos Rafe y Stend!

—¿En medio de la noche, chicos? ¿Por qué me despertáis de mi bien merecido sueño? ¿Qué traes al hombro?

—A lady Rifkind, la he encontrado en el campo de batalla. Está herida.

—Ya veo. ¿Y qué otra tontería tenéis que decirme? Por lo menos habréis traído un odre de vino para repartir, ¿no?

Les creyera o no, el viejo les dejó entrar en la choza amueblada con ordinariéz. La depositaron en un jergón que había en uno de los rincones de la sencilla habitación.

—¡Dioses Perdidos! ¡Es una mujer! ¿Qué vais a hacer con una mujer? —exclamó Mohegan. Acercó un candil a la cara de Rifkind—. Por su aspecto, diría que no es de por aquí.

—Mohegan, es lady Rifkind, que combate junto a lord Ejord para echar de Glascardia a lo ejércitos del Imperio.

La paciencia de Rafe con los incrédulos se estaba agotando.

—¿Lady Rifkind? ¿Lady...? Quieres decir la bruja, ¡la Asheeran!

Rifkind apartó la cara del candil, pero escuchó atentamente la conversación, esperando que aquellos hombres supieran más sobre ella que ella misma. Pero los hombres empezaron a hablar de cosas y personas que nada significaban para ella y, cuando al fin volvió Rifkind a prestar atención a su propia identidad, la luna se consolidó, dispuesta a envolverla en su oscuridad y sumirla en un sueño sin imágenes.

—Eh, mujer. Rifkind. ¿Puedes oírme?

Una brillante luz resplandeció ante sus ojos; su mano no pudo moverse para taparla, pero se esforzó para convencer al hombre para que apartara el candil. Mohegan, con la barba enredada y blanquecina, y los ojos nublados por las cataratas, la miraba fijamente.

—¿Rifkind? —Ella repitió el nombre, segura al fin de que era el suyo—. ¿Dónde estoy?

—Estuviste en la batalla entre los de Overnmont, padre e hijo. Excepto las quemaduras que tienes en las manos, no veo más heridas. No hay sangre en la paja. Ellos dijeron que eras Rifkind, consejera y amante del joven Ejord. No te examinaré más profundamente sin tu permiso. Mohegan no está tan loco como para toquetear a una joven mujer, sin importar quién sea.

»Si estás herida, te pondré una cataplasma en las llagas. Si es fiebre, te aplicaré sanguijuelas. Pero no sé lo que te turba, mujer. Descansa hasta que los muchachos alcancen a tu señor y te devuelvan a quien perteneces. —Se apartó, apretándose la mano libre contra el pecho—. Mis amigos son unos malditos locos. Y un viejo como yo... No ha sido mucho tiempo los tres días que he malgastado viviendo en el bosque como un animal para eludir los ejércitos, ¡pero mis amigos me han despertado en mitad de la primera noche que podía dormir en mi propia cama!

«Está viejo y moribundo», pensó Rifkind desde el interior de la niebla. Su corazón se estiraba para llenar los receptáculos de su cuerpo y de su mente. Todo habrá terminado pronto para él. Sus pensamientos le llegaron espontáneamente y la sumergieron en la oscuridad cuando intentó examinarlos.

El viejo dormitaba en una silla, ante el hogar. Rifkind permanecía en la oscuridad, rodeada de brumas. Había estado en una batalla con una gran luz abrasadora...

Voces estridentes resonaron en el exterior de la choza. La puerta crujió en sus vetustos goznes.

—¡Eh, viejo! ¡Abre la puerta o la tiramos abajo!

—Un momento, chicos, un momento —refunfuñó Mohegan desde la silla.

Cojeó hasta la puerta, abriéndola para sus nuevos invitados antes de que cumplieran sus amenazas. Dos magullados guerreros irrumpieron en la choza llevando a un tercero en una camilla. El herido llevaba un manchado capote con cuarteles armados que se incendiaron a través de la bruma de la mente de Rifkind.

—Nuestro caballero es un guerrero de Humphry que fue dado por muerto por el rebelde hijo de éste. Ese oro es para ti, y vino, si cuidas sus heridas.

Uno de los porteadores agarró a Mohegan de la túnica y le dirigió unas palabras.

—Haré lo que pueda. El oro no vale mucho en el bosque, pero el vino...

El herido estaba consciente. Vociferó de dolor cuando le pusieron en la mesa para que Mohegan le examinase. Los otros dos hombres le sujetaron mientras los larguiruchos dedos del viejo sondeaban las heridas medio coaguladas sin que sus ojos apenas pudieran verlas.

Rifkind esperaba en silencio sobre el jergón. El capote podía ser la clave que uniera las destrozadas piezas de su memoria; hasta que pudo reconocer al hombre de Humphry y regodearse con el dolor del caballero. De repente, se reconoció a sí misma, su pasado, la latente llaga de la pierna, su impotencia para curarla y su incapacidad para matar a Humphry el día de la batalla. Se encogió en el rincón para impedir que los hombres de Humphry la reconocieran.

Un cubo de brea burbujeaba en el hogar, enviando pestilentes olores a través de la mal ventilada habitación. Mohegan echó en la perola viscosos líquidos y oscuros polvos. Levantó un cucharón hasta la nariz, pero los nocivos vapores fueron demasiado incluso para sus debilitados sentidos. Se tambaleó, agarrándose el pecho y tirando el cucharón a la cara del soldado más próximo.

La brea salpicó al hombre, que rugió tanto por el susto como por el dolor; el caballero de la mesa gimió gravemente mientras era empujado de un lado para otro por su camarada, y Mohegan, agarrado por los débiles hombros por el único hombre indemne,

temblaba con incontrollables espasmos. Sus ojos abiertos se contrajeron al ver los plateados destellos de la Brillante Luna mientras caía al ser arrojado con facilidad a través de la ventana.

La mirada de Rifkind desfiló desde la ventana hasta la severa imagen de la Diosa que había más allá, y una maléfica y satisfecha sonrisa se congeló en sus labios. La cara plateada creció hasta tapar la ventana, enviando fría luz hasta Su sacerdotisa. Rifkind sintió el plateado creciente de la luna en su mejilla, convirtiéndose en una viviente fuente de helada cólera que penetraba a través de su cuerpo. Rifkind intentó taparse los ojos y se encogió en su propio terror, pero la Diosa la paralizó; en vez de eso, la muerte que empapaba la choza se desbordó sobre ella. Rifkind se retorció desde el sufrimiento que no había podido aliviar.

—Soy una curandera. —Extrañada de su propia arrogancia, Rifkind repetía las mismas palabras que había pronunciado durante su lejana iniciación entre los Asheera—. Antes que nada, soy curandera. No debo causar sufrimientos, sino aplacarlos. Aquellos que me busquen cuando estén turbados, se alejarán de mí en paz.

Se incorporó, centrando la atención en el cuarto hombre. La Diosa guiaba sus movimientos con una delicadeza y exactitud que Rifkind no había sentido antes.

El caldero de brea estaba en ebullición. Tras levantar las manos para que las bañara la purificadora luz de la luna, Rifkind las sumergió en el caldero de brea, cambiando la alquitranada sustancia en una infusión de dulces aceites y yerbas. Su voz se estremeció al entonar un cántico en la Antigua Lengua. El fuego creció de modo antinatural hasta que el puchero de hierro estuvo incandescente, monótonamente rojo, aunque ella dejase las manos y antebrazos sumidos en él. Levantó los brazos completamente, radiantes, envueltos en una tornasolada luz azul, abiertos los dedos con llamas flameantes.

—Todo está preparado —rumoreó suavemente en la Antigua Lengua.

Sus dedos curativos limpiaron la brea adherida y restauraron la cara del hombre en el tiempo de un latido. Sus manos extendidas revolotearon sobre las marcas enrojecidas que indicaban las heridas del caballero. Cuando sus flameantes dedos rodearon las marcas rojas, las heridas desaparecieron y el hombre se hundió en un profundo sueño. Tras restaurar su poder en el vaporoso perol, se dirigió a Mohegan. Este se estremeció mientras Rifkind le apretaba el pecho con las manos. Sus ojos opacos reflejaron por un momento la gloria de la Brillante y, luego, se aclararon.

El viejo permaneció en maravillado silencio, lo mismo que el soldado indemne, mientras Rifkind se hundía en una silla a esperar el trance que siempre seguía a una curación, cuando su cuerpo purgaba el haberse privado del ritual esperando una motivación adecuada. Incluso cuando Rifkind cerró los ojos y se sumió en un pacífico sueño, estuvo bañada por un aura de plata azulada.

La palpitación del muslo, los persistentes restos de la relampagueante confusión que la embargaba y la purulenta maldad de su odio hacia Humphry, hicieron que Rifkind despertara después de varias horas de sueño. Los soldados se habían recuperado y habían salido silenciosamente de la choza por temor a la dormida sirviente de la Diosa.

Un rígido frasco de cuero estaba sobre la mesa: el pago prometido a Mohegan, aunque él no hubiese intervenido. La diosa había obligado a los hombres a honrar su juramento. Mohegan se sentó sobre la paja cuando Rifkind empezó a examinar el vacío perol de brea.

—No tenía intención de dañarte, Gran Dama. Lo metí en mis jarros.

El viejo se frotó los ojos como queriendo aclararse la visión que le había quedado como recuerdo de sus sueños. Su paso era seguro cuando se acercó al aparador para quitar de en medio una serie de jarros.

—Son tuyos —le dijo Rifkind—, aunque no te puedo decir por cuánto tiempo mantendrá su potencia la infusión.

Agradecido, Mohegan separó los jarros en el anaquel.

—Hasta que llegaste, no había creído que existiera ninguna fragancia que tuviera poderes curativos, pero ahora he visto a tu diosa y sentido su poder. Creo que la infusión ha recogido Su fuerza.

—En ese caso, no lo dudes, y serás capaz de hacer muchas cosas si sigues creyendo en Ella. Debo irme al campamento de Ejord y unirme a sus ejércitos. No tenía intención de despertarte al marchar.

—Los muchachos dicen que Ejord te está buscando.

—Quizás así tendré que hacer sólo la mitad del camino. Ya estoy bien y, aunque tu cabaña es ahora mucho más cómoda que cuando entré a ella por primera vez, no tengo paciencia para esperar. Debo saber el destino de mis hombres y nuestros planes para el futuro.

—Los dos ejércitos deben estar al sur, por lo que pude ver ayer mientras volvía. Toma la frasca... —Le ofreció el vino que los hombres de Humphry habían dejado como pago—, es tuya, tú les curaste. ¡Y procura que los ejércitos se muevan lejos del bosque! No es bueno que un viejo como yo se encuentre en medio de una batalla. ¡Díselo a Ejord, y también a Humphry si le ves!

Rifkind sonrió y se metió la frasca en el cinturón. Si retrasaba la marcha, el viejo podría preguntarle por su demora, y ella no deseaba dañar la nueva fe del hombre en la Brillante por negarse a contestar. Había sido una noche de curaciones y milagros, pero ya era de día y podía sentir el empuje del ejército y la responsabilidad de una sacerdotisa que era, a la vez, un guerrero.

Con una sonrisa final y un saludo, salió de la choza sin cojear, sin dolor, y siguió el estrecho sendero que llevaba hacia el sur y hacia los ejércitos.

DISFRUTAR ES GRATIS

Alan Garner

Alan Garner irrumpió en el campo de la fantasía en 1960, con *The Weirdstone of Brisingamen* (La misteriosa piedra de Brisingamen), una novela en la que dos modernos muchachos ingleses descubren brujos, enanos y otros seres míticos, enzarzados en una lucha entre el bien y el mal que se desarrolla en sus propias y conocidas colinas de Cheshire. La trama y muchos de los caracteres mágicos derivan claramente de los de *El Señor de los Anillos*, como tantas otras fantasías escritas tras la aparición de esa gran obra por personas que se impresionaron con la visión de Tolkien. Muchos de esos ardientes imitadores han sido olvidados, pero es que, por mucho que a uno le gusten las fantasías de otro, para ser sincero con el género y con la propia obra hay que escribir desde el punto de vista y el corazón de uno mismo, sin intentar recrear la obra de otro. Parte del misterioso poder de maravillamiento de la gran fantasía radica en que es a la vez intensamente personal y universalmente accesible. *The Weirdstone...* ha perdurado, pues Garner ha tejido su obra con su profundo amor y conocimiento del condado de Cheshire, de su gente y de sus mitos. Su obra ha crecido alrededor de todas esas fuerzas, y por eso es considerado como uno de los mejores escritores de fantasía.

En *Disfrutar es gratis*, la mitología de Garner llega mucho más lejos, trasladando la Antigua Grecia a una pequeña localidad inglesa, y el río Aqueronte a un parque de atracciones. El «Campamento de Vacaciones» de la historia es una institución inglesa contemporánea —aunque no con un concepto tan radical—, una combinación comercial entre un hotel de temporada y un parque de atracciones: actividad programada para distracción programada.

La línea visual que iba desde la guarida de Tosh hasta Brian pasaba bajo la panza del Panda Gigante, entre el dorado ataúd de Bak-en-Mot y los depósitos de la ciudad, a través del Taj Mahal y por encima del teñido corpiño de lady Henrietta Maria. La primera mañana, cuando Brian comenzó su dibujo, el Taj Mahal bloqueaba la visión de Tosh, pero cuando Brian bajó de cenar, ya habían abierto tres puertas para dejar campo libre, y cada vez que miraba veía el ojo de Tosh fijo en él.

Tosh se mantenía en su guarida, donde siempre estaba preparando el té y llenando su talonario, a no ser que estuviera de patrulla. Patrullaba cada hora, a la hora en punto, subiendo por un lado, atravesando la espalda del Panda y bajando luego por el otro lado, lo que significaba que llegaba hasta Brian por detrás. El primer día no dijo nada, pero permaneció en posición de descanso, empujándose sobre los talones y bajando después; click, click, click; y chupándose los dientes. Luego volvió a patrullar hasta su guarida. No había visitantes en el museo en todo el día, en toda la semana.

—¿Qué haces? —dijo Tosh, mediada la segunda tarde.

—¿Estás dormido o qué? —dijo Brian—. Esto habla por sí solo.

—No seas descarado —dijo Tosh.

Las cintas de su medalla se encresparon.

Sin embargo, al tercer día Tosh patrulló con una jarra de caliente agua marrón espesada con leche condensada.

—Té cortado —dijo.

Brian bajó el tablero de dibujo.

—Gracias, Tosh.

—De nada.

—¿Qué tal el negocio?

—Regular —dijo Tosh—. A rachas.

—Todo está muy tranquilo, ¿verdad? —comentó Brian—. Quiero decir, desde que construyeron el Campamento de Vacaciones. El viejo parque no puede competir con él, ¿o sí?

—Tenemos a nuestros asiduos. Y nuestras distracciones no son segundo plato para nadie.

—Hoy es el Día de Inauguración del Campo —siguió Brian—r-. Es gratis para todo el mundo.

—Eso es una trola. En el mundo no hay nada gratis, chico.

—Hoy sí. De todos modos, yo voy a ir.

—¿Qué es eso que estás haciendo? —preguntó Tosh.

—Mi Proyecto para la escuela —dijo Brian—. El curso pasado trataba de Abonos, y éste de Cerámica.

—¿Qué vas a hacer con toda esa quincalla? —insistió Tosh.

—Estoy intentando dibujar este plato de la antigua Grecia desde todos los ángulos para ver si puedo copiarlo.

—¿Para qué?

—Se supone que la mejor cerámica que hay es la griega, así que he decidido empezar por arriba.

—¿Te resulta divertido?

—Sí —dijo Brian—. Eso es, es divertido. Me parece que estoy dotado para ello, aunque acabo de empezar. Estoy yendo a clases nocturnas.

—Yo soy un poco aficionado al arte. Soy rotulista. Pero lo que más me gusta es la pintura. Aunque no toda esa porquería moderna; algo más tradicional..., perros y flores, y todo lo demás. Te ayuda a darte cuenta de la cantidad de trabajo que lleva. Lo mismo que aquello —Tosh señaló el sarcófago egipcio—. Va-en-Moto. Pan de oro y maderas finas,

eso llevan todas esas pequeñas pinturas... No es un trabajo a destajo, ¿en? No es a destajo.

—Este plato tampoco —dijo Brian—. Por eso he tenido que trabajar tanto en el dibujo. Buscando la perfección de cada línea.

—Ah —dijo Tosh—. Tenían mucho tiempo en aquellos días. Todo el tiempo. Todo el tiempo del mundo.

El plato se quedó solitario en su vitrina, con una etiqueta mecanografiada sobre el cristal: «Crátera de Ativa, siglo V a. C. Artista desconocido. La escena representa a Caronte, barquero de los muertos, transportando un alma a través del río Aqueronte en los Infiernos».

Al principio, Brian había pensado que el diseño era demasiado soso y formal. El viejo barquero, Caronte, acucillado, con las rodillas dobladas, y el hombre muerto tan desconcertado como cualquier viajero. Las olas se rizaban en sólidas y regulares espirales, y el resto del dibujo era geométrico: cuadrados, cruces, modelos de hojas sin vida. Pero a medida que Brian trabajaba, fue encontrando en el plato ritmo y equilibrio. Nada había sido hecho sin una buena razón, y cada lugar estaba tan precisamente marcado que alterarlo era como interpretar una nota equivocada. Y todo aquello Brian lo había descubierto en sólo dos días a partir de un plato rojo y negro guardado en una vitrina.

—¿Está ya? —preguntó Tosh, una hora más tarde.

Brian se sentó con las manos en los bolsillos, observando fijamente el plato.

—No. Oye, Tosh, deja abierta la vitrina. Quiero coger ese plato.

—Nada de eso —dijo Tosh—. Me jugaría el puesto. ¿No puedes verlo entero desde aquí?

—Con verlo no basta. Por eso mis dibujos no avanzan. Son planos, y el plato es curvo. Tanto el dibujo como la forma son parte de él..., no puedes tener lo uno sin lo otro. Mis dibujos son algo así como chupar caramelos sin quitarles la envoltura.

—¿Qué pasa si se rompe? —arguyó.

—Lo arreglaría. Ya ha estado roto antes. Vamos, Tosh, pórtate bien.

Tosh se fue a su cuchitril y volvió con una llave.

—Yo no estoy enterado de nada, ¿eh? —dijo.

Brian movió los dedos sobre la superficie cerámica.

—Eso es —dijo a continuación—. Eso es. Sí. Eso es. Caray, Tosh, el hombre que hizo esto tenía una maestría maravillosa. Es perfecto. Es como..., no sé, como volar...

—Sí, bueno, una cosa es segura —dijo Tosh—. Al muchacho que lo hizo ya no le duele la cabeza. ¿Es muy antiguo?

—Más de dos mil años —dijo Brian, maravillado—. Dos mil años. Hace dos mil años alguien se sentó y trabajó en él, en estas curvas, líneas, colores y figuras, y lo consiguió. Dos mil años. Demonios. Y ha recorrido todo este camino. Hasta mí. Para que yo pudiera saber lo que pensaba. Dos mil...

—Sí, en efecto, la cabeza ya no le duele —repitió Tosh.

Brian dio vuelta a la pieza para examinar la base.

—Es para poner pasteles —dijo Tosh—. Para los domingos.

—¡Tosh, mira! —Brian casi soltó el plato. En la base se veía la clara marca de un pulgar inmortalizada por la cocción del plato—. Ahí está —susurró.

El cambio de la vitrina al aire exterior había empañado la superficie de la pieza, y Brian puso sus propios dedos sobre la huella de la otra mano.

—Dos mil años, Tosh. Casi nada. ¿Quién sería?

—No sé, pero seguro que ya no le duele la cabeza.

Brian miró su propia huella sobre el barro fosilizado.

—Tosh —dijo—, son iguales. Esta huella de pulgar y la mía. ¿Qué te parece?

—No es posible. No hay dos personas con la misma etiqueta.

—Pues éstas coinciden.

—No puede ser—insistió Tosh—. Fui a clases en Londres, cuando era policía.

—Son las mismas.

—Puede pareértelo, pero sin duda estás equivocado. Está demostrado que cada hombre, mujer y niño nacen con huellas digitales distintas de las de las demás personas.

—¿Cómo se ha demostrado eso?

—Porque nunca se han encontrado dos veces las mismas. Hay hombres a los que han ahorcado por eso; ¿qué sentido tendría hacerlo si no fuera verdad?

—Míralo tú mismo —dijo Brian.

Tosh se puso las gafas. Durante un rato no dijo nada.

—Sí, es verdad —dijo al fin—. Muy parecidas, lo admito, pero mira esa línea en el otro pulgar. Hay una cicatriz. Tú no tienes ninguna.

—Pero una cicatriz es un accidente —arguyó Brian—. Nadie nace con ellas. Aunque el pulgar tenga un corte, las huellas son las mismas.

—Estas no —dijo Tosh—. Además, fueron hechas hace ya mucho tiempo, de modo que no tiene nada de raro.

Brian acabó en seguida sus dibujos. Llevaba a Sandra al Día de Inauguración del Campamento y antes tenía que afeitarse. Estaban citados en la parada del autobús.

—Ahí está esa Beryl Fletcher —dijo Sandra.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Brian.

—Pues que dejó la escuela la semana pasada y ya está destrozando corazones con su aspecto sofisticado.

—Déjala—dijo Brian—. Estás celosa.

Dos autobuses llegaron y se fueron.

—¿Te gusta mi vestido? —preguntó Sandra.

—Sí.

—¿Sólo «sí»?

—Está muy bien. Impresionante.

—No te habías dado ni cuenta—dijo Sandra.

—Eso no es verdad —se defendió Brian—. Es muy bonito..., más que el de Beryl Fletcher.

—No te habías dado ni cuenta, grandísimo cabeza hueca —insistió Sandra, riendo—. ¿Qué te pasa? No has dicho ni dos palabras por ti mismo.

—Lo siento. Estaba pensando en el plato en el que llevo trabajando toda la semana en el museo. Un plato muy antiguo.

—¿Cuánto?

—Más de dos mil años.

Llegó un autobús y subieron.

—¿Conoces a Tosh, el que vigila el museo? —preguntó Brian.

—Sí, es el tío de la mujer de un compañero nuestro.

—¿Ha sido policía alguna vez?

—Sí, era sargento.

Tres paradas más allá, Sandra dijo:

—Estás muy callado...

—¿Sí? Lo siento.

—¿Qué te pasa, cariño, algo va mal?

—¿Alguna vez has escondido algo con la idea de que fuera encontrado muchos años después, quizá después de tu muerte?

—No —dijo Sandra.

—Yo sí. Yo he llenado muchas botellas con tonterías y luego la he enterrado. Pongo notas dentro. Y trozos de periódico. Así puedes hablar a gente a la que nunca verás, a la que nunca conocerás; pero si encuentran la botella, ellos sí que te conocerán a ti. Hay

trozos tuyos en la botella, esperando todo el tiempo que haga falta, y tan pronto como la botella es abierta..., el tiempo no importa..., y..., y...

—Vale, vale —dijo Sandra—, que hay gente mirando. ¡Vaya ideas que tienes, Brian Walton!

—Es a causa del plato del museo —dijo Brian—. Pensé que era un viejo cacharro sin valor pero, cuando empecé a clasificarlo, encontré lo que tenía dentro.

—¿Qué? ¿Un mensaje?

—No. Algo mejor que eso. Ese chisme tiene más de dos mil años... El tipo que lo hizo no sabía nada sobre mí, pero trabajó para encajar a la vez la forma y el dibujo. Cuando se mira, no se puede ver lo inteligente que era, pero cuando lo tocas, cuando intentas copiarlo, estás de repente con él..., lo mismo que si estuvieras observando por encima de su hombro y él estuviera hablándote, enseñándote. Así que, cuando vaya a hacer la siguiente vasija, él me ayudará. Será su vasija. ¡Y murió-hace dos mil años! ¿Qué te parece eso?

—Fantástico —dijo Sandra.

El autobús había llegado al campamento. Sandra estaba a punto de bajar de la plataforma cuando se inclinó hacia delante, doblando la cintura. Tenía los ojos muy abiertos y se agarraba a la barra de apoyo.

—¿Qué te pasa? —dijo Brian.

—¡Mi zapato! —exclamó la chica—. ¡Está atascado! —El tacón de aguja se había atrancado entre las ondulaciones de la plataforma, y Sandra se había quitado el zapato para poder soltarlo—. ¡Oh, se ha partido! —dijo—. La primera vez que me los pongo, y va y se me rompen...

—Vamos —dijo Brian—. Si fueras más sofisticada...

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! —dijo el altavoz—. ¡Éste es el Día de la Inauguración, amigos, y todo es gratis, gratis, gratis! ¡Pasen! ¡Diviértanse!

—¿Por dónde quieres que empecemos? —preguntó Brian.

—No lo sé. Vamos a ver lo que hay por ahí.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! Éste es su Día y su Campamento. El Campamento con una Diferencia, amigos y vecinos. Donde Sólo Ustedes Importan. Éste es el Campamento con Una Sola Regla: ¡Disfrutar es Gratis! ¡Disfruten gratis, amigos!

Brian y Sandra bailaron al son de dos de las cinco grabaciones de los residentes, condujeron una motora en el lago Marino, dieron vueltas a su propio algodón hilado de azúcar...

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! ¡Disfruten gratis, amigos! Éste es el Campamento de Vacaciones Laissez-Faire, el L. F., un concepto totalmente nuevo en el mundo del Camping Familiar, añadiendo al ocio una nueva dimensión; un sitio donde la gente juega, retoza o descansa en los días-en-que-puede-perder-el-tiempo, con el pleno disfrute que sólo encuentran en el Campamento de Vacaciones Laissez-Faire. ¡Sí! Y todo eso es gratis, amigos. Gracias a la Tarifa Exhaustiva L. F., que usted paga cuando reserva su chalet. No hay extras ocultos: el pago de-una-vez-por-todas es su pasaporte para el deleite. ¡Sí! ¡Recuerden! ¡El L. F. ahorra dinero! ¡Ya!

—Los pies me están matando —dijo Sandra.

Se sentaron en un banco del Jardín Oriental. Brian acarició la cabeza de un dragón chino, de bronce, desde la que tintineaba la música del campamento. El sol estaba ya bajo y el día había mejorado después del calor.

—¿Estamos soñando? —dijo Sandra—. Esto es mucho mejor que el viejo parque. Macizos y macizos de flores, y jardines entre las rocas. Y las abejas zumbando.

—Mala suerte para las abejas —sentenció Brian—. Morirán al amanecer.

—Sí que estás optimista hoy... —dijo Sandra—. ¿Por qué han de morir?

—Herbicida selectivo. De otro modo no sería posible mantener el suelo tan limpio. Pulverizan con él y nadie se molesta en avisar a las abejas.

—¿Cómo lo sabes?

—Me leí un buen montón de papeles sobre todo esto cuando hacía el curso de Abonos. Hay mucho abono en el suelo; puede que no pienses en ello, pero es así.

—Vámonos —dijo Sandra.

—No. Mira —dijo Brian, inclinándose para reunir un puñado de tierra de un parterre—. Aquí no han echado estiércol. Está..., bueno, está... ¡Sandra! ¡El suelo es de plástico!

Suaves y limpios gránulos le corrieron entre los dedos.

—Todo este radiante lote es puro plástico..., ¡la hierba, las flores, todo!

—Eso es lo que yo llamo tener sensibilidad. Supongo que eso ayudará a mantener bajos los precios. Y no tendrán que matar a las abejas.

—¡Ay! —dijo Brian—. Abejas. Seguro que no se trata de eso...

Brian trepó por las rocas y no tardó en encontrar a las abejas. Cada una de ellas estaba montada en un vibrante muelle, y el zumbador se hallaba conectado a un interruptor de reloj.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! —dijo el dragón de bronce—. Laissez-Faire, el Campamento con Una Diferencia. ¿Han visitado ya la Placertería, amigos? La Placerte ría L. F. es la única en la que Usted-Se-Divierte-Cuanto-Quiere: todo en la feria es gratis. ¡Gratis! ¡Ahora!

—Intentemos hacer algo, ¿te parece? —dijo Brian.

Montaron en la Noria, en los Coches de Choque, en la Montaña Rusa, en los Bombarderos, en el Pulpo. El equipo se controlaba automáticamente. Luces destellantes, voces grabadas que daban instrucciones, tañido de campanas.

En el Palacio Encantado, Sandra luchó con súbitos chorros de aire que salían del suelo, y se agarró a Brian para bailar una trepidante danza cubana. Estaba anocheciendo cuando salieron del Palacio. Habían disfrutado horrores.

—Bueno, parece que al fin te has animado con algo —dijo Sandra—. Pensé que ibas a estar toda la noche hablando de abonos y cerámica,

—¿Adonde vamos ahora? —preguntó Brian.

—Si te sientes romántico, ahí está el Túnel del Amor.

—Uno no sabe hasta que no lo prueba, ¿no crees?

Caminaron hasta el embarcadero del canal. Cruzando éste de parte a parte había una puerta y un letrero que decía: «Los pasajeros esperen aquí. Para solicitar un bote bajen la palanca iluminada. No suban a bordo hasta que el bote se haya detenido. No se pongan de pie en el bote. Los pasajeros deberán estar sentados cuando suene la campana. No fumen».

—Disfruten gratis, amigos —dijo Brian, con sorna.

Más allá de la puerta había una gruta con estalactitas y estalagmitas de yeso, y el canal se hundía entre ellas hacia un túnel negro.

—Qué curiosa luz verde, ¿verdad? —comentó Sandra—. Da un poco de miedo.

—Pintura especial —dijo Brian—. Esto está iluminado con luz ultravioleta. ¿Te acuerdas del Espectacular Fondo del Mar en Valquirias sobre el Hielo, en el Teatro de la Ópera el año pasado? Esta gruta es igual.

Brian bajó la palanca y un bote llegó hasta ellos por la tenebrosa corriente. La proa de la embarcación tenía la forma adecuada para encajar en un hueco de la puerta, lo que la hacía mantenerse estable.

—Los pasajeros abordarán en este momento —dijo la voz grabada—. Tomen asiento inmediatamente. Los pasajeros abordarán en este momento. Tomen asiento inmediatamente. No permanezcan de pie.

Brian subió al bote y se volvió para ayudar a Sandra. Ésta puso un pie en el asiento y luego se retorció desgarradamente.

—Arriba —dijo Brian.

—Es otra vez el tacón. Se ha enganchedo en algo. En el embarcadero.

Se echaron a reír. Brian intentó izar a Sandra al interior del bote, pero no encontró dónde aferrarse.

—Quítate el zapato —le dijo.

—No puedo.

Tiraron y empujaron. Sonó una campana.

—Todos los pasajeros deben sentarse. Apártense. No intenten embarcar ya. Apártense.

La campana sonó de nuevo, y la puerta se abrió.

Sandra seguía riendo, pero Brian sintió que el agua se llevaba el bote y supo que no podría sostenerlo. El mismo empezaba ya a perder el equilibrio.

—Retrocede —le dijo a Sandra—. Te vas a caer. Retrocede.

—No puedo. Estoy clavada.

—Voy a empujarte —dijo Brian—. ¿Preparada? A la de tres. Una..., dos... ¡y tres!

Empujó a Sandra tan fuerte como pudo, y ella se derrumbó sobre el embarcadero. Brian se tambaleó en el banco y se agarró a la popa para no caer. Por un momento, el bote se mantuvo a la altura de Sandra, pero luego comenzó a derivar.

—¡Diviértete! —le gritó Sandra, todavía riendo.

El barco avanzaba sacudiéndose, y Brian seguía de pie, mirando. Ahora estaba ya en la gruta, y Sandra se hallaba lejos, bañada en otra luz.

—¡Siéntate, Brian! ¡Adióóó! ¡Disfruta de tu viaje, cariño, y pon mucho cuidado! ¡Nos veremos en la próxima vuelta! ¡Adióóó!

Sandra oscilaba alejándose de él, una diminuta silueta perdida entre las estalactitas. Brian siguió mirando, mirando y, lentamente, apartó la mano del clavo que se había aflojado del borde de la popa. No había notado su filo, pero ahora el largo corte palpitaba a lo largo de la yema de su pulgar. El bote bailó hacia el túnel.

LA PALABRA QUE LIBERA

Úrsula K. Le Guin

Tras el advenimiento de El Señor de los Anillos, los amantes de la fantasía esperaron en vano la llegada de otro creador de mundos que lo igualase. Muchos lo encontraron en Úrsula Le Guin y su trilogía de Terramar. Los puntales filosóficos de esas dos fantasías son mundos aparte: mientras que la Tierra Media está firmemente asentada en la cristiandad medieval del norte, Terramar está basada en el taoísmo. Pero ambas comparten un elemento que ha sido durante mucho tiempo fuente del nuevo poder de la fantasía: la comprensión de que la naturaleza es el baluarte de la magia, y que el destino del hombre y de los brujos no puede separarse de ella.

La palabra que libera es uno de dos relatos cortos que ocurren en Terramar. Ambos fueron escritos antes que la primera novela de la trilogía. El otro cuento, *The Rule of Names* (La regla de los nombres), fue desenterrado rápidamente cuando Terramar empezó a hacerse popular. Me llevó meses localizar y leer el presente cuento; y transcurrieron meses antes de que fuera capaz de volver a enfrentarme a él.

¿Dónde estaba? El suelo era duro y fangoso, el aire negro y apestoso, y aquello era todo lo que había. Excepto el dolor de cabeza. Tendido de plano sobre el frío y húmedo suelo, Festín gimió y dijo:

—¡Báculo!

Cuando su báculo de brujo hecho en madera de aliso no

acudió a su mano, supo que estaba en peligro. Se sentó, y al no poder recurrir a su báculo para que le diese la luz apropiada, encendió una chispa entre el índice y el pulgar, murmurando cierta Palabra. Una centelleante bola de fuego azulado saltó de la chispa y rodó débilmente a través del aire, chisporroteando.

—Arriba—dijo Festin.

Y la bola de fuego zigzagueó hacia arriba hasta iluminar una trampilla abovedada muy por encima de él, tan alta que Festin, al proyectarse al interior de la bola de fuego momentáneamente, vio su propia cara doce metros más abajo como un pálido punto entre las tinieblas. La luz no producía reflejos en las húmedas paredes; estaban entretrejidas a partir de la noche, por medios mágicos. Volvió a su cuerpo y dijo:

—Fuera.

La bola murió. Festin se sentó en las tinieblas haciendo crujir los nudillos.

Debían de haberle hechizado desde detrás, por sorpresa; lo último que recordaba era que había estado caminando a través de sus bosques, al atardecer, hablando con los árboles. Últimamente, en aquellos años solitarios de la mitad de su vida, se había sentido agobiado por un sentimiento de fuerza desperdiciado, sin usar; por eso, necesitando aprender lo que era paciencia, había abandonado las ciudades y se había ido a conversar con los árboles, especialmente con los robles, castaños y alisos, cuyas raíces están en profunda comunicación con las corrientes de agua. Hacía seis meses que no hablaba con un ser humano. Había estado ocupado con los elementos esenciales, sin lanzar hechizos, sin molestar a nadie. ¿Quién podía haberle encantado y encerrado en aquel pozoapestoso?

—¿Quién? —preguntó a las paredes; y, lentamente, un nombre llegó hasta él y le embistió como una gruesa gota negra que rezumase de poros de piedra y esporas de hongos—: Voll.

Por un momento, Festin sintió un sudor frío.

Hacía mucho tiempo que había oído hablar por primera vez de Voll el Funesto, de quien se decía que era más que un brujo pero menos que un hombre; que pasaba de isla en isla de la Región Exterior, deshaciendo el trabajo de los Antiguos, esclavizando a los hombres, devastando bosques y expoliando los campos, y sellando en tumbas subterráneas a cualquier brujo o mago que se atreviese a combatir con él. Los refugiados de las islas destruidas contaban siempre la misma leyenda,

que había llegado al atardecer en un viento oscuro por encima del mar. Sus esclavos le seguían en naves; eso lo habían visto. Pero nadie había visto al propio Voll... Había muchos hombres y criaturas del mal campando por las Islas, y Festin, un joven brujo ocupado con su entrenamiento, no había prestado mucha atención a los cuentos sobre Voll el Funesto. «Puedo proteger esta isla», había pensado, conociendo su todavía no probado poder, y había vuelto a sus robles y alisos, al sonido del viento en sus hojas, al ritmo del crecimiento en sus redondos troncos, ramas y ramitas, al sabor de la luz del sol sobre las hojas, o a las oscuras aguas subterráneas fluyendo entre las raíces. ¿Dónde estarían ahora los árboles, sus viejos compañeros? ¿Habría destruido Voll el bosque?

Despierto al fin y puesto de pie, Festin hizo dos amplios movimientos con manos rígidas, gritando en voz alta un Nombre capaz de romper todas las cerraduras y abrir cualquier puerta hecha por el hombre. Pero aquellas paredes impregnadas de noche y del nombre de su creador no escuchaban, no oían. El nombre levantó ecos, que volvieron hacia Festin, resonando en sus oídos y haciéndole caer de rodillas y ocultar la cabeza entre los brazos hasta que los ecos murieron en las bóvedas que había sobre él. Entonces, todavía temblando, se sentó, meditabundo.

Estaban en lo cierto; Voll era fuerte. En su propio terreno, en el calabozo construido con sus propios hechizos, su magia resistiría cualquier ataque directo; y la fuerza de Festin no era ni la mitad de la que hubiese tenido de no haber perdido su báculo. Pero ni siquiera su captor podía arrebatarle sus poderes, relativos sólo a sí mismo, de Proyección

y Transformación. Y así, tras frotarse la ahora doblemente dolorida cabeza, se transformó. Suavemente, su cuerpo se disolvió en una nube de fina bruma.

Perezosa, rastrera, la bruma se elevó del suelo, derivando sobre las fangosas paredes hasta que encontró, donde la cueva se hacía pared, una grieta fina como un cabello. A su través, gotita a gotita, se filtró. Había logrado pasar casi por completo, cuando un viento ardiente como la ráfaga de un horno le golpeó, dispersando las gotas de bruma, secándolas. Precipitadamente, la bruma retrocedió de nuevo hacia la cueva, bajando en espirales hasta el suelo, donde tomó de nuevo la forma de Festin, que apareció jadeando. La transformación es una característica emocional de los brujos introvertidos del tipo de Festin; cuando a esa característica se añade el shock de enfrentarse a una muerte inhumana en la forma asumida por uno, la experiencia deviene espantosa. Festin estuvo por unos momentos simplemente respirando. Estaba irritado consigo mismo. Después de todo, había sido una estupidez intentar escapar como bruma. Hasta un loco se sabría ese truco. Probablemente, Voll había dejado fuera un viento caliente al acecho. Festin se convirtió en un pequeño murciélago negro y voló hacia el techo, donde se transformó en una ligera corriente de aire puro, que se filtró a través de la grieta.

Esa vez consiguió salir, y estaba soplando suavemente a través del vestíbulo en dirección a una ventana, cuando una aguda sensación de peligro le obligó a transformarse rápidamente, adquiriendo la primera forma pequeña y coherente que llegó a su mente..., un anillo de oro. Lo hizo justo a tiempo. El huracán de aire ártico que habría dispersado su forma aérea como un caos irreconstruible simplemente enfrió un poco su forma de anillo. Mientras pasaba la tormenta permaneció sobre el pavimento de mármol, preguntándose qué forma debería adoptar para atravesar la ventana más rápidamente.

Empezó a moverse demasiado tarde. Un gigantesco troll de rostro inexpresivo avanzaba a largas zancadas por la habitación; se detuvo, recogió el anillo, que rodaba con rapidez, y lo levantó con una enorme mano como de piedra caliza. El troll avanzó hasta la trampilla, recorrió el cerrojo de hierro y murmurando un encantamiento arrojó a Festin a las tinieblas. Descendió a plomo doce metros y aterrizó sobre el suelo de piedra... con un diñe.

Reasumiendo su verdadera forma, se sentó, frotándose dolorosamente un codo herido. Demasiadas transformaciones para un estómago vacío. Deseó ardiente y amargamente tener su báculo, con el que podría haberse procurado algo para comer. Sin él, aunque pudiese cambiar de forma y ejercer determinados hechizos y poderes, no podía transformar o proveerse de ninguna cosa material..., ni luces ni chuletas de cordero.

—Paciencia—se aconsejó Festin a sí mismo.

Cuando hubo recuperado el aliento, disolvió su cuerpo en la infinita delicadeza de aceites volátiles, convirtiéndose en el aroma de una chuleta de cordero frita. Nuevamente, derivó hacia la grieta. El acechante troll inhaló sospechoso, pero Festin ya se había convertido en un halcón y aleteaba en dirección a la ventana. El troll arremetió contra él, falló por escasos metros, y con voz despiadada dijo:

—¡El halcón, atrapad el halcón!

Mientras descendía en picado desde el castillo encantado hasta el bosque que se extendía oscuro hacia el oeste, la luz del sol y el reflejo del mar le deslumbraron. Festin cortaba el aire como una flecha. Pero una flecha más rápida chocó con él. Gritando, cayó. Sol, mar y torres giraron a su alrededor y desaparecieron.

Despertó nuevamente en el húmedo y malsano suelo del calabozo, con las manos, el cabello y los labios mojados con su propia sangre. La flecha se había clavado en el ala del halcón, en el hombro del hombre. Se mantuvo inmóvil, y murmuró un hechizo para cerrar la herida. Al cabo de un rato pudo sentarse y recordar un hechizo más largo y poderoso de curación. Pero había perdido mucha sangre y, con ella, poder. Un frío helado se había apoderado de la médula de sus huesos, que ni siquiera el hechizo de curación

podía calentar. Sus ojos estaban sumidos en las tinieblas, incluso cuando recurrió a la bola de fuego e iluminó el aire hediondo: la misma bruma tenebrosa que había podido ver cerniéndose sobre su bosque y las pequeñas aldeas de su territorio.

Debía proteger aquella tierra.

No podría volver a intentar escapar directamente. Estaba demasiado débil y cansado. Confiando excesivamente en su poder, había perdido su fuerza. Cualquiera que fuese la forma que adoptase a partir de entonces, ésta compartiría su debilidad, y sería atrapada.

Temblando a causa del frío, se acuclilló, dejando que la bola de fuego chisporroteara con una última bocanada de metano..., el gas de los pantanos. El olor le permitió ver con el ojo de la mente los pantanos que se extendían desde el bosque amurallando el mar, sus amados pantanos donde ningún hombre acudía, donde en otoño los cisnes volaban alineados, donde, entre tranquilos pozos y cañaverales, corrían hacia el mar rápidos y silenciosos riachuelos. Oh, poder ser un pez en una de esas corrientes; o mejor aún, estar más lejos, corriente arriba, cerca de los manantiales, en el bosque, a la sombra de los árboles, en el claro remanso bajo las raíces de un aliso, descansando y oculto...

Era una gran magia. Festín no la había practicado más de lo que lo hace cualquier hombre que, en el exilio, o viéndose en peligro, anhela la tierra o las aguas de su hogar, imaginando la vista desde el umbral de su casa, la mesa en la que comía, las ramas que se veían a través de la habitación en que solía dormir. Sólo en sueños conseguían los grandes magos realizar la magia de volver al hogar. Pero Festín, con el frío saliéndole de la médula e inundando nervios y venas, permaneció de pie entre las negras paredes, reuniendo su poder hasta que brilló como una candela en la oscuridad de su carne, y empezó a actuar con una magia, grande y silenciosa.

Los muros desaparecieron. Estaba en la tierra, con rocas y vetas de granito por huesos, aguas subterráneas por sangre, raíces por nervios. Como un gusano ciego, se movió a través de la tierra hacia el oeste, lentamente, con tinieblas por delante y por detrás. Toda la frialdad del subsuelo fluyó a lo largo de su espalda y de su vientre, una irresistible e inagotable caricia. Saboreó el agua con los costados, su lenta corriente; con ojos sin párpados vio ante él el profundo pozo marrón entre las grandes y nudosas raíces de un aliso. Se precipitó hacia delante, plateado, hacia las sombras. Estaba libre. Estaba en su hogar.

El agua brotaba intemporal de su clara fuente. Se quedó en la arena del fondo del remanso, dejando que el agua le acariciase, mucho más poderosa que cualquier hechizo de encantamiento, apaciguando su herida y con su frescura alejando el desolador frío que había penetrado en él. Mientras descansaba, sintió y oyó una sacudida y un temblor en la tierra. ¿Quién caminaba por su bosque? Demasiado fatigado para cambiar de forma, escondió el brillante cuerpo de trucha bajo el arco de las raíces del aliso, y se puso al acecho.

Grandes dedos grises tantearon en el agua, agitando la arena. A través de la palidez del agua, caras vagas, ojos en blanco surgieron y se desvanecieron, reaparecieron. Redes y manos buscaron a tientas, desaparecieron y volvieron a aparecer; le agarraron y le mantuvieron retorciéndose en el aire. Luchó para recobrar su propia forma, pero no pudo; su propio hechizo para regresar al hogar le encadenaba. Se agitó en la red, boqueando en el seco, brillante y terrible aire, sofocándose. La agonía continuó, y no supo nada más allá de ella.

Al cabo de mucho tiempo, poco a poco empezó a darse cuenta de que estaba de nuevo en su forma humana; por su garganta obligaban a bajar un líquido agrio y picante. Tras otro lapso de tiempo, se encontró tirado boca abajo sobre el suelo mojado y pestilente de la cueva. Estaba otra vez en poder de su enemigo. Y aunque podía respirar de nuevo, no estaba muy lejos de la muerte.

El frío le atravesaba; y los trolls, servidores de Voll, habían aplastado el frágil cuerpo de trucha, pues cuando se movió, la caja torácica y un antebrazo le dieron un navajazo de dolor. Roto y sin fuerza, se hundió en el fondo del pozo de la noche. No tenía poder para cambiar de forma; no saldría de allí de aquel modo, pero había otro.

Permaneciendo inmóvil, y casi, pero no totalmente, fuera del alcance del dolor, Festín pensó: «¿Por qué no me ha matado? ¿Por qué quiere mantenerme con vida?»

»¿Por qué nunca ha sido visto? ¿Con qué ojos se le puede ver, sobre qué tierra caminará?»

»Me teme, aunque no me queden fuerzas.

»Dicen que todos los brujos y hombres poderosos que ha vencido viven encerrados en tumbas como ésta, viven año tras año intentando liberarse...

»Pero ¿y si uno elige no vivir?»

Así, Festín hizo su elección. Su último pensamiento fue: «Si estoy equivocado, los hombres pensarán que fui un cobarde». Pero no se retrasó con aquel pensamiento. Girando la cabeza ligeramente hacia un lado, cerró los ojos, hizo una última inspiración profunda y susurró la palabra que libera, la que sólo se pronuncia una vez.

No hubo transformación. No hubo cambio. Su cuerpo, las largas piernas y brazos, las hábiles manos, los ojos que se habían deleitado mirando árboles y corrientes, permanecieron sin cambio, tranquilos, perfectamente tranquilos y llenos de frío. Pero las paredes desaparecieron. La cueva construida con magia desapareció, y las salas y torres; y el bosque, y el mar, y el cielo del atardecer. Desaparecieron, y Festín se dirigió lentamente hacia la lejana pendiente de la colina de la existencia, bajo nuevas estrellas.

En vida había tenido gran poder; allí no lo había olvidado. Como la llama de una vela, se movió en las tinieblas de aquella amplia tierra. Y, recordando, pronunció el nombre de su enemigo:

-¡Voll!

Llamado, incapaz de resistir, Voll se acercó a él, un denso y pálido espectro bajo la luz de las estrellas. Festín se acercó, y el otro se acobardó y gritó como si estuviera ardiendo. Festin le siguió cuando huyó, le siguió de cerca. Recorrieron un largo camino, sobre corrientes de lava seca de extintos volcanes, que recortaban sus conos contra las estrellas sin nombre; sobre los contrafuertes de las silenciosas colinas, a través de valles de corta hierba negra, atravesando ciudades o bajando por sus callejas oscuras entre casas por cuyas ventanas no miraba cara alguna. Las estrellas colgaban del cielo; ninguna descendía, ninguna se levantaba. No hubo cambios. Ningún día llegó. Pero ellos continuaron, Festin siempre siguiendo los pasos del otro, hacia el lugar por donde en un tiempo corrió un río, mucho tiempo antes: un río de las tierras vivientes. En el seco lecho, entre los cantos rodados, yacía un cuerpo muerto: el de un hombre viejo, desnudo, ojos mates mirando fijamente las estrellas, a las que la muerte no afecta.

—Entra —dijo Festin.

La sombra de Voll lloriqueó, pero Festin se acercó más. Voll retrocedió, se detuvo, y penetró por la boca abierta de su propio cuerpo muerto.

El cadáver se desvaneció de inmediato. Sin marcas, immaculados, los secos cantos rodados centellearon bajo la luz estelar. Festin estuvo allí de pie un rato, luego se sentó a descansar sobre unas grandes rocas. A descansar, no a dormir; debería montar guardia hasta que el cuerpo de Voll, devuelto a su tumba, se convirtiera en polvo, y desapareciera todo su maléfico poder, esparcido por el viento y arrastrado por la lluvia hasta el mar. Debería vigilar aquel lugar, donde una vez la muerte había encontrado el camino de regreso al otro mundo. Paciente, infinitamente paciente, Festin esperó entre las rocas por las que ningún río volverá a correr, en el corazón del país donde no hay costas. Las estrellas permanecían fijas sobre él; y mientras las miraba, lenta, muy lentamente, empezó a olvidar la voz de las corrientes y el sonido de la lluvia sobre las hojas del bosque de la vida.

POEMAS DE ENSUEÑO

Gordon Grant

Gordon Grant es escritor y fotógrafo. El, su mujer y su hija pequeña viven a las orillas de un río del estado de Washington. De los dos poemas que siguen, dice: «Simplemente, sobreviven a la transición entre el sueño y el despertar, y dictan sus propias formas».

CANCIÓN ENCALLADA

Estoy buscando el gran barco
que se dibuja dentro del amanecer,
el barco de la muerte.
Estoy buscando el barco,
el barco de la muerte,
el gran barco,
que tiene una alta proa para las travesías.
Lo han ocultado
los sabios
en un lugar entre arenas luminosas,
en el amanecer.
Allí hay muchos más.
Todo el mundo está preparando sus barcos,
todo el mundo está preparando sus barcos
en el amanecer.
Cada mañana, atravieso el lugar
con mi barco envuelto en luz.
Gentes altas como remos
están preparando sus oscuros barcos
todas las mañanas,
todas las mañanas,
cuando busco mi gran barco,
oyendo perpetuamente el susurro del océano.

EL AMULETO

Ya no está con nosotros,
ya no está con nosotros
el viejo: fue traicionado.
El joven y ciego búfalo-chamán
es ardiente y amargo;
grita amargos gritos
al arrojarse sobre el acusado,
a la garganta del acusado,
con su bífido bastón listo para matar.
Le agarró los hombros,
le agarró los hombros
mientras chilla llamando a la muerte.
Veo al viejo como un halcón azul,

medio vuelta la cabeza.
Veo al viejo con el ojo de mi magia,
el ojo de mi magia que horada el cielo...
«¡Quédate!», brujo.
Levanto la mano izquierda,
bífida como el bastón curativo,
curva como la luna nueva,
y sujeto con ella el halcón azul,
sobre el ojo de mi magia que para ellos ve.
¡Vedle como es!
El halcón azul, del que no es posible decir
si se halla muy lejos,
si se halla tan cerca como el corazón.
Llévatelo, llévatelo,
como una azul burbuja de rabia,
hasta que encuentre la vida...
Ha encontrado la vida.
Con la misma forma del halcón azul,
vuelve la cabeza para mirarte.
Ha encontrado la vida.
Tal es su magia,
tal es su magia,
que utiliza con honor.

LA ASOCIACIÓN CULTURAL YUKIO MISHIMA DE KUDZU VALLEY, GEORGIA Michael Bishop

Envié una copia de este relato a una amiga que estudia, japonés. Admitió, desconcertada, que le había divertido mucho. Yo lo encontré realmente hilarante, por lo que quise averiguar sus reservas. La raíz de su incomodidad se debía, como se demostró, a que mi amiga pensaba que la historia podía llegar a ocurrir. Amable lector: como no estás contaminado, esperamos, por largas charlas académicas paseando por el campus, que disfrutes de esta fantasía tal como es.

A diferencia de su narrador, Michael Bishop está muy al corriente tanto del Japón como de su arte. Su reciente libro *Catacomb Years* (Años de las Catacumbas), describe un estado de Georgia, en un futuro cercano, inundado por las vides de Kudzu.

1 de junio de 1915

Soy un nuevo residente en Kudzu Valley, Georgia. Tras perder mi puesto docente en la universidad estatal, he venido a Kudzu Valley para: 1) amargarme; 2) encontrar alivio en la vida rural; 3) sacar a los habitantes del valle de su encantador pero disoluto provincialismo; y 4) conseguir durante mi exilio suficiente decisión y apoyo interno como para intimidar al infame director a restituirme a mi puesto como profesor de la sección de literatura comparada del Departamento de Lengua Inglesa, preferiblemente, con ciertas cláusulas añadidas a mi contrato que garanticen la paga, una oficina privada en el más antiguo y muchos más prestigioso pabellón de Park Hall, y el reembolso de todos los

gastos causados por «los inconvenientes y sufrimientos infligidos al señor M. por una burocracia insensible». Así es cómo lo imagino.

Ya lo ven, he sido expulsado a causa de mi última graduación (un título que conseguí con una tesis titulada «Mather Biles: su papel en la introducción del pareado heroico desde Inglaterra a las Colonias Americanas») en la universidad estatal, y el administrador declaró que el interés del catolicismo y el cosmopolitanismo, sin necesidad de mencionar el incremento educacional en el recinto del campus, no lo necesitaba nadie para ganar una licenciatura en nuestra institución y que en adelante podía tenerla en las salas de lectura. Un tabú, si les parece, contra el «incesto intelectual». Había excepciones en su primitiva dirección, naturalmente, pero yo no era una de ellas.

Aquí, en Kudzu Valley, me he propuesto dedicarme a la Proposición Número 1 (ver más arriba) no menos de dos meses pero no más de tres; a la Proposición Número 2, todo el tiempo desde el fin de mi amargo declive hasta mi triunfante regreso a la sección de lit. comp.; a la Proposición Número 3, siempre que la ocasión se presente; y a la Proposición Número 4, cuando haya terminado con la observancia de cada una de las tres proposiciones anteriormente citadas. Dado que soy soltero y vivo en la casa que me ha dejado en herencia el cáncer craneal de una prima lejana («Esta ciudad lleva muriendo más tiempo que yo —se dice que la anciana, una tal Clarabelle Musgrove Sims, dijo a su médico al final de sus días—. Intento que recobre su vitalidad cuando yo muera»), debo ser capaz de dedicarme por completo a todas esas variadas empresas sin ningún estorbo significativo.

23 de octubre

Mi autoimpuesta prisión de amargo declive ha durado ya cuatro meses en lugar de los tres previstos; he salido de mi soledad para entrar en un período de meditativa aclimatación. Y así, la señora Bernard Bligh Brumblelo —la más famosa leona social de la ciudad y, según me dijo por teléfono, «una querida amiga de su bienamada y desaparecida prima Clarabelle»— me invita a tomar el té. Y he aceptado, no porque me apetezca el té ni la señora Bernard Bligh Brumblelo, sino porque espero que este asunto me ofrezca la simpática posibilidad de llevar a cabo la Proposición Número 3.

Los otros invitados en la inmaculada casa —un hogar totalmente automatizado— de la anciana eran Ruby y Clarence Unfug (de Electric Unfug), el tendero Spurgeon Cree, Lisbeth y Q. B. Meacham (de la droguería de Kudzu Valley), el plomero y electricista Augustus Houseriser, la cuidadora de guardería Lonnie Pederson y su esposo, Tom, que trabajaba en la factoría de pollos del valle, y, sorprendentemente, al menos para mí, la predicadora negra Fontessa Boddie. Nos presentarnos mecánicamente. El té y la sidra caliente ya están servidos.

Un número insuficiente de sillas nos obliga a sentarnos en la alfombra de mezcilla de la señora Brumblelo, pasándonos los canapés y el té de mano en mano y dando, me temo, más de un disimulado bocado. Discutimos, por turno, de cuatro tópicos mientras nuestra anfitriona se ocupa de sus cosas en la cocina: 1) La enfermiza salud de los negocios de Kudzu Valley, 2) la pobre atención a las dos iglesias de la comunidad, 3) el casi inevitable proyecto de inundación del valle cuando la legislatura estatal apruebe la construcción de una nueva presa, y, 4) la apatía pública frente a diversas amenazas al bienestar general.

—Pero —dice la señora Brumblelo cuando por fin sale de la cocina— me gustaría saber si nos vamos a limitar a hacer un refrito con los problemas de Kudzu Valley, incluyendo a nuestro alcalde y al departamento de policía, que no hacen nada, o a poner al corriente al joven primo de Clarabelle, señor M., que hace tan poco tiempo que está con nosotros.

Por último, dejamos atrás el fatigoso catálogo de tópicos (ver más arriba) que tuvo la exclusiva en los últimos treinta o cuarenta minutos, y volví a prestar atención.

—¿A qué se dedica? —quiso saber Augustus Houseriser.

—A nada—dije—, por ahora.

Todos parecieron sopesar mi respuesta.

—¿A qué se dedicaba? —preguntó Fontessa Bodie, salvadora de un momento insostenible.

Hablé sobre la sección de lit. comp. del departamento de Lengua Inglesa de la universidad estatal.

—¿Qué es exactamente, por favor, el negocio de «lit. comp.»? —preguntó Clarence Unfug.

Me reí entre dientes dándome cuenta del modo que había interpretado la mujer la abreviatura —inadvertidamente, claro— y que sonaba como una nota en latín a pie de página. Le dije:

—Es una disciplina cuya finalidad consiste en descubrir relaciones significativas entre diferentes obras de literatura, salvando las barreras de lenguaje y tiempo.

La pequeña Lonnie Peterson, cuya papada de su marido Tom debía ser parte de su sueldo (supongo) por el precocinado de los pavos, dijo con un tono de simpático resentimiento:

—¿Por ejemplo, señor M.?

—Bueno —reconocí—, uno de los estudiantes de nuestra sección acaba de componer un folleto sobre las similitudes entre las obras del escritor francés Proust y las del novelista japonés Yukio Mishima.

—Oh, a mí me encanta Proust —dijo la señora Brumblelo, que es una hembra literariamente frustrada como se puede esperar de una leona que hace tales manifiestos (tiene una pared repleta de Lecturas Condensadas del Reader's Digest)—; es soporífero.

Pero ni ella ni nadie parecía haber oído nunca hablar de Yukio Mishima, y la señora Brumblelo me pidió que escribiera el nombre en una servilleta. Mientras tanto, le conté al grupo lo del melodramático suicidio de Mishima en 1970, hablando un poco sobre el significado del seppuku y sus diversas técnicas, y explicando lo mejor que pude —porque la verdad es que, realmente, es algo que está fuera de mi campo de mayor experiencia, Literatura Americana Primitiva— por qué un escritor en la cumbre de su poder hizo una cosa tan repelente como esa. Incluso el lacónico Spurgeon Creed estaba visiblemente animado durante mi exposición: los lóbulos de sus orejas se le ruborizaron, como obscenos péndulos rosados, y empezaron a oscilar. Los Unfug estaban con la boca abierta, los Meacham tranquilamente estupefactos. Y con aquella recompensa fue cómo cumplí con mi Proposición Número 3.

Fontessa Boddie dijo:

—¿Se mató de aquel modo tan horrible para protestar por el declive de su país?

Incliné la cabeza en señal de asentimiento.

—Es muy interesante—dijo la señora Bernard Bligh Brumblelo—; pero que muy interesante.

Mientras nos daba las buenas noches y nos acariciaba a los diez (fui el último en salir por la puerta), la mujer refunfuñaba una y otra vez, como si quisiera fijar las palabras en su memoria: «Yukio Mishima, Yukio Mishima, Yukio...».

Un presentimiento me acompañó al exterior, un presentimiento tan lloriqueante como todos ellos.

25 de octubre

Dos días después recibí esta nota de la leona:

Kudzu Valley está cometiendo suicidio por rebeldía, señor M., y los viejos salvadores del orgullo privado, la religión, el espíritu de comunidad y libre empresa han naufragado. Tras consultas telefónicas con los Unfug, Fontessa Boddie, los Meacham, los Pederson, Spurgeon Creed y Augustus Houseriser he llegado a la conclusión de que lanzar adelante

la idea de la Asociación Cultural Yukio Mishima nos ayudaría a salvarnos del abismo. Todos le agradecemos su maravillosa idea, y tengo el placer de informarle, querido señor M., que ha sido elegido unánimemente como nuestro presidente.

9 de noviembre

No estoy encantado. Sin embargo, me complace la unánime petición de la «élite» social de Kudzu Valley. Si no era yo, ¿quién podría asumir la presidencia de aquella asociación, tan mal concebida e incongruente como podía esperarse? Uno debe aceptar las responsabilidades, y correr con la pelota, incluso si la pelota estaba —como decían— fuera de la banda izquierda. Aquel era un sentimiento que los líderes nacionales desde Valley Forge A Chappaquiddick, y más allá, frecuentemente endosaban a causa de su peligrosidad. Después de todo fui yo quien había empujado a la señora Brumblelo hacia Mishima, y era evidente que aquello había derivado en una sociedad dedicada a la vida y obras de un autor extranjero.

Como dijo Fontessa Boddie en una asamblea de organización en el gimnasio de la Escuela Elemental de Kudzu Valley, dos noches antes:

—Le vamos a dar una buena patada al viejo Joel Chandler Harris, y le vamos a mandar muy lejos, amigos.

Presentes en aquella asamblea, por sorprendente que parezca, había 110 personas, de las doscientas aproximadamente que formaban la población de toda la ciudad y sus alrededores.

Mi primer acto oficial como presidente fue pegar un martillazo para llevar aquella asamblea al orden y presidirla sobre las discusiones consiguientes. Lo más ardiente fue lo relacionado con el nombre de nuestra sociedad, pues Berle Maunder, el propietario de la tienda de ofertas para la construcción de East Broadway, expresó algo concerniente a que nuestro acróstico podía dar lugar a confusión entre los forasteros. Sugirió que debíamos seguir la costumbre japonesa y poner primero el apellido y luego el nombre, con objeto de poder evitar cualquier posible confusión.

Sentada a mi derecha, en la cabecera de la mesa, la señora Brumblelo tuvo la palabra final:

—No hay ningún otro grupo en Kudzu Valley, señor Maunder, y desde el momento en que éste es sólo para residentes de nuestra área inmediata, no veo razón alguna para no utilizar nuestra elección original. En cualquier caso, pienso que es mucho mejor que seamos capaces de recordar las iniciales de nuestra propia asociación.

12 de noviembre al 2 de diciembre

Tuve que pegar carteles de «¿Quién es Yukio Mishima?» en todas las plazas públicas. Eran caros carteles en negativo encargados a Atlanta. En ellos, Yukio Mishima estaba desnudo a excepción de un taparrabo, atado de manos y pies, atravesado su cuerpo por muchas flechas de cruel aspecto. Es una pose de un santo del Oeste, me han dicho, en quien se había interesado nuestro novelista oriental; no sabía de qué santo se trataba, puesto que ninguno de ellos se hallaba dentro de mi área de mayor experiencia. Los carteles eran llamativos, un estilo sensacionalista de pacotilla. Los coloqué en la oficina de correos, en la lavandería, en la estación de Greyhound, en dos estaciones de servicio y garajes, y en la antesala del Banco de Comerciantes y Granjeros de Kudzu Valley.

En Kudzu Valley no hay librerías ni quioscos. El Bazar de Cinco y Diez tiene un anaquel giratorio con algunos libros, pero la mayoría son títulos de Dale Evans o Pat Boone.

Encargué al distribuidor de Nueva York copias de la obra final de Mishima, la tetralogía que llamó El Mar de la Fertilidad. Los libros llegaron en sólo tres semanas. Clarence y Ruby Unfug acordaron colocar la novela en la ventana de Electricidad Unfug. Ruby y Clarence mantuvieron su palabra. Un bucólico lunes por la mañana pasé por delante de

su tienda y vi ejemplares de Nieve de Primavera, Caballos Fugitivos, El Templo del Amanecer y La Caída del Ángel en la parte frontal de la ventana —entre los calentadores de propano, los acondicionadores de aire, los calentadores de agua a gas y eléctricos, ventiladores portátiles, tostadoras de pan, hornos de microondas y abrelatas automáticos.

Los Unfug, desde dentro, me saludaron con la mano con mucho entusiasmo. El negocio estaba muy animado. Mientras estaba en la acera preguntándome lo que debía hacer para encarrilarme a fondo hacia el cumplimiento de la Proposición Número 4 de mi lista de esfuerzos de alta prioridad, un quinceañero negro salió de Electricidad Unfug con una brazada de libros.

—Hola, señor—dijo, y siguió calle abajo.

Kudzu Valley se desbordaba aquellos días de buenos deseos, y descubrí que la señora Bernard Brumblelo y el resto de la intelectualidad, aparte de eso, perjudicaban a los habitantes de su pacífica localidad como yo. Algo en la iluminación era desquiciante: apreté la mano en la inmaculada placa de la ventana acristalada de Electricidad Unfug.

¿Cómo iba a decirles a todas aquellas personas que en mi vida no me había leído una novela entera de Yukio Mishima? ¿Cómo iba a impresionarles con algo sobre lo que no entendía?

14 de diciembre

En el Constitution de Atlanta de esta mañana leo:

La legislatura ha concedido los fondos necesarios para la construcción completa de la presa Cusseta sobre Kudzu Valley. Se espera una pequeña resistencia a este plan por parte de los habitantes de la zona.

«Los afectados serán indemnizados rápida y generosamente —dijo ayer el senador del estado Ira Weems—, y las oportunidades recreativas que serán asequibles en cuanto la presa esté acabada invertirán el declive económico que están experimentando».

Eso significaba que me van a pagar por la casa de Clarabelle Musgrove Sims. Eso significaba que, indirectamente, voy a recibir una herencia en efectivo. Salí a la plaza, hablando conmigo mismo sobre el cumplimiento de la Proposición Número 4; después de todo, todas las otras vendrán a continuación, y en la Proposición Número 3 estoy desarrollándome bastante bien, bastante bien...

3 de enero de 1976

Yukio Mishima a Donald Keene, está anotado en la sección Sobre el autor de cada uno de los cuatro volúmenes de la tetralogía: «El título El Mar de la Fertilidad, pretende sugerir la aridez del mar de la Luna que contrasta con su nombre. O puede que superponga la imagen de nihilismo cósmico sobre la fertilidad del mar».

Fontessa Boddie ha estado pidiendo votos por Kudzu Valley, haciendo suscripciones para la construcción de una nueva iglesia. En estos momentos, Kudzu Valley cuenta con una Iglesia Baptista y con otra Metodista; no hay ninguna Iglesia de Nihilismo Cósmico. Fontessa Boddie recauda fondos para construir la Primera Iglesia de Nihilismo Cósmico en el mismísimo valle. (Llevaba en la cara la adversidad y probablemente las prohibitivas noticias sobre el capital. Fontessa Boddie, anteriormente de profesión liberal, quiere hacer más o menos de ministro permanente de la nueva Iglesia.)

Le di dos dólares.

26 de marzo

Todo este asunto se me ha ido de las manos; se me ha ido monstruosamente de las manos. Cuando acudo a la escuela elemental durante las pausas del recreo, los chicos están en el patio del colegio batiéndose en duelo con cañas de bambú, practicando karate o meditando como budistas hosso frente a los columpios o las paralelas. Los de blanco y los de negro gritan «¡Kendo!» o recitan inefables plegarias budistas.

La construcción de la Primera Iglesia de Nihilismo Cósmico de Fontessa Boddie está a punto de completarse, y los ministros baptista y metodista han abjurado públicamente de sus respectivas denominaciones protestantes para poder hacerse miembros del rebaño de miss Boddie.

Esta noche es posible que vaya a la escuela elemental para escuchar a niños y adultos leyendo informes tópicos relacionados con Mishima. Una tarde, cuando ya no podía soportar por más tiempo el silencio obsesivo del salón empapelado de Clarabelle Musgrove Sims, me fui a la escuela y escuché estos informes:

1. «Takamori Saigo: ¿El último Samurai?»
2. «Enjo de Ichikawa: Mishima en el cine».
3. «La influencia de lady Musaraki en Yukio Mishima».
4. «Masculinidad y homosexualidad en Colores prohibidos de Mishima».
5. «La Era de Meiji y el Japón Contemporáneo».
6. «Nieve de primavera: Kiyooki Matsugae como analogía romántica del autor».
7. «Seppuku: La muerte de un hombre honorable».

Muchos de aquellos informes, estoy seguro, estaban anotados incorrectamente, y los niños no modulaban bien sus voces.

Ayer, en el banco, un desconocido me preguntó si yo creía que Mishima y Proust habían sido influidos por Ruskin; aquel forastero era un granjero vestido con una bata de ferroviario, y me hizo saber que había escrito recientemente a la sección de lit. comp. de Lengua Inglesa de la universidad estatal, «ya saben, para cualquier información adicional que tengan sobre el viejo Mishima». Me fui sin cobrar mi cheque. Gracias al cuerno de la abundancia de la buena voluntad de los ciudadanos, yo mismo podría crearme de nuevo en un entorno universitario. No, no exagero el caso..., pero era evidente que el advenimiento de la Asociación Cultural Yukio Mishima había conducido a aquella gente a extremos impropios de comportamiento.

Todo este asunto se me ha ido de las manos; se me ha ido monstruosamente de las manos.

La pasada noche, por ejemplo, la paradigmática observadora de las propiedades, la señora Bernard Bligh Brumblelo, pasó por mi casa, a las 10.17 de la noche, sin haberme llamado por teléfono para avisarme. Primero me puse cómodo con mi bata de Edgar Allan Poe y le preparé el té. Ya en el salón me entretuve intentando, en aras de la modestia, que mis rodillas estuvieran juntas. La señora Brumblelo no notó nada inoportuno; no reconocía lo indecoroso de su visita a una hora tan intempestiva, pues ya había llegado muy lejos la locura generalizada.

—Usted ya sabe que antes realmente de hacerse el seppuku —dijo la señora Brumblelo, con su delgada cara alargada en un óvalo distorsionado—, Yukio (últimamente le llamaba Yukio) escribió a un amigo norteamericano para decirle que no sabía qué podría escribir cuando acabase con su tetralogía, y que aquello le atemorizaba. ¿Lo sabía, señor M.?

—No—dije.

—Oh, déjeme leérselo. Lo tengo precisamente aquí. —La señora Brumblelo sacó de su bolso un recorte de revista. Temblaba en sus manos—. «¿Qué temas?» —leyó—. «Después de todo, es un gran libro.» Esto es lo que preguntaba su amigo norteamericano, mire, señor M., y esto fue lo que Yukio replicó: «Sí, lo sé. lo que me temo es que realmente no sepa por qué». Conmover, conmover, para mí ha sido una completa revelación, señor M., de verdad, auténticamente.

Los ojos violeta transparente de la señora Brumblelo se llenaron de lágrimas; con la ayuda de un pañuelo bordado se embadurnó con las lagrimas, mientras las venas de su vieja cara ojerosa me ofrecieron un espantoso primer plano anatómico.

Para hacer el asunto todavía más desagradable, después de que se marchase la señora Brumblelo tuve un sueño en el que Clarabelle Musgrove Sims dormía en mi dormitorio —la habitación en que ella misma insistió en morir— y me forzaba a beber agua de la parte superior de un cráneo humano.

—Completamente rejuvenecedor —decía—, si pones el corazón en ello.

Yo nunca había sido parte de su séquito, y por aquella razón despené bañado en un poco cálido o moderadamente frío sudor. Debo reconocer que todo este asunto se me escapa monstruosamente de las manos.

3 de abril

Recibo una invitación formal que lleva un monograma que se parece a una mariposa flotando: una gran B con otras dos más pequeñas y superpuestas.

Querido señor M.:

Los miembros de la Asociación Cultural Yukio Mishima de Kudzu Valley, Georgia, y alrededores, tienen el honor de invitarle a usted a comer con ellos seppuku el próximo día último de abril, a las dos de la tarde, en el salón de la Oficina de Correos de los Estados Unidos. Este evento servirá como: 1) dramática protesta frente al pragmatismo sin sentimientos de la burocracia del estado, 2) irrevocable adiós a nuestro conciliador y apático pasado, 3) el cumplimiento de los últimos deseos de su prima, miss Clarabelle Musgrove Sims (que indirectamente conoce), y 4) un sincero homenaje a Yukio Mishima, quien nos ha salvado con su ejemplo.

Hemos acordado que como presidente de nuestra asociación, usted, señor M., debe por derecho tener la oportunidad de preceder al resto de nosotros en la resolución de todas las propuestas anteriores. Que ese honor, si lo desea, sea suyo.

Suya en Yukio

Señora Bernard Bligh Brumblelo

Se ruega contestación.

Estoy furioso. Están locos. Tontos de pueblo. Torpes patanes con aspiraciones literarias. Tiro por el salón de mi prima un plato de porcelana decorativa, que se destroza en la chimenea chirriando y rompiéndose en una diversificada población de acusadores fragmentos.

Más tarde, más calmado, lo lamento.

1 de junio

Ayer por la tarde, todo el mundo en Kudzu Valley, Georgia, con la única excepción de un niño con menos de seis años y un solo adulto responsable, cometieron seppuku en el patio de la Oficina de Correos de los Estados Unidos. Esta mañana, el Constitution de Atlanta, en un reportaje firmado por Sybyl Celeste, dice que la ceremonia fue «amorosa».

Mi mano tiembla. La temblorosa superficie de mi café, en una taza de porcelana pintada a mano, me devuelve la imagen desconcertada de un hombre cuyas proposiciones han fracasado. Por su premeditada traición, ya ven, la señora Bernard Bligh Brumblelo y todos los demás conspiradores han hecho de mí el único adulto que habita en esta anémica, ruinosa, apartada comunidad.

Vivo en Kudzu Valley, Georgia. Querido, querido Dios, ¿qué se supone que debo hacer?

EL DOMINIO DEL BRUJO
Elizabeth Lynn

La carrera de Elizabeth Lynn corrió serio peligro en la escuela secundaria cuando un amable profesor de lengua inglesa le dijo que nunca podría escribir. Años después, El dominio del brujo fue la primera historia que Elizabeth fue capaz de completar. Lo cual es todo un triunfo.

Lynn es autora de una trilogía de fantasía, *The Chronicles of Tornor* (Las crónicas de Tornar), compuesta por *Watchtower* (Atalaya), *The Dancers of Arun* (Los bailarines de Arun) y *The Northern Girl* (La chica del norte).

Contaban esta historia en los Condados del Este, en Ryoka. La casa de la Bahía de Kameni ha desaparecido, cubierta por la inquieta arena. En el caso de que Shea, el Señor del Mar, viva todavía, será ya muy viejo, y su poder habrá desaparecido. Pero la bahía aún permanece, gris y fría. Rizada espuma blanquecina crece y se dirige a la orilla una y otra vez. El viento azota la superficie del errabundo océano, y si pudierais permanecer en las rocas que desgarran el agua de la bahía, podríais oír, efectivamente, los sonidos que hace un hombre al sollozar.

En los tiempos en que ocurrió esta historia había brujos en Ryoka, grandes brujos, y brujos más pequeños. Algunos tenían nombres que la gente del pueblo podía citar. Otros no tenían nombre. Algunos vivían en cavernas, campiñas y montañas. Otros vivían en casas, y tenían la apariencia de los mortales y hablaban su mismo lenguaje. Uno de estos últimos era Shea. Nadie está seguro por completo de cuándo apareció por primera vez, guiando su nave, la *Atrapavientos*, en dirección al puerto de Skyeggo, aquel hombre ni alto ni bajo, silencioso y vestido de gris. Construyó una casa en las orillas de la Bahía de Carneni y contrató criados para que le atendieran, y encargó un navío en el puerto de Skyeggo y, cuando lo hubieron construido, contrató marineros que lo tripularan. Pagó con un oro que no se fundía. La nave viró hacia el sur, y hubo quien juró que no volvería. Pero cuando regresó, abarrotada de especias, maderas finas, plata y toda clase de objetos preciosos, cesaron los rumores. Cuando Shea se hizo construir una segunda nave, y una tercera, los mercaderes de Ryoka empezaron a hacerse preguntas. Fletó la segunda nave, y la tercera, y ambas regresaron. De ese modo, Shea, Señor del Mar, atrajo a la gente a su servicio, y se dijo que pocos lo lamentaron. Ladrones y granujas no encontraban sitio junto a él, pero las personas honestas siempre eran bien recibidas. Andando el tiempo hubo algunos que pudieron llamar a Shea «amigo».

Uno de ellos era Rhune. Había capitaneado la primera nave, sin saber adonde se dirigía ni qué iba a encontrar, pero confiando en la palabra del brujo. (Lo que encontró en las tierras sureñas no forma parte de este cuento.) Era un hombre alto, silencioso, difícil de encolerizar, pero temido en los muelles por su habilidad en el combate. Se le veía a menudo paseando por la ciudad o por las orillas de la Bahía de Kameni en compañía de Shea. Nadie se sorprendió en los muelles cuando Shea le nombró almirante de su flota.

Pero un otoño Rhune se marchó —dicen que se desvaneció en la noche—, y en la ciudad corrió el rumor de que había ofendido a su amo, el brujo, y que había pagado un vergonzoso y terrible castigo por su ofensa. La gente decía que había muerto, o algo peor, o que estaba prisionero en algún sitio, en algún infierno conocido sólo por los magos. Las murmuraciones fueron creciendo y desplazándose hacia los Condados del Este. Pero siempre cesaban dondequiera que Shea volviera sus fríos ojos, grises como el mar. La gente aprendió a no pronunciar el nombre de Rhune cuando el Señor del Mar pudiera oírlos, y Birne, otro de los capitanes de Shea, fue nombrado nuevo almirante de la flota.

Pero los recuerdos se desvanecen y las lealtades humanas son veleidosas. Nuevas historias circularon por la plaza del mercado y los muelles de Skyeggo. Un atardecer de otoño, Shea les dijo a sus sirvientes:

—Quiero pasear por la bahía. No me molestéis.

Y los sirvientes le despidieron con una reverencia, sin hacer preguntas, pues habían oído aquella misma orden muchas otras veces, aunque, a decir verdad, no tantas a tan tardía hora.

Shea caminó por el borde de la arena. Observaba el ir y venir de las olas. Se arremolinaban a su alrededor, sin tocarle, dejándole un espacio libre en la húmeda arena. Shea avanzaba. Las olas retrocedían.

El mago habló en voz alta.

—¿Rhune? —llamó.

El agua le contestó dentro de su mente.

¿Vienes a reconciliarte, Shea? ¿A demostrar tu satisfacción por tenerme aquí prisionero?

Shea no contestó, pero hizo un gesto con la mano. El mar cambió. El viento bramó, silbó y encrespó las olas, y éstas se arrojaron contra las rocas.

Shea las calmó.

—Todavía estás encolerizado —dijo.

¿Acaso me faltan motivos?, gritó la voz que sólo él podía oír.

—¿Acaso me faltan a mí? —dijo Shea, a su vez.

Pasó un buen rato antes de que la respuesta llegase a su mente.

No, no te faltan.

Shea esbozó una media sonrisa.

—Rhune, ¿quieres que te libere?

Silencio.

—Nunca me lo has pedido —dijo suavemente—. Te conozco. Me comprarás tu libertad. Rhune, por un precio te liberaré ahora mismo.

¿Qué precio?

—Necesito tu ayuda.

¿Mi ayuda?

—Necesito tu habilidad y tu fuerza. Necesito tu conocimiento de los hombres. Necesito tu astucia, la misma con la que me traicionaste, y tu falsedad.

El agua sollozó. Durante mucho tiempo no hubo respuesta. Finalmente, las palabras llegaron.

Te ayudaré, Señor.

Shea sonrió abiertamente y levantó las manos para llamar a los vientos.

En la bahía, un gran remolino de agua ascendió, como humo líquido y oscuro, chupado del océano por el viento. Era inmenso y negro. Poco a poco fue reduciendo su tamaño. Cuando alcanzó la altura de un hombre de elevada estatura, una cabeza emergió del remolino y, según éste seguía bajando, fueron apareciendo los hombros, el pecho, la cintura, hasta que la figura de un hombre desnudo quedó entre las olas con el agua hasta las rodillas. Vadeó hasta la orilla lentamente. Era alto y corpulento, de rubios cabellos que le llegaban más abajo de los hombros. Respiraba pesadamente, tiritando.

Shea se quitó la capa gris que llevaba y la depositó sobre los musculosos hombros de Rhune.

—Ven —dijo.

Juntos, sin volver la vista atrás, caminaron por la playa hasta la casa.

El sol del alba penetraba por las ventanas del oeste. También el sonido del mar. Rhune se sentó junto a la ventana, escuchando el ruido de las olas. Hacía un año que no lo oía; el mar no deja oír su propia música.

A los pies de la cama habían puesto ropa para él. Recordó, con cierta diversión, la mirada en la cara de los sirvientes cuando llegó a la casa, desnudo, mojado. Shea había impartido unas pocas órdenes y luego se había desvanecido por la parte trasera de la

casa. Los sirvientes, a todos los cuales conocía, le llevaron a Rhune toallas, ropas, comida. Casi había olvidado el sabor del pan, el tacto de la seda.

La luz del sol rayaba el coloreado techo de tejas cuando se vistió y atravesó las puertas de la terraza para ir al encuentro del señor de la casa. Como esperaba, Shea estaba sentado en la playa.

El Señor del Mar se volvió mientras Rhune avanzaba silencioso por la arena.

—Buenos días —dijo cortésmente—. ¿Has dormido bien?

Rhune sonrió.

—Sí. Gracias.

Se sentó tranquilamente junto al brujo.

—Tu reaparición ha turbado un poco a mis sirvientes —dijo Shea.

—¿Dónde creen que he estado? —preguntó Rhune.

—Ellos nunca se plantean esas cosas—dijo el brujo.

Rhune bajó la mirada hacia sus manos. No había diferencia alguna desde la última vez que se las había visto, un año antes. «Cuando no debí pensar en la brujería, ni en las cosas de la brujería», pensó.

Mantuvo oculto su enfado y dijo:

—Son prudentes. Estoy seguro de que los marineros y los capitanes del puerto también se sorprenderán.

—No volverás a ser capitán, ni marinero —dijo Shea.

—Entonces, ¿para qué he vuelto?

—Para ser guerrero. Para que te unas a mí, si quieres, en una misión de gran importancia y llena de aventuras.

Rhune torció la cabeza y miró al brujo interrogativamente. Salvo cuando hablaba en broma, a Shea no le gustaba expresarse dramáticamente. Pero los grises y cambiantes ojos estaban serios. Shea señaló el agua.

—Mira—dijo.

Rhune miró hacia su prisión y vio un volcán, todo verde y gris, moviéndose, alzándose de las olas, vomitando fuego húmedo.

Luego, se hundió nuevamente en la bahía, y las olas que provocó su caída acudieron a la playa, rodeando a los dos hombres sentados en ella.

—¿Qué te recuerda? —dijo Shea.

—Es fácil. La Montaña de Fuego —repuso Rhune suavemente.

Se llegaba al gran volcán después de un viaje de cuatro días a partir de Ryoka. El volcán era dominado por Seramir, Señor del Fuego. El volcán estaba en calma, su fuego parecía extinguido. Pero en otros tiempos, Seramir había sido muy poderoso. Setenta años antes, sus navíos habían zarpado de la Montaña de Fuego, negros navíos de velas rojas y dragones brillantemente pintados en su proa. Hombres mal encarados y armados habían salido de las naves para arrebatar la salud y la belleza a las ciudades de la Costa Este.

Khelen, la Hechicera, gran bruja en otros tiempos, llegó del oeste para oponer magia a la magia. Cuentos acerca de la batalla circulaban de un confín a otro de Ryoka. Fue una lucha terrible. Pero Khelen prevaleció. Las naves fueron destrozadas, los hombres muertos a golpes, ahogados o quemados, y Seramir mendigó paz. Por los términos de aquella paz se le confinó en la Montaña de Fuego, prohibiéndole navegar, o enviar a otros a que lo hicieran por él, a más de un día de viaje de sus propias playas.

Sin embargo, Seramir seguía siendo temido en los condados costeros. La gente hablaba con terror del señor de los ojos de fuego rojo. Y las naves mercantes que iban o venían de Skyeggo pagaban tributo en oro a los capitanes de las naves del gran dragón.

—La Montaña de Fuego, sí —dijo Shea—. Donde vive Seramir, el Señor del Fuego, donde acecha..., donde odia.

—¿Odia? —dijo Rhune, que sabía algunas cosas sobre el odio.

—Odia... la tierra, sus ciudades, su gente. Está envejeciendo. Su poder mengua y, en la misma proporción, aumenta su pasión y desea ardientemente su crecimiento. Sin embargo, el único poder que ejerce sobre Ryoka es el poder de su tributo..., ¡él, que es Señor del Fuego! Se irrita. No necesita oro; ¿qué es el oro para un brujo? Yo puedo hacer oro de la arena. El también puede. Lo que desea vehementemente es poder.

La certeza que había en la voz de Shea hizo que Rhune se estremeciera.

—¿Está loco? —preguntó.

—Un poco. No olvides que incluso los magos nacieron humanos.

«Puedo comprenderle —pensó Rhune—. Yo mismo, una vez, estuve loco.»

—Hablas de guerra —dijo Rhune—. Creo que cuando Khelen le venció, Seramir juró que nunca más guerrearía contra Ryoka.

—Juró que nunca enviaría hombres o barcos a quemar las ciudades o a saquear las tierras. Y ha cumplido su promesa. Sólo que... —Shea se movió, y la arena se deslizó bajando por la duna—. Parece que el fuego de la tierra está creciendo sin descanso. Desde toda Ryoka, desde las mismas fronteras de los Condados del Oeste, llegan informes de grietas que desgarran la tierra, rocas que se mueven y caen, corrientes de vapor. Los acantilados de Mantalo hicieron erupción hace un mes, sumergiendo a hombres y naves en lagos de fuego líquido. Murieron cuarenta personas. Una pequeña montaña de fuego se yergue ahora en el puerto.

Rhune recordó el puerto de Mantalo, azul, blanco y dorado, lleno de barcos de altos mástiles balanceándose al sol. El horror le inundó.

—¿Lo ha hecho Seramir?

—Creo que sí.

—¿Cómo llega tan lejos su poder?

Shea sonrió, como si aprobara la pregunta.

—Algún plan o alguna estratagema ha encontrado, o comprado, y que le permite alcanzar hasta los Condados del Oeste. Hay leyendas acerca de cosas parecidas en los libros de sabiduría.

—¿Es posible pararle?

—Debe hacerse —dijo Shea—. Pero Khetel está muerta, y hay muy pocos con poder suficiente para desbaratar sus planes. La maldad, la voluntad para engañar y aniquilar, galopan de nuevo.

Rhune miró hacia la bahía.

—Tú eres el Señor del Mar —dijo—. ¿No puedes hundir su isla en el océano?

—No tengo ninguna estratagema para poder lanzar hechizos a tanta distancia. Lo mejor que puedo hacer es acercarme a él.

Rhune parpadeó.

—¿Acaso no te conoce? —preguntó dudoso.

—No iría yo solo, ni como yo mismo. Está preparado, me espera a mí o a alguien como yo. Pero ¿y si fuera Rhune, amigo, servidor y traidor del Señor del Mar..., liberado por el brujo en un momento de piedad... o de debilidad? Él sí puede navegar hasta la Montaña de Fuego. Y con él, naturalmente, iría su sirviente.

Shea cruzó las manos sobre el regazo; sus ojos, de un verde gris, brillaban tan insondables como el océano.

Rhune cerró los ojos, incapaz de enfrentarse al poder de la mirada del brujo, y escuchó el subir y bajar del insomne y siempre paciente mar.

«No puedo —pensó—. No puedo actuar como un actor.»

—Si me niego a hacerlo —dijo—, ¿volverás a encerrarme?

—Mírame —dijo el Señor del Mar.

Rhune abrió los ojos. La gris mirada de Shea buscaba su cara.

—Si de verdad el océano te ha quitado la habilidad para el encantamiento, para el engaño y para la mentira —dijo el brujo—, deberé buscar otra forma de contraatacar, y

tú tendrás que irte de aquí. Pero si afirmas eso, procura estar seguro de decir la verdad. — La voz de Shea sonaba muy baja —. Ya no tienes poder suficiente para engañarme.

Rhune reclinó la cabeza.

—Por favor — dijo —, déjame pensarlo.

Shea se levantó. Rhune se quedó sentado, solo (hacía muchos meses que no lo estaba..., el océano nunca está solo), oliendo el aire salado. Las gaviotas surcaban las corrientes, llamándose entre sí. Intentó imaginarse el puerto de Mantalo, cómo debía de haber quedado, roto y oscurecido por el hollín. Era una imagen repugnante.

Excavó en la arena con el pie descalzo. Sentía la cabeza pesada y perezosa. El viento le agitaba los cabellos. Volvió la cara hacia el este para ver alzarse el sol, que empezaba a envolver el mar con su luz.

Hubo un momento en que había sido muy astuto y traicionero. Recordaba a Osher, que se veía a sí mismo como un hechicero, pero que no pasaba de ser un loco vicioso y adulator. No obstante, no se había portado como un loco. Había calibrado a su víctima, y sus adulaciones y cebos habían funcionado.

—Sin ti, Shea no es nada — le dijo un día —. Tú construyes y abasteces sus barcos. Tú eliges a sus capitanes y a sus tripulantes. Tú eres su almirante y su consejero. ¿Tengo razón o no? Sin embargo, a él se le llama «Señor». Tierras, naves, señorío..., todo lo conserva gracias a tus esfuerzos. Sólo en su magia es tu amo. ¿No estás resentido? Deberías estarlo. Le llamas «amigo», pero yo te daría algo que tu «amigo» nunca se dignará o se atreverá a darte... Magia. Seguramente te teme, y no es un amigo de verdad, pues de lo contrario te la habría ofrecido hace tiempo.

Con aquellas palabras y otras parecidas, Osher había encendido las ambiciones de Rhune. Dos palabras de Shea hubieran acabado con todo aquello. Pero Shea parecía no tener noticia alguna sobre el particular. Una noche de otoño, sin luna, el propio Rhune abrió las puertas de la casa, aquella misma casa de la bahía, y le rompió el cuello a un guardián que había intentado gritar como advertencia. Jadeando por sus ansias de magia, dejó que Osher y sus soldados penetraran en la casa para capturar a Shea y encerrarlo en una mazmorra.

Pero Osher murió, y Shea envió el furioso mar al interior de su morada y la desgarró, reduciéndola a escombros. Atemorizado por el poder de Shea como nunca antes lo había estado, Rhune zarpó, viajando hacia el oeste y hacia el norte, alejándose por mar, confiando en que el poder de Shea se iría desvaneciendo con la distancia. Pero dondequiera que iba, las corrientes, los ríos, los lagos, los manantiales, todas las aguas se desbordaban para cerrarle el paso. Aterido, hambriento, sin refugio, enfurecido, se rindió, y Shea le ató con cadenas frías como el hielo, y le llevó a la bahía.

Rhune se retorció las manos. Había estado un año en el mar, sin comer, sin dormir, formando parte del océano y de las mareas, pero consciente y humano, si es que uno puede ser humano sin dejar de ser océano. Allí, sus ambiciones y su orgullo se habían disuelto, lavados por el bamboleo sin fin de la tierra. O al menos eso había creído él, que se habían disuelto.

Pero la cólera, como un montón de hierro sobre la tierra, permanecía. («Dos palabras tuyas, Señor del Mar, y esto nunca hubiera ocurrido. Pero tú no veías nada, no decías nada. Sólo al final hablaste.»)

Al fin, con los recuerdos agolpándose en su mente, se levantó y fue a buscar a Shea.

Le encontró en la biblioteca, sujetando entre sus manos un pergamino enrollado.

—Lo haré —dijo.

Shea asintió con la cabeza. Delicadamente, abrió con los dedos el quebradizo papel.

—Supuse que lo harías.

Su cara era indescifrable, pero su voz ocultaba una sutil mezcla de tristeza y alivio.

A Shea le costó tres semanas ultimar los preparativos del viaje. Algunas tareas fueron prácticas, otras fueron mágicas.

Durante aquel tiempo, Rhune permaneció cerca de la casa. Shea se lo había pedido, diciendo:

—Será mejor que tu llegada sea una sorpresa para Seramir, sobre todo si consideramos que todavía no sabe que estás libre. Si vas a la ciudad habrá comentarios, y él tiene agentes en la ciudad.

Rhune estuvo de acuerdo. No había nadie en Skyeggo a quien quisiese ver. Todas las condiciones de su antigua vida habían desaparecido. Durante el día paseaba junto al mar, o nadaba en la bahía, deleitándose con el calor del sol o el roce del agua sobre la piel. Al atardecer practicaba con las armas y combatía con los guardianes de la mansión.

Por las noches se sentaba junto a Shea en la biblioteca, para oír hablar al mago sobre el Señor del Fuego.

—La isla es su dominio —decía Shea—, y cuanto vive en ella es suyo. No confía en nadie. El más inocente de los pinches puede ser un espía, o algo peor aún, una criatura hecha por Seramir a partir del fuego. Tiene esa habilidad, como los demás señores de los elementos. —Hablabas casualmente, como si él mismo no fuera uno de ellos—. No comas alimentos que se preparen con fuego, a menos que veas comerlos a otros. El pueblo del fuego no come. Cualquier comida hecha con fuego puede estar hechizada para atraparte.

—Pero tú vendrás conmigo... —dijo Rhune—. ¿No puedo fijarme simplemente en lo que tú comas?

—No siempre estaremos juntos —dijo Shea.

En los días que precedieron al viaje, Birne, el almirante, estuvo yendo a la casa. Rhune malgastó aquellos días en la playa. Una mañana estaba paseando cuando Shea le llamó. Rhune acudió junto al Señor del Mar.

—Pasea conmigo—dijo el brujo.

Obedientemente, Rhune le siguió a la pradera que se extendía al oeste de la bahía. La hierba era exuberante, muy regada, como todas las tierras de Shea. Una vez más, el brujo empezó a hablar del Señor del Fuego.

—Deseo que confíe en ti —dijo—. Si confía en ti, presumirá de sus poderes. Puede que te cuente algo sobre los ardidés que está utilizando para sembrar la destrucción en Ryoka. Pero no creo que te diga dónde encontró el método. Yo buscaré por sus habitaciones. Si no lo encuentro en ellas... —Shea hizo una pausa y, con estudiado y deliberado gesto, partió la cabeza de una margarita—. Tendré que obligarle a que me lo diga.

Una abeja amarilla zumbó encolerizada saliendo de entre sus dedos, dio una vuelta en torno al mago y se alejó volando.

—¿No puedes acabar con sus artimañas a distancia, desde el puerto? —dijo Rhune.

Shea meneó la cabeza.

—Seramir protege muy bien su montaña —dijo—. Una vez esté confinado y debilitado, será posible. Pero no puedo someterle a distancia. Incluso cara a cara, la tarea será muy difícil. No es fácil capturar a un brujo en sus propios dominios.

—Lo sé —dijo Rhune.

Shea sonrió.

—Eres un hombre fuerte —le dijo—. La cadena con que te retuve era de acero común, y se cerraba por un hechizo. Eso no retendrá a Seramir. Todo lo que ha sido hecho con fuego está sometido a su mando.

Continuaron el paseo por la pradera. Finalmente, Shea se detuvo junto a un círculo pelado, marrón, agreste y extraño entre la hierba exuberante.

—Por lo tanto, haremos una cadena adecuada —dijo Shea. De nuevo estaba mirando a Rhune—. Una vez deseaste hacer magia, ¿no es así?

Rhune apretó los dientes.

—Sí.

Shea se arrodilló junto al área desnuda, no en ella. Rhune le imitó.

—Ahora podrás. Coloca una mano en el centro del círculo y espera.

Rhune obedeció. No tardó en sentir una vibración, como si la misma tierra estuviera zumbando silenciosamente. La sensación era desagradable, aunque no dolorosa, pero le debilitaba.

—¡Apártate! —dijo Shea.

Rhune retiró el brazo. Temblaba, tenso, como si hubiera estado sujetando un peso enorme.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Un lugar de poder —dijo Shea—. A veces se les llama círculos de brujas. Como una lente que concentra el poder del sol, este punto concentra el poder de la mente que llamamos magia.

Rhune se frotó el brazo.

—No lo comprendo.

—Del mismo modo que un volcán es un pozo de los fuegos invisibles de la tierra, o un manantial la liberación de las aguas subterráneas, este círculo es un pozo, una rueda, un manantial, cualquier imagen que surja en tu mente, de la magia. Puede ser usado por aquellos que saben cómo hacerlo.

«Yo no puedo», pensó Rhune. Miró con agitación el círculo de poder.

—No te hará daño —dijo Shea.

Las tranquilizadoras palabras espolearon a Rhune. —¿Qué debo hacer? —preguntó.

—Pon ambas manos en el círculo. —Shea adelantó sus propias manos mientras hablaba—. Elige una de esas imágenes, el pozo, la rueda, el manantial, o crea otra en tu mente a partir de lo que te he dicho. Haz la imagen clara y fuerte, y entonces mírate a ti mismo como si estuvieras extrayendo sustancia de ella.

Rhune tendió ambas manos sobre el estéril lugar. Por un momento, no supo qué hacer. Finalmente, visualizó debajo de la tierra desnuda un enorme imán. Era una roca antigua, marrón, pesada, que atraía con terrible fuerza magnética. Rhune sintió el tirón.

—Creí que sería fácil —dijo.

—No —dijo Shea—. No es fácil. No pares.

Rhune apretó los cerrados párpados y arremetió contra la roca. La piedra tiró de él hacia abajo, arrancándole la fuerza, arrancándole pensamientos, amores, miedos, esperanzas, arrancándole sentidos y nervios, arrancándole el corazón y los pulmones —la respiración le ardía en la garganta—, arrancándole las piernas, los brazos y los dedos, arrancándole la sangre, los huesos y el cerebro...

—Siente... —dijo Shea. Guió las temblorosas manos de Rhune hasta algo tan fino que no parecía más grueso que una pestaña—. ¿Lo sientes? Ésa es nuestra cadena.

—Sí, lo siento —dijo Rhune.

Sus palabras eran gemidos. Abrió los ojos. Los dedos de Shea también temblaban, y sus brazos y hombros se agitaban. Tenía la cara bañada en sudor. Rhune tenía los dedos engarriados. Sintió como si la tierra le estuviera atrayendo. La parte superior de su cabeza estaba al rojo blanco.

—¡Saca las manos del círculo! —gritó Shea.

Rhune retiró las manos. Se tendió en la fría hierba, cruzó un brazo sobre los escocidos ojos y esperó a que el mundo dejara de girar como una peonza loca.

—Bien —dijo Shea.

Rhune se movió con dificultad.

—Enséñame —musitó.

Shea mostró las palmas de las manos. Parecían vacías.

—Extiende las manos —dijo.

Rhune lo hizo, con las palmas hacia arriba. Shea puso algo sobre ellas: cuatro filamentos, tan ligeros como telarañas. Rhune los acarició. Eran suaves como el cabello humano.

—¿Esto es todo? —dijo, decepcionado.

—Intenta romperlos —le desafió Shea.

Rhune los estiró. Eran lo suficientemente largos como para atar a un hombre con ellos, con tal de que hubiese alguien a quien atar. Se rodeó las manos con ellos, e hizo fuerza hasta que se le marcaron los músculos en la garganta. Sus hombros y muñecas se crisparon y crujieron. La sangre le resonaba en los oídos.

Las invisibles cadenas no cedían.

—Son..., son muy fuertes—dijo.

Shea las cogió con un gesto con el que parecía colgárselas alrededor del cuello.

—No pueden cortarse, ni fundirse. Lo único que podría desatarlas una vez atadas es nuestro pensamiento, entrelazado para romperlas como lo estuvo para crearlas. —Sonrió—. De ese modo, Seramir, una vez encadenado, será incapaz de dañarnos, pues en ese caso nunca lograría liberarse.

—Espero que él lo sepa —dijo Rhune.

—Lo sabrá—aseguró Shea.

Se levantó, extendió las manos y dio una vuelta alrededor de la estéril área, cantando.

—¿Qué has hecho? —preguntó Rhune cuando hubo terminado.

—He puesto un hechizo de aviso en el círculo. Ahora es lo suficientemente poderoso para ser mortal, y puede matar a cualquier animal imprudente, o a un niño. El hechizo evitará que alguien tropiece con el círculo, hasta que se diluyan sus efectos.

Volvieron a la casa. En la puerta de la biblioteca, Shea le dijo:

—¿Quieres practicar esta noche en el pabellón?

Algunos magos eran guerreros. Por eso, tras observar cómo destacaba Rhune en las peleas entre marineros en el puerto, Shea se había sentido particularmente intrigado por las artes de la lucha y las armas. Le había pedido a Rhune que le enseñase todo lo que sabía y, a lo largo de los años, aquello había llegado a convertirse en un pasatiempo para los dos hombres. Por sugerencia de Rhune, Shea había mandado construir un pabellón para practicar, cerca de la casa de la Bahía de Kameni. Estaba situado en el jardín, y estrictamente hablando, no era un pabellón, sino un cuadrado de césped protegido por un ligero toldo y vallado por tres lados con un emparrado. Las flores se balanceaban por las rejas del emparrado, de modo que el olor a sudor y a aceite se mezclaba con la fragancia de las rosas.

—Yo también lo había pensado —dijo Rhune.

—Me gustaría reunirme contigo —dijo el brujo—. Lo he desatendido por completo durante el año pasado.

Algo amargo se retorció en la mente de Rhune. Incluyó la cabeza.

—Como deseéis, señor —dijo.

Agachado, con la mano derecha mostrando el duro perfil para protegerse la cara y la garganta, Rhune daba vueltas. Sus pies se movían en ajustados y cortos pasos. Tenía el cuerpo resbaladizo por el aceite. A dos brazos de él, Shea imitaba sus movimientos, siguiéndole con sus atentos ojos grises.

Los guardias miraban desde todo el perímetro del pabellón. Shea no se lo había ordenado; habían acudido, al parecer, casualmente. Rhune se preguntaba si pensarían que constituían una amenaza para Shea. Su sospecha resultaba irónica, pero no estúpida, concluyó.

Los dos primeros combates habían sido con cuchillos de madera. Shea los había ganado. Era mortal con los cuchillos. El tercer combate había sido cuerpo a cuerpo, y Rhune lo había ganado, como parecía que iba a ganar el cuarto.

Shea amagó un puñetazo y, luego, lanzó uno de verdad. Rhune detuvo el brazo extendido del brujo y le hizo dar una vuelta. Todo el cuerpo de Shea giró a causa del movimiento. Rhune le dobló el brazo hacia atrás hasta llevarle el pulgar a tocar el omoplato y luego le segó las piernas con la suya. Shea cayó, girando el brazo libre para protegerse la cabeza según caía. Rhune le siguió a la hierba, le sujetó, le hizo una llave con los brazos y apoyó las rodillas en el espinazo de Shea.

—Dos a dos —dijo, y le liberó.

Shea se dio la vuelta para levantarse. Respiraba pesadamente.

—Elige el que gana.

Rhune flexionó los dedos.

—Garrotes —dijo.

Con garrotes quedarían igualados; Rhune era más alto, con más alcance, pero Shea era más rápido. Asintiendo con la cabeza, Shea le hizo señas a un guardia para que les trajera dos garrotes del armero.

—El rojo —ordenó al ver titubear al hombre—. Y cualquier otro.

El bastón rojo era de consistente roble, y el propio Rhune lo había cortado y pulido tres años antes. «No —recordó Rhune—, cuatro años.» Hacía un año que no lo tocaba. Lo recogió de la hierba, sintiendo el tacto familiar de su superficie convexa y recreándose en el dibujo de sus vetas.

—Lo has conservado... —dijo.

Shea sonrió.

—No suelo tirar las cosas.

Penetró en el recinto con pasos cautelosos, con las manos aferradas al bastón. Dieron vueltas lentamente, haciendo fintas, retirándose. Rhune golpeó dos veces consecutivas, pero Shea se apartó en ambas ocasiones. No suelo tirar las cosas. «¿Soy yo una cosa?», pensó Rhune. Sus manos se tensaron en torno al garrote.

Primero despacio y luego más de prisa, Shea empezó a atacar, haciendo molinetes con el bastón, que aullaba sibilino y que a Rhune le costó trabajo bloquear, protegiéndose la cabeza, las ingles, el estómago, las piernas. Los guardias murmuraban con aprobación. Súbitamente, Rhune vio una abertura en las defensas de Shea, que se había descuidado al ver tan cercana la victoria, girando su garrote en un ángulo horizontal hacia las costillas de Rhune. Rhune avanzó hacia el bastón de su oponente, fuera de su alcance, y clavó su propio garrote en el estómago de Shea.

El golpe hizo que los brazos de Rhune le retumbaran hasta los codos. No había querido golpear tan fuerte. Shea se dobló y cayó, boqueando, intentando desesperadamente respirar.

Rhune soltó su propio bastón y se arrodilló.

—¿Shea?

—Todo va bien —susurró el brujo.

Hizo un gesto con la mano. Rhune echó una mirada en derredor. Tres guardias habían cruzado la delimitación del campo de prácticas y le miraban con ojos preocupados. Se detuvieron al ver su gesto. Rhune tomó a Shea de los brazos y le ayudó a sentarse.

—Lo siento —dijo—. No pretendía hacerlo.

Shea respiró hondamente. Tosió.

—Juraría que tengo un agujero en el espinazo —dijo—. Creo que esta baza ha sido tuya.

Levantándose, se estiró. Rhune se alzó. Súbitamente, Shea giró, rápido como un gato, y con la mano derecha golpeó de canto en la garganta de Rhune.

Rhune se movió al recibir el golpe, sacudiendo la cabeza para aclarársela, adoptando automáticamente una postura defensiva. Pero Shea no siguió adelante.

—Ya te has recobrado —dijo Rhune—. Me gustaría tener tu facilidad para recuperarte.

—No la necesitas si no eres golpeado, cosa que a ti no te ocurre muy a menudo. —
Shea se dirigió hacia la casa, y luego cambió de idea—. Enseguida vuelvo —dijo. Rhune
no sabía si le estaba hablando a él o a los guardias—. Voy a nadar un poco.

El propio Rhune volvió a poner los garrotes en el armero. Entonces notó su propio mal
olor. El aspecto de la espuma del mar en el rompeolas parecía invitarle. Siguió los pasos
de Shea, hacia el este. Se restregó el aceite con arena, limpiándolo, y se hundió y salió de
la espuma varias veces. El sol poniente dejaba un rostro rojizo sobre la superficie de la
bahía. Rhune cerró los ojos, preguntándose cuántas cosas más tendría que hacer Shea
antes de que pudieran partir.

Se dio cuenta de que estaba escuchando, y se rió de sí mismo. Shea era tan ágil y
silencioso en el mar como si hubiera nacido en él. Todo lo que podía oír Rhune era el
siseo y el murmullo de la espuma.

Súbitamente, una ola verdosa creció y se alzó como si fuera un muro, y Shea se
deslizó por ella, bajando la cresta como un delfín que galopase sobre las olas.

Haciéndole señas, el Señor del Mar pronunció su nombre. Rhune se levantó de donde
estaba sentado.

—Ven a pasear —dijo Shea.

Y pasearon, punteando un camino de huellas mientras caminaban por la arena mojada.

El miedo empezó a crecer en Rhune: miedo por el futuro. Finalmente, no pudo
aguantar más tiempo en silencio.

—Shea, no quiero ir.

Sintió la mirada de Shea.

—¿Miedo?

—¡Sí! Pero no de Seramir.

—¿De qué?

Rhune apretó los puños.

—De mí mismo. Y de lo que pueda hacer.

—Sigue.

Rhune miró a la bahía.

—Falté a mi palabra. Yo..., tienes derecho a llamarme traidor. ¿Acaso no podría volver
a pasar?

Al fin. Se lo había dicho.

—Podría —dijo Shea. Parecía muy tranquilo—. Pienso que no. Además, yo también he
roto contigo una especie de pacto.

—¿Cuál? —preguntó Rhune.

No era eso lo que había esperado que dijese Shea.

—¿De veras no lo sabes? —dijo el brujo. Rhune meneó la cabeza, inseguro de lo que
quería decir el Señor del Mar—. Extraño. Sin embargo, todavía estás furioso. Seguramente te
habrás preguntado por qué, de entre todas las cosas que el océano te quitó, subsiste la ira.

Se sentó en la arena. Rhune se sentó junto a él.

—Siempre he sido colérico —dijo.

La arena adherida le picaba; se frotó para quitársela, viendo cómo se movían y
deslizaban las sombras por la cara de Shea.

Shea habló:

—Juntos, tú y yo, construimos la flota. Nos llevó diez años.

—Sí —dijo Rhune.

Una avalancha de recuerdos hizo que su corazón se crispara de dolor.

Inexorable, la tranquila voz llegó hasta él.

—Amabas aquella vida..., la vida de los muelles y los barcos. Fuiste el mejor almirante
que vieran estas costas.

Rhune asintió con la cabeza.

—Creía serlo.

—Sólo perdimos un navío. El Saltador de Olas, ¿te acuerdas? Se hundió en el cuarto año, con las tempestades del otoño. Las otras naves llevaron velas negras durante un mes. Perdimos a todos sus tripulantes.

—Lo recuerdo.

—Fue el primer año en que me planteé dejar lo de la flota —dijo Shea.

Rhune movió la cabeza con turbación.

—Nunca me hablaste de ello.

—Lo sé. Debí hacerlo. Me culpaba de aquellas muertes.

—¿Acaso hubieras podido evitarlas? —preguntó Rhune.

Shea sacudió la cabeza.

—No. Pero navegaban en mi barco, seguían mi ruta..., era mi deseo lo que les hacía estar en el agua. Por eso soy responsable. Poder sobre la riqueza, sobre las vidas... Nunca ha sido un buen poder en manos de un brujo. Es muy fácil abusar de él.

—Tú no abusaste —dijo Rhune.

Shea suspiró. Agarró un puñado de arena de la playa y la dejó que se deslizara por entre sus dedos.

—Yo creo que sí. ¿Te acuerdas del día en que navegamos en el Atrapavientos hasta Mamalo, paseando sobre las olas?

Rhune sonrió.

—Me acuerdo.

Recordaba cómo había sentido la ola crecer bajo sus pies, y el gran agujero verde que ésta abrió en el mar al caer. Había navegado hacia su fondo, sin siquiera un trozo de madera al que agarrarse, con la muerte retumbando como un trueno en sus oídos, y las carcajadas de Shea resonando en sus venas, atravesándole...

—Estuvo muy bien —dijo Shea—. Terrible y hermoso, y tú confiaste en mí para que te protegiese...

—Sí —dijo Rhune.

—Aunque no pude..., no lo hice..., reservar un pensamiento para protegerte de los susurros y la avaricia de Osher. Si necesitabas riquezas, yo pude haberte dado riquezas.

A Rhune el corazón le dio un vuelco.

—¿Darme riquezas? El año pasado maté a un hombre en mi intento de quedarme con tu flota..., ¿y ahora me dices que ibas a dármele? —La voz se le crispó. Las piernas le temblaban. Miró con asombro a la cara de Shea, vuelta hacia arriba y envuelta en sombras—. ¡Te veré muerto antes que dándome nada!

Dos días después navegaban hacia la Montaña de Fuego.

Shea llamó al viento para que acudiera a sus velas y les hiciese avanzar más de prisa, pero hasta el atardecer no vieron, hacia el noreste, la roja incandescencia de la Montaña de Fuego recortándose contra el cielo negruzco. Según fueron navegando más cerca, vieron rojas corrientes reflejándose en el agua.

—¿Qué es eso? —susurró Rhune.

—El corazón de la montaña nunca descansa—dijo Shea.

Tres millas más allá fueron interceptados por un navío. Tenía las velas rojas y, pintado en el casco, la dorada imagen de un dragón. En su proa parpadeaban linternas.

—Alto —les avisaron desde la nave.

Rhune le repitió la orden a Shea, que era quien controlaba el barco. Como un obediente servidor, Shea bajó las velas y empezó a remar para llevar el Atrapavientos hacia la zona rocosa. El nombre pintado en el pequeño barco no era Atrapavientos, ni se parecía a como era habitualmente, equilibrado, lustroso y blanco, ni tampoco Shea aparentaba ser Shea. Todas aquellas cosas habían sido cambiadas por la magia. Sólo Rhune se parecía a sí mismo, lo que le hacía sentirse desprotegido.

—¿Quiénes sois? —les gritó la voz desde la gran nave—. ¿Con qué derecho penetráis en los dominios del Señor del Fuego?

Rhune llenó los pulmones de aire. Vio la inclinación de cabeza de Shea, llena de valor y confianza.

—Mi nombre es Rhune —dijo—. ¡He entrado por derecho de asilo!

Por la pausa que siguió a su anuncio, Rhune percibió que su nombre no era desconocido para la voz. Finalmente, la respuesta flotó hacia ellos.

—Seguidnos.

Shea empuñó los remos y empezó a avanzar. Lentamente, viraron para dirigirse hacia los muelles, protegidos en su avance por la blanca estela del navío del dragón.

El puerto estaba iluminado con rojas antorchas. A su luz, Rhune pudo ver los muelles y parte del interior de la isla. Shea no le había hablado de lo que iban a encontrar y, según miraba, los músculos de su cara se contrajeron por la sorpresa. Construida en la inclinada pendiente del volcán, se alzaba una poderosa ciudad de piedra. Las calles eran anchas y lisas, pavimentadas de piedra. Rojas banderas con la enseña del dragón ondeaban por doquier. Era de noche, pero la gente circulaba por la miríada de calles y callejas. Rhune pudo contar una treintena de barcos anclados en los embarcaderos. Y por encima de ellos, como un dragón dormido, la montaña rugía suavemente.

El capitán de la nave les guió directamente hacia un embarcadero entre los barcos y esperó a que abandonaran el suyo. Movié la cabeza hacia Rhune.

—Bienvenido a la Montaña de Fuego —dijo—. Venid conmigo.

Le siguieron (Shea detrás de Rhune, como debía ser) hasta un gran palacio de piedra. Sus paredes eran lisas como el agua y brillaban como cristal escarlata.

Unos guardianes les cerraron el paso. El capitán del barco se reunió con ellos. Rhune oyó su nombre y también el de Shea. Se mantuvo impasible. Finalmente, los guardianes se dirigieron hacia la puerta. La hicieron girar para abrirla y desembocaron en un largo y oscuro corredor.

Un hombre silencioso les hizo señas desde las tinieblas.

—Venid —susurró. Siguió sus pasos a través de un inmenso corredor sin ventanas. Había antorchas parpadeando en el silencio. Abrió otra puerta y, señalando más allá, les dijo—: Adelante.

Rhune se calló y la atravesó. Shea le siguió. Había cambiado su cara y el color de su tez, y hasta la forma de andar. Rhune le echó un par de precavidas miradas antes de recordar que se trataba de Shea.

La habitación estaba caliente, y ricamente adornada con tapicerías, alfombras, muebles refinados y adornos de oro rojizo. Rhune avanzó. No encontró ningún sitio donde sentarse. Deseaba bañarse y un poco de agua fría para beber; se sentía sucio y cansado después del viaje.

Una pequeña puerta se abrió súbitamente en la pared. Un hombre se dirigió hacia ellos. Vestía de rojo y negro. Tenía el cabello gris. Su cara era blanca, y sus ojos de ébano oscuro. Parecía arder en ellos una calmada llama rojiza.

—Buenas noches, viajero —dijo. Su voz era profunda—. Soy Seramir, señor de esta montaña.

Rhune movió la cabeza lentamente. Tenía las palmas de las manos empapadas en sudor.

—Señor, mi nombre es Rhune.

—Rhune, ¿el mismo que sirvió a Shea, Señor del Mar?

—Efectivamente.

Seramir hizo una señal. Entró un sirviente portando una bandeja dorada. La depositó en una mesa y acercó a ella dos sillas. El Señor del Fuego se sentó.

—Bienvenido a mi reino —dijo—. Estarás hambriento y sediento después del viaje. Podemos comer y luego hablar. Tu sirviente... —añadió, con los oscuros y ardientes ojos

clavados en Shea, que permanecía silencioso junto a una pared— encontrará comida y bebida en las cocinas.

Rhune se tensó, recordando la advertencia de Shea de que no comiese nada preparado con fuego.

—No tengo hambre, señor. Gracias.

—Pero después de un viaje tan largo sin duda estarás sediento —dijo el Señor del Fuego. Le sirvió de una jarra dorada en una copa también dorada—. Es un viaje muy fatigoso el que hay desde la Bahía de Kameni. —Señaló la silla tapizada de escarlata. Cautelosamente, Rhune se sentó en el borde. El Señor del Fuego le acercó la copa. Rhune la aceptó—. Despide a tu sirviente, almirante Rhune. Bebe y refréscate..., si no consideras una falta de cortesía mi ofrecimiento de bebida a un hombre que ha estado tanto tiempo en el océano.

No había nada que hacer. Rhune hizo un gesto a Shea para que se marchase con el sirviente del Señor del Fuego. Tomó la copa. La levantó esperando hallar agua, pero encontró vino en ella. Bebió un sorbo. Era tinto y agradable, una cosecha de Ryoka, aromática y especiada.

—Ya no soy almirante, Señor.

—Lo fuiste —dijo Seramir—. Quizá vuelvas a serlo. ¿Te gusta el vino?

—Es muy bueno. Su sabor es igual al de las cosechas de Mantalo.

Seramir asintió.

—Esa es su procedencia. No crecen viñas en la isla.

Levantó su propia copa y bebió. Rhune sorbió un poco más de vino. Se preguntaba si las naves llegarían desde Mantalo, con toneles, y si los marineros los harían con las cenizas del puerto destrozado.

—¿Estás seguro de que no tienes hambre? —dijo Seramir.

—Totalmente seguro —dijo Rhune con firmeza.

Bebió un poco más de vino, mirando con disimulada curiosidad por la habitación. Los muebles eran de ébano, los tapices de lana refinada, y la superficie de la mesa que acariciaba con los dedos era una delgada y pulida lámina de jade verde pálido.

Seramir habló en voz baja.

—Bien, Rhune-el-que-ya-no-es-almirante, ¿es mi casa!o bastante elegante para tus gustos?

—Señor, nunca he visto nada como esto.

—¿Acaso Shea no vivía con cierto lujo?

—No como éste —dijo Rhune. Miró a su anfitrión. El brujo vestía sedas delicadas. Llevaba en el hombro derecho un broche con la forma de un dragón rampante—. Gracias por admitirme en tu reino, señor.

El brujo levantó la copa de oro.

—¿Cómo iba a despreciar lo que Shea valora? —dijo—. Estoy muy interesado en saber lo que te ha traído aquí.

—Te lo contaré, señor—dijo Rhune.

Le resultaba extraño llamar «señor» a aquel hombre, aunque a Rhune le parecía que tanto Seramir como Shea tenían algo en común, si bien no sabía con seguridad de qué se trataba. No era simplemente la capacidad para el mando. Se preguntaba si la mera posesión de la magia podía cambiar la cara y los ojos de un hombre, o de una mujer... En los ojos oscuros ¿e Seramir brillaba la misma brasa que en los ojos verdes de Shea. El parecido se hizo repentinamente tan agudo para Rhune que hubo de apartar su mirada del rostro del mago.

Mirando el vino que aún le quedaba en la copa, contó la historia que Shea había urdido. La dejó fluir con naturalidad.

Cuando acabó, Seramir frunció los labios.

—Habiendo servido mal a un brujo —dijo—, ¿desearías servir a otro?

Rhune pareció pensarlo.

—Sirviendo mal a un brujo aprendí una dura lección —respondió—. Juro que en esta ocasión te serviré bien, señor. Dame una nave que gobernar y no te pediré nada más. —Había en su voz una disimulada amargura—. Iré a todas las regiones, señor, excepto a los Condados del Este. Nadie en Skyeggo quiere trabajar conmigo. Si no me puedes confiar un barco, déjame al menos quitar las lapas de los cascos de los botes de remos. ¡Pero, por favor, no me hagas volver!

El brujo meneó la cabeza.

—Ya entiendo por qué te valoraba tanto Shea, el Señor del Mar —dijo—. No te echaré de aquí. Cuéntame..., ¿qué sientes por él?

Rhune bebió.

—Le odio —dijo, sin sorprenderse al oír salir las palabras de su boca con tanta naturalidad.

—Y con razón —dijo Seramir—. ¿Te gustaría dañarle si ello estuviera en tu mano?

Rhune contestó con cautela:

—Señor, he venido aquí para llevar una vida tranquila.

—Bien dicho —dijo Seramir—. Así que quieres ser marinero o capitán, no un traidor. —Su tono tenía un canturreo irónico—. ¿Notas el sabor de las especias? Las añadimos al vino, junto con el azúcar, en nuestras propias cocinas.

La garganta de Rhune se contrajo. Para preparar así el vino había que calentarlo previamente. Bajó la copa de inmediato.

—¿Has aplacado la sed? —inquirió el brujo—. Yo aún no. ¡Bebe, Rhune-el-traidor!

La mano derecha de Rhune agarró la copa y la llevó hasta sus labios. Indefenso, bebió.

—Excelente —dijo Seramir—. Ahora, cuéntame realmente por qué llegaste a mi isla.

Rhune empezó a hablar, pero se detuvo. Le parecía tener la boca llena de algodón. La cabeza le dolía. Lenta, pesadamente, empezó a contarle al Señor del Fuego cómo había llegado exactamente a su montaña, mientras los llameantes ojos del brujo rastreaban su cara.

Tinieblas; suave, fría, segura oscuridad.

Tomado de la mano de Marisa, Rhune escalaba los senderos de la montaña. Apartándose de él, Marisa corrió, adelantándose; sin embargo, la encontró luego tendida en un hoyo del terreno, esperándole. Su cabello era una explosión roja, como de fuego. Por encima de ellos siseaba la Montaña de Fuego, un pitón de muchas cabezas cuyas lenguas estaban hechas de humaredas llameantes.

Cuando acabaron de hacer el amor, Rhune permaneció tendido y cansado al lado de Marisa, pero ella rompió su suave abrazo con facilidad.

—Pronto amanecerá —dijo—, y tendré que irme. Y también tú. Búscame mañana por la noche, al pie de la Torre.

Marisa corrió, rojo cabello brillante, trepando por la pedregosa ladera hacia la boca del volcán. Un gran cansancio dominó a Rhune. Se frotó los ojos. Necesitaba dormir, dormir y dormir hasta la medianoche, hasta que se levantase y dejase su cama para reunirse de nuevo con Marisa.

Pasaba con ella casi todas las horas que estaba despierto. Raramente veía a otros habitantes de la casa. A veces, sus sirvientes le despertaban, le vestían con ricos ropajes y le guiaban por los corredores de la mansión hasta un gran salón, y allí veía al Señor del Fuego. Siempre pasaba miedo en aquellos casos, aunque no era capaz de decir por qué; de hecho, el Señor siempre le hablaba gentil y amablemente, y le ofrecía cosas apetitosas para que comiera y bebiera, y apenas le vigilaba.

Rhune miró el cielo. La luz aumentaba. Bajando por el este, la estrella del alba se eclipsaba, parpadeando, desvaneciéndose. Le preocupaba que le reprendiesen por su

comportamiento. «Debo volver a la cama —pensó—. No deben encontrarme fuera después de que amanezca.»

Levantándose del pozo que sus cuerpos habían calentado, empezó a bajar lentamente, dando traspiés, por la ladera de la montaña, hacia la casa. Había subido mucho, se había alejado más que nunca de la casa. Le resultaba complicado seguir el sendero; en el brillo del amanecer, se perdió varias veces. Vagabundeó mucho tiempo por las pendientes buscando el sendero adecuado. Finalmente, se perdió por completo. Perturbado y exhausto, pues hacía rato que el sol había salido y brillaba plenamente sobre él, pensó en un modo de encontrar el camino de vuelta. Subió dificultosamente a una cornisa y miró desde allí hacia las frías y regulares siluetas de la Torre y la Casa.

Las vio, pero Rhune, que estaba muy arriba, también pudo ver, más allá, la brillante, ondulada, azulverdosa superficie del océano.

Bajó de la roca, y se quedó mirándolo fijamente.

Cuando los ansiosos sirvientes le encontraron, iba tropezando por las bajas lomas de la montaña, lejos de su camino original. Le ayudaron a bajar de la montaña por el camino más corto y, como estaba demasiado aturdido para andar solo, le condujeron directamente a la presencia del Señor del Fuego. Rhune parecía oír y ver a través de una neblina, o de un sueño.

—Tiene una ligera insolación, señor —dijo temblando uno de los sirvientes—. Ha sido una criatura de la noche demasiado tiempo para soportar ahora la luz del sol.

El señor se sentó en un gran sillón de piedra en una tarima.

—Traédme hasta aquí —dijo.

Dos hombres arrastraron a Rhune, sin que éste ofreciera resistencia, hasta la tarima donde estaba el sillón que ocupaba el Señor del Fuego.

—¡De rodillas! —le dijeron.

Se arrodilló. Ojos oscuros buscaron su cara, y una mano le sujetó la barbilla. El contacto era tan ardiente como el de una llama.

—Debes de estar cansado, ¿verdad? —dijo la voz suave y profunda—. ¿Dónde has estado? Tus ropas están arañadas y desgarradas. ¿Por qué has vuelto tan tarde?

—Me perdí..., no podía ver..., el sol...

Rhune se desplomó en brazos de los sirvientes.

Los dedos le soltaron la barbilla

—Llévadle a la cama y dejadle dormir. ¿Quién de vosotros es el responsable de que vagabundeara solo por las colinas?

Había irritación en la pregunta. Los guardias se estremecieron y se miraron unos a otros. Finalmente, uno de ellos dio un paso al frente.

—Yo, señor.

Seramir se levantó, y alguien gritó. En su mano se balanceaba un brillante látigo arrollado. El hombre que había hablado no dijo nada, pero se puso a temblar.

Tan largo como dos hombres, de llama abrasadora, el látigo le golpeó. El hombre levantó una mano para protegerse los ojos. Recibió cuatro golpes. El último le derribó al suelo. Con un chasquido, Seramir arrolló la llameante fusta.

—Ayúdadle a levantarse —ordenó—. Atendedle hasta que se haya curado.

Cautelosamente, los hombres arrastraron a su compañero desde el vestíbulo. En cuanto a Rhune, le llevaron a su propia habitación, provista de negros y pesados cortinajes que tapaban las ventanas. Le quitaron las botas, le tumbaron en la cama y se marcharon. Como de costumbre, dejaron a uno de los hombres para que montara guardia al otro lado de la puerta.

Rhune les oyó murmurar un rato y luego notó que se alejaban. Se sentó lentamente y se frotó los ojos con los puños, como un niño. Estaba muy cansado, le escocían los ojos, pero intentó permanecer despierto un rato más. Quería pensar.

La habitación estaba caliente. Se preguntó si la tendrían así para mantenerle dormido. A través de la puerta podía oír cómo silbaba el guardián. Su aturdido comportamiento había sido una actuación, algo completamente falso. Había recorrido el sendero que llevaba a la casa, pero también había visto un lugar muy adecuado para vagabundear y perderse. Su desmayo en el estrado había sido también falso, y le había permitido ver algo que tampoco olvidaría: el látigo de fuego. «Seramir no sabe que lo he visto —pensó—, ni que estaba despierto. Tampoco sabe que he visto el mar. Soy Rhune. Ése es mi nombre. Lo recuerdo ahora. Navegué hasta aquí a través del mar, en un pequeño barco, para hacer algo, con ciertos designios.»

La necesidad de descanso le entumeció. No sabía qué era lo que le mantenía atontado y sin voluntad bajo el poder de Seramir. ¿Algo en la comida o en la bebida...? No lo recordaba. Pero había visto el mar. Recordaba su nombre y recordaba también que era un hombre acostumbrado a la luz y al aire libre, aunque desde que estaba en la Montaña de Fuego dormía todo el día y vivía sólo de noche.

Se mordió los labios con fuerza. El dolor le ayudaría a seguir despierto. Temía volver a lo de antes si se quedaba dormido.

«No quiero que pase», pensó. Se preguntó qué hacía allí, encerrado en aquella pequeña habitación sin ventanas, custodiado por un guardián. No lo recordaba, y era importante que lo hiciera. Quizás era algo que le daban en la comida lo que le tenía idiotizado. Bostezó. No podía seguir despierto por más tiempo. Se juró a sí mismo que recordaría lo de la comida. Debía acordarse de que había visto el mar...

Durmió y despertó, y durmió nuevamente.

La primera vez que se despenó, el guardián le ofreció una copa llena de caliente vino especiado.

—Bébelo —le dijo.

Rhune fingió marearse.

—Por favor —susurró—, ¿podías darme un poco de agua?

El guardián se encogió de hombros, refunfuñó y le dio un poco.

—Gracias —dijo Rhune.

Cuando volvió a despertar, le llevaron más vino caliente y comida. Derramó vino (sólo un poco cada vez, para que pensasen que se lo bebía) detrás de la cama. No probó la comida, sino que la envolvió en una servilleta y se la escondió en un bolsillo, para tirársela de noche a las lechuzas y a los zorros.

A medianoche, como era su costumbre, Rhune fue al encuentro de Marisa. Llegó hasta él sonriendo, rojos cabellos brillantes, un cuerpo hábil y ligero como una llama que se apretaba contra el suyo. La besó, aunque sabía lo que era: no era una verdadera mujer, sino una ilusión, un ser creado por la magia y por el fuego, y cuya forma y utilidad eran fruto del Señor del Fuego. Ella no tenía alma, y la luz del sol la marchitaba; por eso todos los amaneceres se alejaba de él, hacia el llameante corazón de donde había surgido.

No podía seguir confiando en ella, aunque fuese hermosa y alegre y le agradase su compañía bajo la noche estrellada. Al romper el día, de nuevo se alejó de él, susurrando la promesa de su regreso.

Cuando Rhune despertó de nuevo, bebió sólo agua. La cabeza se le iba aclarando a medida que su cuerpo se sentía hambriento. «Quizá algo de esta casa me diga quién soy y qué debo hacer», pensó. Con cierta inquietud, llamó a los guardias.

—Quisiera pasear esta noche por la casa y ver sus maravillas.

Se rieron de él.

—¿Qué crees que puede ver un idiota como tú? —dijo el que debía vigilarle esa noche.

—Bah, déjale —dijo un segundo guardián—. Recuerda que debemos hacer todo lo posible para tenerle contento.

El guardián resopló. Su nombre era Hraki; era más bajo que Rhune, y movía las manos nerviosamente.

—Le tendré contento—dijo—. Te llevaré.

—Quiero ir yo solo —dijo Rhune, irritado.

—¿Solo? Te perderías. Irás donde yo te lleve.

Rhune asintió, complacido. Había pensado que le negarían su petición; sin embargo, le habían concedido la mitad de lo que pedía.

Aquella noche salió para aprender los secretos de la casa y buscar por los pasillos las posibles pistas de su misión. En la cocina, sentado en un taburete, vio trabajar a cocineros y pinches. Su vigilante le dejó y se rué a hablar con una de las chicas. Rhune estaba seguro de que nadie le miraba y robó carne y fruta que había en una mesa. Se la tragó rápidamente, antes de que Hraki volviese. Aquella comida saludable hizo que nueva fuerza corriera por sus venas.

Hraki volvió, ceñudo.

—¿Qué estabas haciendo? —le preguntó mientras se estiraba la ropa.

No parecía muy contento, y Rhune se preguntó si las chicas se habrían burlado de él.

—Nada —contestó apresuradamente.

Suponía que las drogas que le habían quitado la memoria también le habían quitado la fuerza. Se acordaba de que en un tiempo había sido considerado como un hombre poderoso, de reconocido valor en el uso de las armas y en la guerra.

Cuando se levantó del taburete procuró cuidadosamente no variar su actuación frente a su guardián, aunque notó que se movía con mucha más seguridad. De nuevo se preguntó qué habría venido a hacer a la Montaña de Fuego. «Deben de temerme —pensó—, para tenerme tan débil mediante las drogas.»

Hraki le agarró del hombro.

—Vamos —dijo impacientemente, y Rhune se preguntó el motivo de la impaciencia del hombre.

Subieron por la escalera que llevaba al segundo piso. Rhune lo hizo lentamente, como si estuviera muy débil. Pero sus penetrantes ojos se fijaban en cuanto veía, sin olvidar nada. Empezó a trazar en su mente un cuadro general de la enorme casa, como la imagen de un plano dentro de su cabeza.

Todas las ventanas estaban cubiertas con pesados cortinajes. Rhune intentó apartar uno. Hraki se lo impidió.

—¡Ya sabes que no se puede mirar lo que hay fuera! —dijo.

Rhune retrocedió, pero hizo como si perdiera pie y se cayó contra las cortinas, abriéndolas con el hombro.

Hraki las agarró y tiró de ellas para cerrarlas.

—¡Torpe loco!

Abofeteó a Rhune duramente. Rhune permaneció con la cara impasible y, como si su silencio envalentonase al guardia, éste volvió a golpearle. Rhune no reaccionó, pero sus hombros se tensaron. A través de la abertura de la cortina había visto reflejos de fuego y de luz estrellada sobre la superficie del mar. Ignorando la brutalidad de Hraki, vagó por el corredor, sonriendo con cara inexpresiva.

Hraki no le permitió entrar en las habitaciones de la tercera planta.

—Estas son las habitaciones del mismísimo señor Seramir —dijo—. Si entramos en ellas... —Se estremeció—. Vamos.

—¿Dónde me llevas ahora? —preguntó Rhune.

El hombre se pasó la lengua por los labios.

—A la Torre —replicó. Al fondo del pasillo había una única escalera de subida, todas las demás bajaban, y señaló hacia ella. Algo furtivo y desagradable impregnó su voz y su mirada—. Dijiste que querías ver maravillas. Si subes te las enseñaré. Pero no debes decírselo a nadie. Se supone que no debes visitar la Torre.

—¿Qué hay en ella? —preguntó Rhune.

—Ya lo verás —contestó Hraki. Empujó a Rhune—. ¡Vamos, sube!

Hizo que Rhune fuese delante. La escalera era angosta, de piedra; sus pasos levantaban ecos. Rhune estaba cada vez más inquieto, y el sudor empezó a empaparle. Se imaginó al Señor del Fuego esperándole en la Torre, dispuesto a castigar su presunción y a drogarle para llevarle nuevamente al sueño, a un sueño del que nunca despertaría. Aquel pensamiento hizo que se derrumbase contra el muro.

—¡Idiota! ¡Loco! —siseó Hraki, furioso—. ¡No te pares!

Empujó a Rhune hacia delante. Dominándose, Rhune se enderezó. El corazón le golpeaba contra las costillas, pero subió la escalera hasta el final. El guardián llegó tras él, los ojos relucéndole con extraño deleite.

La parte alta de la Torre era cuadrada y fría. Había tres puertas en ella, cada una en una dirección diferente. No había alfombras en las losas de piedra, ni tapicería en las severas paredes oscuras.

El guardián señaló una de las puertas. Estaba ligeramente entreabierta.

—Puedes entrar en esa habitación —dijo—. Pero debes prometerme que no tocarás nada.

—Prometido —dijo Rhune.

Controlando su terror, penetró en la habitación. Hraki entró tras él. Parecía vacía. Había fuego en una chimenea. Su luz empezó a revelar a Rhune extrañas formas. Al cabo de un momento empezó a ver lo que eran. En un rincón de la pequeña habitación había un potro, una máquina odiosa y silente, y en otro un torno. Un tercer rincón albergaba una mesa con instrumentos de tortura cuidadosamente colocados en ella: tenazas, grilletos y empulgueras. Rhune se tragó la bola que tenía en la garganta.

—No me gusta este sitio —dijo.

Hraki se rió entre dientes, malignamente.

—Ni a nadie. —Hizo una seña a Rhune para que saliese. Una vez fuera, señaló la segunda puerta—. Puedes mirar en esa otra habitación. —Pero cuando Rhune intentó abrir la puerta, el hombre le apartó la mano del tirador—. ¡No! —Indicó un panel corredizo que había en la pared—. Mira por aquí.

Rhune corrió el panel. Inclínándose ligeramente, miró por la abertura.

La habitación era una pequeña jaula cuadrada, desnuda salvo por tres cosas. La primera era un grupo de cadenas para sujetar a una persona por las muñecas y tobillos y tenerla pegada a la pared. La segunda era otro grupo de cadenas, éstas en el suelo, destinadas a mantener a un hombre tirado sobre la fría piedra, incapaz de moverse salvo para levantar la cabeza.

La tercera cosa de la habitación era un inmenso nido de silbantes serpientes cuyos cuerpos eran llamas vivas. Se silbaban entre sí lánguidamente. El fuego goteaba de sus colas, escamas y lenguas. Hraki se rió entre dientes.

—Bonitas, ¿verdad?

Le dio a Rhune un empujón en el hombro. Rhune dominó sus facciones y permaneció impassible. Pero su mente ardía de rabia y horror mientras se imaginaba al hombre o mujer encadenados al muro o, peor aún, al suelo, incapaces de evitar el contacto con las serpientes.

Los ojos de su guía tenían un aspecto vehemente que Rhune no supo interpretar.

—Y ésta es la tercera —dijo.

Arrastró a Rhune a través del descansillo, abrió la tercera puerta y prácticamente empujó a Rhune en ella.

En aquella habitación había un hombre.

Yacía pegado al suelo en el centro de la sala, con los brazos y las piernas en tensión. Rhune no vio cadenas que le sujetasen. A su alrededor, en el aire, danzaba un fuego rojo. Ardía sin consumirse, tocándole la cara, el vientre, las ingles, estallando bajo él,

corriéndole por piernas y brazos. Sus músculos se contraían y deformaban agónicamente. Silenciosamente, giraba y se retorció en sus invisibles cadenas.

—El fuego no nos alcanzará si no le tocamos —dijo Hraki. Empujó a Rhune hacia delante—. Acércate. Mírale.

Rhune se acercó al torturado cautivo. Unos ojos verdes, desde el suelo, rastrearon su cara.

—¿Quién es este hombre? —preguntó en voz baja.

El guardián hizo una mueca.

—Un gran enemigo de nuestro señor. Vino con cadenas mágicas, pretendiendo atarle con ellas, pero ha sido él quien ha resultado encadenado, ¡pobre loco! Éste es el castigo a su presunción.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Tres meses —dijo el guardián. Sonrió—. Lo mismo que tú.

—Si el fuego le está quemando, ¿por qué no le abrasa? —preguntó Rhune.

—Es fuego mágico. Pero es real, y mucho más caliente que el fuego normal. Mientras arda, no podrá comer, dormir ni descansar.

—¿Hasta cuándo estará aquí?

Hraki hizo un gesto.

—Para siempre, supongo.

Rhune bajó la mirada y vio las marcas del látigo de fuego lacerando el cuerpo del hombre.

—Tres meses... —repitió—. ¿Sabes su nombre?

Hraki sonrió, como si fuera un chiste ocurrente.

—Cuando tenía un nombre, era Shea.

—Sí —dijo Rhune.

Estirando los brazos, lanzó las manos contra el cuello del sádico.

Hraki forcejeó, pero no era oponente para la fuerza de Rhune. Rhune soltó el destrozado cuello del hombre. Arrodillándose, dijo:

—Shea, dime lo que tengo que hacer para romper las cadenas.

Los labios de Shea se movieron con dolor. Estaba claro que no podía hablar. El fuego zigzagueaba en su carne. Rhune inspiró profundamente. Se echó sobre Shea, cubriéndole, recogiendo las llamas en su propio cuerpo. Las llamas atravesaron sus ropas. Dolía. Las lágrimas le brotaron de los ojos. Quejándose, pegó su cara a la de Shea.

—La fuente secándose..., el pozo vacío..., tira entonces... —musitó éste.

—Te oigo —susurró Shea.

Se incorporó, saliendo de entre las llamas. Apresuradamente, trazó una imagen en su mente de un imán debilitándose, muriendo, perdiendo poder, hasta que ya no era sino un montón de rocas tiradas en el polvo... Y volvió a lanzarse al fuego.

Tanteó, buscando las cadenas. Finalmente, las encontró, ligeras y suaves como el cabello de un niño, duras y resistentes como el hierro. Rabia, piedad y amor crecían en su mente. Las agarró y tiró de ellas hasta que se rompieron entre sus manos, primero hacia la derecha, luego hacia la izquierda, los brazos, luego las piernas. Levantó a Shea del fuego, como un hombre fuerte levanta a su amante, y le llevó fuera de la habitación.

Con cautela y rapidez bajó corriendo la escalera y salió por una puerta lateral. Si se hubiera visto, no se habría reconocido. La pesada colgadura de terciopelo que había desgarrado para ocultar su cargamento le hacía irreconocible como humano. Empezó camino a través de los corredores del gran palacio de piedra, hacia el agua. Tirando el tapiz, entró en el agua y se arrodilló en ella, sumergiendo a Shea en el océano.

Apoyó en su hombro la cabeza de Shea.

—Shea..., ¿puedes oírme?

—Te oigo —susurró el brujo.

—Me han tenido drogado y atontado tres meses, viviendo de noche, encantado por una criatura de fuego, sabiendo apenas mi propio nombre. Vi el mar. Aquello me despertó. Robé comida y empecé a buscar por toda la casa, sin saber qué debía encontrar... —Su voz se quebró—. ¡Si me hubieras dejado en el océano, te habría servido mejor!

—No —susurró Shea. Su voz era dura—. Ambos hemos fracasado. Y pagado por ello.

—Tú has pagado por los dos.

De algún modo, Shea consiguió sonreír.

—Yo tenía esperanzas, tú ni eso. Sabía que vendrías. Me dijo que estabas vivo, y se burló de mí por ello. Pero siempre supe que era un error. —La voz del Señor del Mar era casi normal. Se liberó del abrazo de Rhune y se deslizó desnudo hacia el mar, brillando su cuerpo rojamente bajo la luz del volcán—. Mi fuerza vuelve. Rhune, no sigas atormentándote. Ya está hecho. Ahora tenemos un trabajo que hacer.

—¡No! —protestó Rhune—. Shea, estás débil como un niño. Ahora no puedes luchar contra Seramir. Vayámonos.

Shea miró las estrellas.

—Faltan seis horas para que amanezca. Dentro de seis horas, Seramir subirá la escalera que lleva a la habitación, con el látigo. Encontrará en el suelo a un hombre muerto, y verá que yo me he ido. Avivará la montaña y todo su poder para encontrarnos. Si lo consigue, nunca escaparemos, y si no lo consigue, realizará tales estragos en Ryoka que desearemos no haber emprendido nunca este viaje. Debemos volver a la casa y cumplir con nuestro deber.

—¿Y no puedes separarle de la montaña y ahogarlo? —preguntó Rhune.

—No creo que pudiera matarlo. Y aunque pudiera, no tengo derecho a hacerlo.

—¡Que no tienes derecho! —Rhune temblaba de rabia—. Si tú no lo haces, lo haré yo. Shea sonrió.

—Si yo no puedo hacerlo, ten por seguro que tú tampoco serás capaz de acabar con él. Ni siquiera debes intentarlo, Rhune. Júramelo.

Su voz subió de tono, y Rhune vio el poder que resplandecía en sus ojos.

—Lo juro —dijo.

—Bien.

—Pero, maldita sea, Shea, no puedes volver a esa casa. Has estado tres meses encadenado. Estás demasiado débil para enfrentarte a Seramir en sus propios dominios.

La sonrisa de Shea se amplió.

—Te tengo a ti —dijo Shea.

Se volvió para caminar hacia la orilla. Rhune maldijo. Cogió por detrás las muñecas de Shea y las unió tras la espalda, marcada por el látigo, sujetándole.

El océano saltó como una garra gigantesca y aflojó la presión de sus dedos. El agua rugió a su alrededor, ensordeciéndole, cegándole. Le ardían los pulmones. Las tinieblas le aporrearon con sus puños, machacándole el cráneo. Quedó libre y boqueó en el agua poco profunda. A escasa distancia, Shea le observaba.

—¿Vamos?

—Maldito seas —dijo Rhune. Se levantó—. Dime lo que tengo que hacer.

Silenciaron y derribaron a dos hombres vestidos de caballerizos y les quitaron las ropas. Así disfrazados, se desplazaron por la planta baja de la casa como portadores de algún importante mensaje, pasaron a la segunda planta y, luego, a la tercera. Shea atravesó el descansillo hasta una puerta cerrada.

—Aquí es —dijo el brujo—. Ve rápido, Rhune, y no le mires a los ojos. Está desprevenido, sin sospechar nada, y ésa es nuestra ventaja y nuestra arma.

Rhune asintió. Anduvo hasta la puerta, la abrió y se quedó tambaleándose en el umbral.

—Señor... —dijo, y se derrumbó al suelo.

—¿Qué pasa?

Seramir llegó hasta él apresuradamente y se arrodilló, buscándole el pulso de la garganta. Con la velocidad de una de las serpientes del Señor del Fuego, Rhune atacó, cerrando las manos alrededor de la garganta del brujo. Seramir se agitó, pero Rhune clavó los pulgares en las grandes arterias que regaban el cerebro hasta que el hombre se aflojó. Rhune se lo echó al hombro. Bajaron la escalera, cruzaron una puerta (no era la puerta de la cocina) y salieron a terreno abierto. Rhune puso una mano en la garganta de Seramir cuando éste se movió. Cruzaron la pradera de césped sobre las rocas, y llegaron al mar.

—Está volviendo en sí —advirtió Rhune.

Apretó con su mano las muñecas del Señor del Fuego.

Seramir gimió y abrió los ojos. Miró a Rhune con unas pupilas que parecían al rojo vivo.

Pero Shea le miró y sus ojos eran fríos como el mar en invierno. Con el cuchillo de uno de los guardianes tocó el cuello de Seramir.

—Si te mueves o hablas sin permiso —dijo—, morirás. —Agarrando con la mano izquierda el cabello de Seramir, le echó hacia atrás la cabeza, apoyándole la hoja en la garganta decididamente—. Te debo mucho, torturador. —El agua que tocaba a Seramir parecía de hielo. Rhune sintió su estremecimiento—. Te tengo en mi elemento, Seramir, como tú me tuviste a mí en el tuyo. Dime una razón para que te deje marchar. Habla.

Seramir tragó saliva y habló.

—Tengo algo que quieres.

—¿Qué, Señor del Fuego?

—Poder.

Shea rió.

—El poder del mar puede dominar al poder del fuego. El océano es profundo y salvaje, y nunca duerme. Tu montaña no es más que una pequeña isla volcánica. Dime otra razón. La espero impaciente, y mi memoria es aguda..., más que este cuchillo. Puede que descubras una razón si les echo tus ojos a los peces.

Shea apretó la punta del puñal ligeramente, muy ligeramente, sobre los cerrados párpados de Seramir.

—No.

Shea volvió a reírse.

—¿Qué significa eso, que no hablarás o que no debo arrancarte los ojos? ¡Mírame!

Movió el cuchillo.

Seramir abrió los ojos y la llama que había en ellos aún no los había abandonado.

—Te daré lo que quieras..., la herramienta que me permite hacer salir a los fuegos de Ryoka de su lugar de descanso.

—¿Dónde está?

—En mi alcoba, en la habitación donde me capturasteis. Llévame allí y te lo daré.

Shea sonrió por tercera vez, y Rhune tembló al ver el salvajismo de aquella sonrisa.

—¿Crees que estoy loco, Seramir, Señor del Fuego? ¿Debo ir efectivamente a tu recámara, al corazón de tu reino? Sólo por eso, debería retenerte vivo en el fondo del mar. —Movió las manos—. ¡Mira!

Y el océano que había tras ellos se alzó de su descanso y cayó sobre la montaña de forma de cono. Inexorable e indómito, se elevó en una ola gigantesca, más alta que sus cabezas, más alta que las copas de los árboles, más alta que la Torre de la Casa del Señor del Fuego. La ola corrió como un huracán hacia la orilla y el agua chilló al derramarse sobre la piedra, y lo mismo hicieron los moradores de la casa, acobardados de terror al ver la muralla de agua que estallaba sobre ellos. Cayó como si se hubiera roto el cielo. Entonces sorbió, y con ello arrebató el palacio: piedras, alfombras, tapicerías,

muebles, personas, en un gran remolino de ruina. Los escombros giraron con todo ello y se adentraron en el mar.

Seramir miró fijamente la cicatriz de la tierra donde se había alzado su hogar.

—Ya se ha ido —dijo Shea suavemente—. Tus artefactos mágicos han desaparecido. Mientras yo viva, el mar no te los devolverá. Nadie volverá a tener tu poder hasta que yo lo desee. Tus sirvientes y toda la gente de tu casa vive, están volviendo a la orilla. Podrás reconstruir tu palacio. No he tocado tus naves. Manda tus naves dragones al mar, y los mercaderes de Ryoka volverán a pagarte tributo. —Envainó el cuchillo. Rhune soltó las manos del Señor del Fuego—. Y si puedes, Seramir, podrás seguir enviando más hombres a tus calabozos de fuego, o dragándoles para que olviden en tus salas llenas de tapices.

Un pequeño bote de vela llegó a toda velocidad, bordeando las rocas, desde el puerto. Era el Atrapavientos, lustroso y en buen estado. Rhune agarró el oscilante barco y lo estabilizó.

El Señor del Mar y el Señor del Fuego entrecocaron las miradas, silenciosamente.

Por fin, Seramir apartó la vista.

—Ryoka me ha vencido de nuevo —dijo—. Oh, Shea, has crecido fuerte. Pero llevarás en tu cuerpo mis marcas mientras vivas, y cuando duermas, tus pesadillas serán de fuego.

Bajo las movedizas estrellas, impulsado por un viento encantado, el Atrapavientos navegaba estable y seguro hacia el oeste.

Shea iba en la proa. Rhune en la popa. Cabeceaba ligeramente por el cansancio, y le dolía la tripa a causa del hambre.

Sobre él, las estrellas invernales mostraban sus dibujos sobre la oscuridad de la noche. «He pasado tres meses cautivo en los salones de Seramir—pensó—. ¡Malditos sean todos los brujos!»

—¿Cuánto nos falta para llegar a tierra? —dijo quejumbrosamente.

—La corriente y el viento nos llevarán a casa en unas diez horas —contestó Shea.

Rhune frunció el entrecejo.

—¿Demasiado lento? —preguntó Shea.

—No.

—Entonces, dime lo que te pasa para parecer tan descontento.

Rhune levantó la mirada hasta la cara del Señor del Mar.

—No tengo hogar —dijo.

—Te daré uno —dijo Shea.

—No quiero nada de ti—masculló Rhune entre dientes.

Shea apretó los labios. Aquella mirada, mitad tristeza, mitad alivio, volvió a aparecer en su cara.

—Rhune —dijo muy amablemente—, dime, si puedes y quieres, lo que Osher te ofreció para hacer que me traicionaras, aparte de riqueza, tierras y la flota.

—¿No te parece que todo eso es suficiente? —preguntó Rhune.

—¿No había nada más? —dijo Shea.

Rhune suspiró.

—Dijo que me enseñaría magia.

Una esperanza que juzgaba perdida para siempre vibró en su interior. Se apoyó sobre un codo.

—Ah —dijo Shea. La suave sílaba sonó como un suspiro del viento del mar—. Te engañó, Rhune. No podía darte eso, lo mismo que no podía darte el mar. El poder no puede aprenderse, y no está en ti.

La esperanza murió. Rhune sacudió la cabeza, mirando fijamente el entarimado del bote. Finalmente, habló.

—Ya no soy tu almirante, ni tampoco un traidor, ni formo parte del océano... ¿Qué soy, Shea? ¿Qué ha quedado de mí?

—Eres lo que siempre has sido —dijo Shea—. Todavía tienes fuerza para romperle el cuello a un hombre con las manos desnudas. Aún tienes la loca astucia que te permite enfrentarte a un brujo, cara a cara. Has estado todo un año en el océano, y has salido de él aún más fuerte. Tienes el valor y el afecto necesarios para atravesar una muralla de fuego a fin de salvar a un amigo. —Sonrió—. Y cuando llegemos a la orilla te enseñaré otra cosa.

Llegaron a la bahía antes del mediodía. Dejaron que el Atrapavientos siguiese su propio y mágico camino hasta el embarcadero, vadeando la orilla. Estaban al sur de la casa. Rhune ocultó los ojos del reluciente brillo de la luz del día.

—No estoy acostumbrado —murmuró.

Shea avanzó unos cuantos pasos sobre la apelmazada arena de la playa y se detuvo.

—Aquí—dijo.

—¿Aquí qué? —preguntó Rhune.

Shea se quitó la camisa por la cabeza de un tirón. Rojas cicatrices marcaban claramente su pecho.

—Quítate la camisa —dijo. Desconcertado. Rhune se la quitó. Era delicioso sentir el sol sobre la piel desnuda—. Ahora, lucha conmigo, Rhune.

Rhune miró al brujo fijamente.

—Estás loco —dijo—. Ambos estamos débiles y cansados...; además, en cualquier caso, perderías.

Se dio la vuelta y echó a andar en dirección a la casa.

Una mano húmeda le derribó. El oleaje le envolvió en su espuma y le arrojó, sofocado, a los pies de Shea.

Furioso, Rhune se levantó de un salto.

—Hazlo —dijo Shea—. O veremos qué más puede hacerte el océano.

La amenaza era totalmente exasperante. Rhune se abalanzó contra el Señor del Mar, pero éste, rápido como la brisa marina, se movió y dejó de estar donde había estado un momento antes. Rhune giró para enfrentarse a él nuevamente, con las manos extendidas para alcanzarle.

Shea sonrió. Sus ojos grisverdosos relucían sardónicamente.

—No pierdas los estribos, amigo mío. Nunca ganarás así.

—Tú te lo has buscado —gruñó Rhune.

Reprimiendo la rabia, avanzó. Dieron vueltas, fintando, golpeando; si Rhune hubiera tenido una oportunidad de agarrar a su adversario y sujetarle, habría ganado un montón de veces, pero cada vez que se acercaba a Shea, la velocidad del brujo llevaba a éste fuera de su alcance.

Sin embargo, Shea estaba cansado. Sus reflejos, casi de un modo imperceptible, se iban volviendo lentos.

También Rhune se movía más despacio. Por fin, el bloqueo de Shea a una patada no fue más que un minúsculo intento, demasiado bajo y demasiado abierto.

Rhune se movió de prisa. Golpeó el vientre de Shea, agarrando el brazo derecho del mago cuando éste vaciló, retorciéndoselo a la espalda. Las rodillas de Shea se doblaron. Intentó seguir luchando. Rhune enterró los nudillos en los nervios de las muñecas de Shea hasta que los músculos del brazo se contrajeron en un espasmo involuntario.

Entonces la ira, largo tiempo almacenada, creció en lamente de Rhune, sumergiéndole en ella. El hombre a quien sujetaba no le parecía un conocido, sino un extraño, un enemigo, alguien a quien había que destruir. Clavó la rodilla en el espinazo del otro, hincando la poderosa mano derecha, con los dedos rígidos, en el doloroso centro neurálgico de la clavícula. Los músculos de la espalda del extraño se movían bajo la piel.

A Rhune le maravillaba su resistencia, y se preguntaba por qué ningún sonido, ninguna queja, salía de los labios del extraño, al que martirizaba con un horrible dolor.

Algo se insinuó en su cabeza. El cuerpo que tenía entre las manos no era el de un enemigo. Rhune dejó de jadear. Aflojando los dientes, soltó su presa. Miró hacia el océano, preguntándose por qué éste no se habría levantado de su lecho para aplastarle. Con suma delicadeza, soltó el brazo retorcido y lo enderezó. Tendió a Shea sobre la arena, con la cabeza mirando al mar, y cuidadosamente, sin apretar, masajeó los músculos de los hombros y el espinazo, hasta que los profundos temblores desaparecieron.

Shea se dio la vuelta. Su cara estaba muy blanca, pero sonreía.

—Ahora que me has vencido—dijo—, ¿quieres la flota? No quiero convertirme, como Seramir, en un envejecido tirano, deseando sólo riquezas y posesiones, o poder sobre las vidas humanas. Sólo me reservo para mí el Atrapavientos; vendrá conmigo cuando me vaya. Hay tierras y costas que nuestras naves nunca han visto, pero yo sí. Es hora de que vuelva a visitarlas.

Rhune cedió.

—Lo haré —dijo.

—La flota será tuya, Rhune..., para cuidarla y conservarla, ¡o para perderla, si eres cruel o descuidado!

—No la perderé.

Shea se incorporó.

—Te creo —dijo. Levantó los brazos hacia el sol—. Vamos, amigo mío. Hay mucho que hacer. ¡Y no puedes estar ni la mitad de cansado de lo que estoy yo!

Transcurrió el resto del invierno, y la primavera, y el verano, antes de que todo estuviese hecho. Por fin, una clara mañana de otoño, Shea y Rhune caminaron hasta la playa; allí esperaba el Atrapavientos. La brisa hinchaba la vela bajo la luz del sol. Shea lo llamó; como un ser vivo, el bote se acercó, flotando en las aguas poco profundas.

Shea se aseguró la capa gris alrededor de los hombros.

—Búscame cuando ruja la tormenta —dijo—. Si vuelvo, lo haré con un huracán. Y si alguna vez me necesitas, ven a este mismo lugar y di lo que necesitas en voz alta, y los vientos me traerán tus palabras dondequiera que esté.

Rhune asintió.

—Lo haré. Y si alguna vez necesitas un compañero para tus viajes, Shea, házmelo saber por cualquier medio que esté en tu mano y me reuniré contigo.

Se abrazaron. De la bahía surgió una ola que envolvió a Shea en un puño grisverdoso. El brujo cabalgó sobre ella hasta su pequeño barco, lo abordó y lo hizo virar de bordo. La corriente se los llevó. La vela centelleó bajo la luz solar y empezó a hacerse más pequeña en la distancia: un ala blanca que rozaba el verde mar.

—¡Adiós! ¡Navega con buen viento! —gritó Rhune.

El viento tomó sus palabras y se las llevó por el aire brillante. Rhune se quedó un rato en la orilla, hasta que ya no pudo ver el bote. Luego se dio la vuelta y, sin mirar atrás, caminó a través de la playa hacia la casa que se alzaba en la Bahía de Kameni.

FIN